



Ahmadou Kourouma
Alá no está obrigado



Machnik Editores

Ahmadou Kourouma

Alá no está obligado

Traductor: Daniel Alcoba
Muchnik Editores

MODERNOS Y CLÁSICOS DE MUCHNIK EDITORES

ISBN: 9788476694978
Año edición: 2001

Premio Renaudot y Goncourt de los estudiantes 2000

*Para los niños de Djibuti:
este libro fue escrito a petición vuestra.*

Y a mi esposa, por su paciencia.

Uno

Decido que el título definitivo y completo de mi blablablá es Alá no está obligado a ser justo en todas sus cosas de aquí abajo. Y ya está, comienzo a contar mis ensaladas.

Y para empezar... y uno..., me llamo Birahima. Soy negrito. No porque sea negro y niño, ¡no! Soy negrito porque hablo mal el francés. E' así. Aunque uno sea mayor, viejo incluso, o árabe, chino, blanco, ruso, incluso americano; si habla mal el francés se dice que habla negrito, se es negrito de todas maneras. Es la ley del francés de todos los días quien lo quiere así.

... Y dos... Mi escuela no llegó muy lejos; corté en segundo grado de primaria. Abandoné el pupitre porque todo el mundo dice que la escuela ya no vale nada, ni siquiera vale el pedo de una vieja abuela. (Es así como se dice en la lengua negra africana indígena cuando una cosa no vale nada. Se dice que no vale ni el pedo de una vieja abuela porque el pedo de la abuela, estropeada y enclenque, no hace ruido ni huele muy muy mal.) La escuela no vale ni el pedo de una abuela porque incluso con la licenciatura de la universidad no se puede ser enfermero o maestro en una de las repúblicas bananeras corrompidas del África franco hablante. (República bananera significa «aparentemente democrática, pero de hecho regida por intereses privados, la corrupción».) Pero asistir hasta segundo grado de básica no le hace a uno autónomo y mirífico. Sé un poco, pero no lo bastante; parezco eso que los negros africanos indígenas llaman una galleta con las dos caras quemadas. Ya no somos paletos, salvajes como los otros negros africanos indígenas: oímos y comprendemos a los negros civilizados y a los tubabs, pero no a los anglófonos americanos negros de Liberia. Aunque no sabemos geografía, gramática, conjugaciones, divisiones y redacción; no es posible ganar dinero fácilmente como empleado público en una jodida república corrompida como Guinea, Costa de Marfil, etcétera, etcétera.

... Y tres..., soy insolente, incorrecto como barba de chivo y hablo como un guarro. No digo, como los negros indígenas africanos encorbatados: ¡mierda! ¡puta! ¡marrano! Yo empleo las palabras malinkés como ¡faforo! (¡Faforo! significa «sexo de mi padre o del padre o de tu padre».) ¡ñamokodé! (¡Ñamokodé! significa «bastardo» o «bastardía».) ¡Walahé! (¡Walahé! significa «En el nombre de Alá».) Mi raza es la malinké, la clase de negros africanos indígenas más numerosa al norte de Costa de Marfil, en Guinea y en otras repúblicas bananeras y jodidas como Gambia, Sierra Leona y Senegal, por allá, etcétera.

... Y cuatro... Quiero disculparme por hablaros así, de igual a igual. Porque no soy más que un niño. Tengo diez o doce años (hace dos años abuela decía ocho y mamá diez) y hablo demasiado. Un niño educado escucha, no toma la palabra... No habla como un pájaro gendarme en las ramas de una higuera. Eso es para los viejos de grandes barbas blancas, al menos es lo que dice el proverbio: «la rodilla no lleva nunca el sombrero cuando la cabeza está sobre el cuello». Ésa es la costumbre en el pueblo. Pero yo paso de las costumbres del pueblo desde hace tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que estuve en Liberia, que maté a mucha gente con kalachnikov (o kalach) y me coloqué bien con hachís y otras drogas duras.

... Y cinco... Para contar mi vida de mierda, burdel de vida en un habla aproximativa, un francés

aceptable, y para no confundir los pedales en las palabras clave, tengo cuatro diccionarios. Primo, el diccionario Larousse y el Petit Robert, secundo, el Inventario de las particularidades léxicas del francés en África negra y tertio, el diccionario Harraps. Esos diccionarios me sirven para buscar las palabras clave, para verificarlas, y sobre todo para explicarlas. Es necesario explicar porque mi blablablá es para que lo lea toda clase de gente: tubabs (tubab significa «blanco») colonos, negros indígenas salvajes de África y franco hablantes de todo tamaño (tamaño significa «clase»). El Larousse y el Petit Robert me permiten buscar, verificar y explicar las palabras clave del francés de Francia a los negros indígenas de África. El Inventario de las particularidades léxicas del francés en África negra explica las palabras clave africanas a los tubabs franceses de Francia. El diccionario Harraps explica las palabras clave pidgin a todo franco hablante que no comprenda nada de nada el pidgin.

¿Cómo conseguí esos diccionarios? Ésa es una larga historia que no tengo ganas de contar ahora. Ahora no tengo tiempo, no tengo ganas de perderme en el blablablá. Eso es todo. ¡A faforo (culo de mi padre)!

... Y seis... Es verdad, no soy elegante ni amable, estoy maldito porque hice mal a mi madre. Entre los negros indígenas africanos, cuando has enfadado a tu madre y ella muere con esa cólera en su corazón, te maldice, llevas la maldición. Y nada funciona en ti y contigo.

No soy elegante y amable porque estoy perseguido por los ñamas de muchas personas. (Ñama es una palabra clave negra africana indígena que es necesario explicar a los franceses blancos. Según el Inventario de las particularidades léxicas del francés en África negra, significa «la sombra que queda después de la muerte de un individuo. La sombra que se convierte en una mala fuerza inmanente y persigue al autor del crimen cometido contra una persona inocente».) Y yo he matado a muchos inocentes en Liberia y en Sierra Leona donde hice la guerra tribal, donde fui niño soldado, donde me drogué con drogas duras. Estoy perseguido por los ñamas, en consecuencia todo se estropea en mí y conmigo. ¡Ñamokodé (bastardía)!

Heme aquí, presentado en carne y hueso y como pluma, en seis puntos, ni uno sólo de más, con mi manera incorrecta e insolente de hablar. (No es como pluma que hay que decir, sino como prima. Es necesario explicar como prima a los oscuros negros africanos indígenas que no comprenden nada de nada. Según el Larousse, como prima significa «lo que se dice de más, las sobras».)

Esto es lo que soy; no se trata de un cuadro reconfortante.

Ahora, después de haberme presentado, voy a contar de verdad, verdaderamente, mi mierda de vida de réprobo.

Sentaos y escuchadme. Y escribidlo todo, todo. Alá no está obligado a ser justo en todas sus cosas. ¡Faforo (sexo de mi papá)!

Antes de desembarcar en Liberia yo era un niño sin miedo y sin tacha. Dormía en todas partes, y sisaba de todo en todas partes para comer. Abuela me buscaba durante días y días: era lo que se llama un niño de la calle. Yo era un niño de la calle. Antes de ser un niño de la calle, estaba en la escuela. Antes de eso, yo era un bikaloro del pueblo de Togobala. (Bikaloro significa, de acuerdo con el Inventario de las particularidades léxicas... «muchacho no circuncidado».) Corría en los arroyuelos, deambulaba por los campos, cazaba ratones y pájaros en la maleza. Un auténtico niño oscuro negro africano selvático. Antes de todo eso yo era un crío en la choza con mamá. El crío

corría entre la choza de mamá y la choza de la abuela. Antes de todo eso, caminé a cuatro patas, y antes estuve en el vientre de mi madre. Antes de eso yo tal vez estaba en el viento, tal vez en una serpiente, tal vez en el agua. Somos siempre algo así como serpiente, árbol, ganado, hombre o mujer antes de entrar en el vientre de nuestra madre. Llamamos a eso la vida antes de la vida. Yo he vivido la vida antes de la vida. ¡Ñamokodé (bastardía)!

La primera cosa que me viene al interior... En francés correcto no se dice al interior, sino a la cabeza. La cosa que me viene al interior, o a la cabeza, cuando pienso en la choza de mi madre, es el fuego, la quemadura de la brasa, un tizón encendido. No sé cuántos meses tenía cuando me abrasé el antebrazo. (En el Inventario de las particularidades léxicas..., abrasar significa «cocer a la brasa».) Mi mamá no había tenido en cuenta mi edad y mis meses; ella no pudo hacerlo porque sufría todo el tiempo, lloraba todo el tiempo.

He olvidado decirnos una cosa fundamental, de mucha, formidable importancia. Mi madre andaba de nalgas. ¡Walahé (en el nombre de Alá)! Sobre las dos nalgas. Se apoyaba en las dos manos y la pierna izquierda. La pierna izquierda era flaca como el báculo de un pastor. La pierna derecha, que ella llamaba su cabeza de serpiente aplastada, estaba cortada, estropeada por la úlcera. La úlcera, de acuerdo con mi diccionario Larousse, es «una herida persistente con secreción de pus». Es así como se llama a una herida en la pierna que no cura jamás y que acaba matando al enfermo. La úlcera de mamá estaba cubierta siempre por hojas arrojadas con un viejo ceñidor. (Arrojada significa, de acuerdo con el Larousse, «envuelta».) La pierna derecha estaba siempre suspendida en el aire. Mamá avanzaba a saltos, sobre las nalgas, como una oruga. (A saltos, es «la detención brusca seguida de una reanudación brutal».) Yo andaba a cuatro patas. Lo recuerdo, puedo contarlo. Pero no me gusta decirlo a todo el mundo. Porque es un secreto; porque cuando lo cuento tiemblo de dolor como un miedoso por la quemadura del fuego en mi carne. Yo corría, daba vueltas, gateando, ella me perseguía. Yo iba más rápido. Ella me perseguía con la pierna derecha en el aire, iba sobre las nalgas, a saltos, apoyándose en sus manos. Yo fui demasiado rápido, demasiado lejos, no quería dejarme alcanzar. Aceleré, y caí en las brasas encendidas. Las brasas hicieron su trabajo, me asaron el brazo. Asaron el brazo de un pobre niño como yo porque Alá no está obligado a ser justo en todas las cosas que hace en la tierra. La cicatriz está siempre sobre mi brazo; está siempre en mi cabeza y en mi vientre, dicen los africanos negros, y en mi corazón. Está siempre en mi corazón, en todo mi ser, como los olores de mi madre. Los execrables olores de mi madre me han impregnado el cuerpo. (Execrable significa «muy malo» e impregnar significa «mojar, penetrar un líquido», según el Larousse.) ¡Ñamokodé (bastardo)!

Por lo tanto, cuando yo era un niño gracioso, en el centro de mi infancia estaba la úlcera que comía y pudría la pierna derecha de mi madre. La úlcera pilotaba a mi madre. (Pilotar es «guiar hacia un lugar».) La úlcera pilotaba a mi madre y a todos nosotros. Y alrededor de mi madre y de su úlcera estaba el hogar. El hogar que me abrasó el brazo. El hogar humeaba o se atizaba. (Atizar es también «remover los tizones del fuego».) Alrededor del hogar, los cacharros. (Cacharro significa, según el Inventario de las particularidades léxicas... «recipiente de tierra cocida de fabricación artesanal».) Siempre cacharros, siempre cacharros llenos de cocimientos. (Cocimiento es «la solución obtenida por la acción del agua hirviente sobre las plantas».) Cocimientos para lavar la úlcera de mamá. Hasta en el fondo de la choza los cacharros se alineaban contra el muro. Entre los

cacharros y el hogar estaba mi madre y su úlcera sobre la estera. Estaba yo, estaba el fetichista, el cazador y curandero. Balla también. Balla era el curandero de mi mamá.

Era un tío elegante, formidable. Conocía demasiados países y cosas. Alá le había dado otros cien dones, calidades y posibilidades increíbles. Era un liberto, que es como se llama a los antiguos esclavos o liberados, según el Larousse. Era un «donsón ba», que es como se llama a los maestros cazadores que ya han matado a una fiera negra y a un genio maligno, de acuerdo con el Inventario de las particularidades léxicas... Era también un cafre, que es así como se llama al hombre que rechaza la religión musulmana y que está lleno de fetiches, según el Inventario de las particularidades léxicas... Se ha negado a quemar sus ídolos, por lo tanto no es musulmán, no hace las cinco plegarias al día, no ayuna un mes al año. El día de su muerte ningún musulmán debe asistir a su entierro y no se lo debe sepultar en el cementerio musulmán. Y nadie, estrictamente (estrictamente significa ' «de forma rigurosa», lo cual no permite matices), estrictamente nadie debe comer lo que él ha degollado.

Balla era el único Bambara (Bambara significa «aquél que se ha negado»), el único cafre del pueblo. Todos le temían. Tenía el cuello, los brazos, el pelo y los bolsillos llenos de grigris.^[1] Nadie del pueblo debía ir a su casa. Pero en realidad todo el mundo entraba en su choza durante la noche e incluso a veces de día porque practicaba la brujería, la medicina tradicional, la magia y mil otras prácticas extravagantes (extravagante significa «que supera exageradamente la medida»).

Todo esto que hablo y tonto (tontear es «hacer o decir burradas») y que ridiculizaré, es él quien me lo ha enseñado. Siempre tendré que agradecerse al árbol de la karité^[2] bajo el cual recogimos tantos buenos frutos durante la buena estación. Yo nunca seré ingrato con Balla. ¡Faforo (sexo de mi padre)! ¡Ñamokodé (bastardo)!

La choza de mi mamá se abría por dos puertas: la grande, hacia la propiedad de la familia y la pequeña hacia el cercado. Yo andaba por todas partes a cuatro patas, me agarraba a todo. A veces caía sobre la úlcera. Mamá aullaba de dolor. La úlcera sangraba. Mamá aullaba como la hiena cuyas patas quedaron atrapadas en los dientes de una gran trampa de lobos. Lloraba. Tenía demasiadas lágrimas, en el fondo de las cavidades oculares siempre había más lágrimas y tenía la garganta llena de sollozos que siempre la ahogaban.

«Detén tus lágrimas, para tus sollozos —decía mi abuela—. Es Alá quien ha creado a cada uno de nosotros con su suerte, sus ojos, su talla y sus penas. Te ha hecho nacer con los dolores de la úlcera. Te ha ofrecido vivir toda tu estancia en la tierra sobre esa esterilla, en el fondo de tu choza, cerca de un hogar. ¡Hay que repetir: ¡Alá kubarú! ¡Alá kubarú! (Alá es grande.) Alá no da penurias sin razón. Te hace sufrir en la tierra para purificarte y concederte mañana el paraíso, la felicidad eterna.»

Ella se enjugaba las lágrimas, se tragaba los sollozos. Nosotros reiniciábamos los juegos, comenzábamos a perseguirnos por la choza. Hasta que otra mañana ella paraba de jugar y lloraba de dolor y se ahogaba en sollozos.

«¡En vez de quejarte deberías rezar a Alá kubarú! Alá kubarú. Deberías agradecerle a Alá su bondad. Te ha golpeado aquí, en la tierra, durante un cierto número de días de dolor. Dolores mil veces inferiores a los del infierno. Los dolores del infierno que los otros condenados, descreídos y malvados sufrirán toda la eternidad.»

Abuela decía eso y pedía a mamá que rezara. Mi mamá se enjugaba las lágrimas una vez más y

rezaba con abuela.

Cuando mi brazo se abrasó mamá lloró demasiado, llenó demasiado la garganta y el pecho con los sollozos. Vinieron la abuela y mi padre, ambos enfadados, y ambos regañaron a mi madre.

«Es otra prueba de Alá (prueba significa «lo que permite juzgar el valor de una persona»). Si Alá sigue golpeándote aquí en la tierra con una desgracia complementaria es porque te reserva una felicidad suplementaria en el paraíso.»

Mi madre se enjugó las lágrimas, se tragó los sollozos y dijo las plegarias con abuela. Y mamá y yo reemprendimos nuestros juegos.

Balla decía que un niño no abandona la choza de su mamá a causa de los olores de un pedo. Yo nunca he temido los olores de mi mamá. En la choza había toda clase de pestazos: el pedo, la mierda, el pipí, la infección de la úlcera, el olor irritante del humo. Y los olores del curandero Balla. Pero yo no los notaba, no me hacían vomitar. Todos los olores de mi mamá y de Balla tenían algo bueno para mí. Yo estaba acostumbrado. Es entre esos olores donde mejor he comido y he dormido. Eso es lo que se llama el medio natural en el cual vive cada especie; la choza de mamá con sus olores ha sido mi medio natural.

Es una lástima que no conozcamos el mundo anterior a nuestro nacimiento. Por las mañanas intento imaginar lo que era mamá antes de su ablación, cómo cantaba, bailaba y andaba antes de que la mutilaran, cuando era una muchacha virgen. Abuela y Balla me han dicho que era hermosa como una gacela, como una máscara guro. Pero yo siempre la he visto acostada o sobre las nalgas, nunca sobre las piernas. Seguro que ella era excitante e irresistible. Porque después de treinta años en la mierda y sus olores, los humos, los dolores, las lágrimas, aún conservaba algo maravilloso en las cavidades del rostro. Cuando las cavidades del rostro no estaban desbordadas por las lágrimas, éste se iluminaba con un fulgor. Algo así como una perla perdida, mellada (mellada significa «estropeada en el borde»). Una belleza podrida como la úlcera de su pierna derecha, un fulgor que se veía mejor entre el humo y los olores de la choza. ¡Faforo! ¡Walahé!

Cuando mamá era bonita, apetitosa y virgen, la llamaban Bafitini. Incluso cuando ya estaba completamente jodida y podrida, Balla y abuela seguían llamándola Bafitini. Yo, que siempre la he visto en su deplorable estado de última descomposición multiforme y multicolor, siempre la he llamado Ma, sin más. Simplemente Ma, eso me venía del vientre, dicen los africanos, del corazón, dicen los franceses de Francia.

Abuela dice que Ma nació en Siguiri. Era uno de esos numerosos lugares podridos de Guinea, de Costa de Marfil, de Sierra Leona, donde trabajadores y lavadores de guijarros y picapiedras encuentran oro. Mi abuelo era un gran traficante de oro. Como todo traficante rico, compraba muchas mujeres, caballos, vacas y grandes bubús^[3] almidonados. Las mujeres y las vacas han producido muchos hijos. Para alojar a las mujeres, los niños, los terneros, la familia, el ganado y el oro, compraba y construía muchas concesiones. Abuelo tenía concesiones en todos los pueblos con campamentos donde se abrigan aventureros o traficantes de oro.

Mi abuela era la primera mujer de mi abuelo, la madre de sus primeros hijos. Fue por eso que la envió para administrar la concesión familiar. No la había dejado en los pueblos auríferos donde hay muchos ladrones, asesinos, mentirosos y vendedores de oro.

El otro motivo por el cual mi abuela estaba en el pueblo era impedir que mamá muriera por

detención total del corazón y pudrición definitiva de la úlcera. Mamá decía que el dolor iba a matarla sin falta la misma noche en que mi abuela la dejara para ir a encontrarse con los degolladores de mujeres de las barracas de los buscadores de oro, donde traficaba mi abuelo.

Abuela quería mucho a mamá. Pero no sabía su fecha de nacimiento, tampoco sabía el día de la semana en que nació. La noche en que ella parió a mi madre estaba demasiado ocupada. Balla me explicaba que eso de conocer la fecha y el día del nacimiento no tenía importancia y no interesaba a nadie, puesto que todos hemos nacido un día u otro, y en uno u otro lugar, y que nos moriremos un día u otro y en un lugar u otro, para ser todos sepultados bajo la misma arena, reunirnos con nuestros antepasados y conocer el mismo juicio supremo de Alá.

La noche del nacimiento de mi madre, mi abuela estaba demasiado ocupada también a causa de los malos presagios que aparecían en el mundo un poco por todas partes. Aquella noche había demasiados malos signos en el cielo y en la tierra, como los aullidos de las hienas en la montaña o los gritos de los búhos sobre los techos de las chozas. Todo eso para predecir que la vida de mi madre iba a ser terrible y desgraciadamente desdichada. Una vida de mierda, de sufrimiento, de condenada, etcétera.

Balla ha dicho que hacemos sacrificios pero no los bastantes para extinguir del todo el mal destino de mi mamá. Además, no es forzoso que Alá y los manes de los ancestros acepten siempre los sacrificios. Alá hace lo que quiere; él no está obligado a acceder (acceder significa «dar su conformidad») a todas las plegarias de los pobres humanos. Los manes hacen lo que quieren; no están obligados a acceder a todos los reclamos de los rezadores.

Mi abuela me adoraba a mí, Birahima, como a un amante. Ella me quería más que a todos sus otros nietos. Cada vez que alguien le daba terrones de azúcar, mangos buenos y dulces, papaya y leche, eran para mí, para mí solo: ella no los consumía jamás. Los ocultaba en un rincón de su choza y me los daba en cuanto entraba sudado y cansado como un verdadero muchacho malo de la calle.

Mi mamá, cuando era joven, virgen y bonita como una joya, vivía en un pueblo donde mi abuelo traficaba con oro y donde había numerosos vendedores de oro, bandidos que violaban y degollaban a las muchachas a quienes aún no se les había practicado la ablación. Por eso no esperó mucho tiempo. Tan pronto como sopló el primer harmatán¹⁴ regresó al pueblo para participar en la ablación e iniciación de las jóvenes, que tiene lugar una vez al año, cuando sopla el viento del norte. En el pueblo de Togobala nadie sabía de antemano en qué zona de la sabana tendría lugar la ablación. Con los primeros cantos de los gallos las muchachas salen de las chozas. Y formando una cola (cola significa «fila, uno detrás de otro»), entran en la maleza y caminan en silencio. Llegan al área de la ablación sabiendo tan sólo que allí cortan algo a las muchachas. Cortaron algo a mi madre, pero desgraciadamente la sangre no dejó de correr. Su sangre corría como un arroyo desbordado por la tormenta. Todas sus compañeras habían dejado de sangrar, por lo tanto mamá debía morir en el área de la ablación. Las cosas son así, tal es el precio que pagar cada año: en cada ceremonia de ablación, el genio de la maleza toma una muchacha entre las sometidas a la ablación. El genio la mata y la guarda como sacrificio. Es enterrada ahí mismo, en la maleza, en el área de ablación. Nunca es una fea, siempre está entre las más bellas, la más bella de las sometidas a la ablación. Mi mamá era la más bella de las muchachas de su generación; por eso el genio de la maleza había elegido retenerla para la muerte.

La bruja que practicaba la ablación, la extirpadora, era de la raza de los bambaras. En nuestro país, el Horodugu, hay dos clases de razas, los bambaras y los malinkés. Nosotros, que somos de las familias Kourounia, Cissoko, Diarra, Konaté, etc., somos malinkés, diulas, musulmanes. Los malinkés son extranjeros, vinieron del valle del Níger hace mucho, mucho tiempo. Los malinkés son buena gente que ha escuchado la palabra de Alá. Hacen las cinco plegarias diarias, no beben vino de palma y no comen cerdo ni animales degollados por un cafre fetichista como Balla. En otros pueblos los habitantes son bambaras, idólatras, cafres, incrédulos, fetichistas, salvajes, brujos. A veces a los bambaras también se los llama lobis, senufos, kabiés, etc. Antes de la colonización iban desnudos. Los llamaban los hombres desnudos. Los bambaras son los verdaderos autóctonos, los antiguos y auténticos propietarios de la tierra. La extirpadora era de la raza bambara. Se llamaba Musokoroni. Y Musokoroni, al ver a Ma sangrando, muriéndose, se apiadó, porque mi mamá era entonces demasiado bella. Muchos idólatras no conocen a Alá y son siempre demasiado malvados pero algunos son buenos. La extirpadora tenía un buen corazón y se puso a trabajar. Con su brujería, adoraciones, plegarias, pudo quitar de mamá al genio maligno de la maleza. El genio aceptó las adoraciones y las plegarias de la extirpadora, y Ma dejó de sangrar. Ella fue salvada. Abuelo y abuela, todo el mundo estaba contento en el pueblo, y todo el mundo quiso recompensar, pagar un alto precio a la extirpadora; ella lo rechazó. Lo rechazó sin dudar.

Ella no quería dinero, ni ganado, cola, mijo, vino, ropas o coris (coris significa «conchas originarias del océano índico que han tenido y tienen todavía una importante función en la vida tradicional y sirven sobre todo como moneda de cambio»). Porque ella encontraba a mi mamá demasiado bella; ella quería casarla con su hijo.

Su hijo era un cazador, un brujo, un idólatra, un fetichista, un cafre a quien nunca se debe dar en matrimonio a una musulmana piadosa que leía El Corán como mamá. En el pueblo todo el mundo dijo no.

Casaron a mamá con mi padre. Porque mi padre era el primo de mamá; porque era el hijo del imán del pueblo. Entonces, la bruja extirpadora y su hijo igualmente mago se enfadaron mucho, uno y otro se enfadaron demasiado. Lanzaron un conjuro contra la pierna derecha de mi madre, un koroté (es, de acuerdo con el Inventario de las particularidades léxicas... «un veneno que opera a distancia sobre la persona que tiene como objetivo»), un djibo (significa «fetichismo de influencia maléfica») demasiado fuerte, demasiado poderoso.

Cuando Ma se casó y comenzó su primer embarazo, sobre la pierna derecha le brotó un punto negro, un puntito negro. El punto negro comenzó a dolerle. Lo agujerearon. Se abrió una pequeña herida; trataron la herida, pero ésta no curó. En cambio comenzó a comerse el pie, a comerse la pantorrilla.

Sin perder tiempo entramos en la casa de Balla, fueron a las casas de los magos, los videntes, los marabuts: todos dijeron que la extirpadora y su hijo habían hecho el conjuro. Fueron al pueblo de la extirpadora y de su hijo. Era demasiado tarde.

La extirpadora se había muerto entretanto de vieja, estaba bien muerta, e incluso bien enterrada. Su hijo, el cazador, era malo; no quería oír nada, comprender nada, aceptar nada. Era realmente malvado, como un auténtico idólatra, un enemigo de Alá.

Mamá parió a mi hermana mayor. Cuando mi hermana mayor caminó y comenzó a hacer recados,

como la herida seguía pudriéndose, llevaron a mamá al hospital del círculo. Fue antes de la independencia. En el hospital había un doctor blanco, un tubab con tres galones sobre los hombros, un médico africano que no tenía galones, un enfermero mayor, una comadrona y muchos otros negros, vestidos todos con batas blancas. Todos los negros con batas blancas eran funcionarios pagados por el gobernador de la colonia. Pero para que un funcionario fuese bueno con el enfermo, el enfermo llevaba un pollo al funcionario. Ésa ha sido siempre la costumbre en África. Mamá entregó pollos a cinco funcionarios. Todos fueron buenos con mamá. Pero la herida de mamá con la venda y el permanganato, en vez de curar siguió sangrando mucho y pudriéndose demasiado. El médico capitán dijo que iba a operar la pierna de mamá, cortar la rodilla y arrojar todo lo podrido a los perros de las cloacas. Por fortuna el enfermero mayor, a quien mamá había dado un pollo, fue a prevenirla durante la noche.

Él le dijo que su enfermedad no era una enfermedad para blancos, que era una enfermedad para africano oscuro negro y salvaje. Es una enfermedad que la medicina, la ciencia del blanco no puede curar. «Es la brujería del curandero africano la que puede cerrar tu herida. Si el capitán opera tu pierna, morirás, morirás del todo, morirás como un perro», dijo el enfermero mayor. El enfermero era musulmán y no podía mentir.

Abuelo pagó a un arriero de burros. Por la noche, a la luz de la luna, el arriero y el curandero Balla fueron al hospital y raptaron a mamá como bandoleros. Antes del amanecer la condujeron lejos, por la maleza, la ocultaron bajo un árbol, en una selva enmarañada. El capitán estaba enfadado, acudió con uniforme militar, galones y soldados a rodear el pueblo. Buscaron a mamá en todas las chozas del pueblo. No la encontraron, puesto que nadie en el pueblo sabía en qué lugar de la selva estaba oculta.

Cuando el capitán y sus hombres hubieron partido, el curandero Balla y el arriero salieron de la selva y mamá regresó a su choza. Siguió marchando sobre las dos nalgas y a saltos. ¡Faforo (sexo de mi padre)!

Ahora todo el mundo estaba convencido de que la úlcera de mamá era una enfermedad de indígena africano negro y que no podría curarla ningún blanco europeo sino un medicamento indígena de brujo fetichista. En consecuencia estaban reuniendo cola, dos pollos, uno blanco y uno negro y además un buey. Llevarían todos esos objetos de sacrificio al hijo de la extirpadora que con su madre había lanzado por celos el sortilegio, el koroté, contra la pierna derecha de mi madre. Iban a pedirle perdón, y a que retirase el maleficio, el djibo. Estaban dispuestos.

Pero sucedió que a la mañana, muy temprano, y para sorpresa general, vieron llegar a tres viejos del pueblo de la extirpadora. Eran tres viejos fetichistas no musulmanes. Llevaban unos bubús asquerosos, eran tan ruines y sucios corno culos de hiena. Masticaban colas de tal manera que dos de ellos tenían las mandíbulas completamente desnudas, tan desprovistas como las asentaderas de un chimpancé. El tercero también tenía la mandíbula desprovista, salvo en la parte inferior donde apuntaban dos colmillos verdosos corno fetiches. De tanto mascar tabaco tenían las barbas rojas como los pelos de la enorme rata de la choza de mamá y no blancas como entre los ancianos musulmanes que hacen cinco abluciones por día. Caminaban como caracoles, doblados sobre bastones. Habían venido con cola, dos pollos, uno negro y otro blanco, y además un buey. Habían venido a pedir perdón a mi madre. Porque el hijo de la bruja, el cazador demasiado malo, también

había muerto. Había querido matar con su rifle a un genio búfalo en lo hondo de la selva. El búfalo lo había corneado, y luego levantado en el aire, antes de echarlo al suelo, pisotearlo y matarlo del todo dejando sus intestinos y vísceras en el barro.

Lo sucedido era tan malo y asombroso que fueron a ver a los adivinos y videntes de palabra sólida. Y todos esos adivinos y videntes dijeron que el búfalo maligno sólo era un avatar (significa «cambio, metamorfosis») de mi mamá Bafitini. Es decir, que era mi mamá quien había matado y devorado las almas de la extirpadora y de su hijo (devorador de almas significa «autor de la muerte, aquel a quien se considera que ha consumido el principio vital de su víctima», según el Inventario de particularidades...). Mi mamá era la mayor bruja de todo el país, su magia era más fuerte que la de la extirpadora y la de su hijo. Ella era la jefa de todos los brujos y devoradores de almas del pueblo. Cada noche comía las almas junto a otros brujos, y lo hacía en la úlcera de su propia pierna. Es por eso que su herida no podía curarse jamás. Nadie en el mundo podía curar la úlcera podrida. Era ella misma, mi madre, quien quería andar sobre las nalgas con la pierna derecha elevada en el aire toda la vida, porque le gustaba comerse las almas de otros por las noches, devorarlos en su herida podrida. ¡Walahé (en el nombre de Alá)!

Cuando supe todo eso, cuando supe que ella comía por su pierna podrida, estaba tan sorprendido y pasmado que lloré, lloré demasiado, cuatro jornadas, de día y de noche. El quinto día por la mañana me marché de la choza con la decisión de no comer más con mamá. Así de repulsiva la encontraba.

Me convertí en un niño de la calle. Un verdadero niño de la calle que duerme con las cabras y que roba un poco en todas partes, en las concesiones y en los campos, para comer.

Balla y la abuela se presentaron en la maleza a buscarme, y me llevaron de vuelta a casa. Me enjugaron las lágrimas; y me pidieron que enfriara el corazón (enfriar el corazón significa «calmar mi sentimiento de cólera, de pena») y me dijeron que mamá no era, que no podía ser una bruja. Porque era musulmana. Los viejos bambaras no musulmanes eran unos mentirosos empedernidos.

Lo que me dijo Balla y abuela no me convenció del todo; ya era demasiado tarde. Un pedo que escapa del culo no se alcanza jamás. Yo seguía mirando a mi mamá a hurtadillas, con desconfianza y vacilación en el vientre, dicen los africanos, y en el corazón, dicen los franceses. Temía que alguna vez ella se comiera mi alma. Cuando te comen el alma ya no puedes vivir más, mueres por enfermedad, por accidente. Por una mala muerte cualquiera, ñamokodé (bastardía)!

Cuando mamá murió, Balla dijo que no había sido comida por los brujos. Porque él, Balla, era un adivino, un fetichista que detectaba a los brujos, que conocía a los brujos. Abuela explicó que mamá había muerto por designio de Alá, sólo con la úlcera y las lágrimas que ella derramó en demasía. Porque él, Alá, hace desde el cielo lo que quiere; él no está obligado a ser justo en todas sus cosas de aquí abajo.

A partir de ese día, supe que había hecho daño a mamá, mucho daño. Daño a una lisiada. Mi mamá no me dijo nada pero murió con el mal en el corazón. Yo tenía sobre mí sus maldiciones, la condenación. No haré nada bueno en la tierra. Yo nunca valdré nada en esta tierra.

Tal vez os cuente más tarde sobre la muerte de mi mamá. Pero no es obligatorio o indispensable que hable de ello cuando no tengo ganas. ¡Faforo (sexo de mi padre)!

Aún no os he dicho nada de mi padre. Se llamaba Mory. No me gusta hablar de mi padre. Me

hace daño en el corazón y en el vientre. Porque murió sin tener la barba blanca de anciano sabio. Nunca hablo mucho de él porque no lo conocí lo suficiente. No lo frecuenté mucho porque reventó cuando yo aún andaba a gatas. Fue al curandero Balla a quien siempre frecuenté y quise. Por suerte, el fetichista Balla sabía demasiadas cosas. Conoce la brujería y ha viajado en exceso como cazador por Costa de Marfil, Senegal, e incluso por Ghana y Liberia donde los negros son americanos negros y todos los indígenas hablan el pidgin. Es así como llaman allí al inglés.

Issa es mi tío, que es así como se llama al hermano de nuestro padre. Era a mi tío Issa a quien debía pertenecer mi madre después de la muerte de mi padre, era él quien debía casarse con mi madre automáticamente. Tal es la costumbre de los malinkés.

Pero en el pueblo nadie estaba de acuerdo en entregar a mamá en matrimonio al tío Issa. Porque él nunca había venido a visitar a mamá en su choza; nunca se había ocupado de mí y siempre criticó a mi padre con malevolencia, y a mi abuela y a mi abuelo. En el pueblo nadie quería al tío Issa. Nadie quería que se aplicara la costumbre. Y por su parte, mi tío Issa no quería a una mujer que anda sobre las nalgas y que siempre lleva una pierna podrida en alto.

Como la ley de El Corán y de la religión prohíbe a una musulmana piadosa como mi mamá vivir un año de doce lunas fuera de un matrimonio sellado con vínculo de cola (cola significa «grano comestible del árbol del mismo nombre, consumido por sus virtudes estimulantes. La cola constituye el regalo ritual de la sociedad tradicional»), mi madre se vio obligada a hablar, a decir lo que quería, a elegir.

Ella dijo a mi abuela que era siempre Balla quien estaba en su choza, día y noche; ella quería su vínculo de cola con el curandero y fetichista Balla. Todos se pusieron a ulular y a ladrar como perros rabiosos, todo el mundo estaba en contra porque Balla era un bambara fetichista que no hacía las cinco plegarias por día, que no ayunaba. Por lo tanto él no podía casarse con una musulmana piadosa como mi madre que todos los días y a su hora hacía las cinco plegarias.

Hubo palabres y lecturas de El Corán. Para cortar las dilatadas discusiones en las asambleas fueron a ver al imán. Así es como se llama al anciano de barba blanca que ora ante todo el mundo el viernes, los días de fiesta e incluso cinco veces diarias. El imán pidió a Balla que dijera muchas veces «Alá kubarú y bissimilai». Y Balla dijo «Alá kubarú y bissimilai» una sola vez, y todo el mundo estuvo de acuerdo en el vínculo de cola con Balla.

Así fue como Balla se convirtió en mi padrastro. Y así es como se llama al segundo marido de la madre de alguien. Balla y mamá hicieron un matrimonio en blanco.

Aunque la mujer y el hombre casados sean negros y estén Vestidos de negro, cuando nunca hacen el amor se dice que han hecho un matrimonio en blanco. El matrimonio era en blanco por dos razones. Balla tenía demasiados grigrís en el cuello, el brazo y la cintura, y nunca quería desnudarse ante una mujer. E incluso aunque quisiera quitarse todos los fetiches nunca habría conseguido tener niños. Porque no conocía la técnica de mi padre. Mi padre no había tenido tiempo de enseñarle la manera acrobática de curvarse sobre mamá para hacerle niños, puesto que mamá andaba sobre las nalgas con la pierna derecha levantada y podrida por la úlcera.

Mi papá hizo tres hijos con mi madre. Mi hermana Mariam, mi hermana Fatuma y yo. Mi padre era un gran agricultor y un buen creyente que alimentaba bien a mi mamá. Abuela ha dicho que mi padre está muerto a pesar de todo el bien que hacía en la tierra porque nadie puede descifrar las

leyes de Alá, y que el Todopoderoso M cielo pasa de todo, que hace lo que quiere, que no está obligado a ser siempre justo en todo lo que decide realizar en la tierra, aquí abajo.

Mi mamá está muerta porque Alá lo ha querido así. El creyente musulmán no puede decir o reprochar nada a Alá, ha dicho el imán. Él agregó que mi madre no murió por brujería sino por la úlcera. Su pierna se siguió pudriendo porque no había nadie más que pudiera curarla después de la desaparición de la extirpadora y de su hijo, y porque su enfermedad no era una enfermedad que se curase en un hospital de los blancos. Y también a causa de que el tiempo que Alá le otorgó sobre la tierra se había terminado.

El imán agregó que no era verdad lo que habían venido a contar los viejos mugrientos No era verdad que mamá comiera por sí misma durante la noche, por brujería, en su herida podrida. Eso me enfrió el corazón y comencé a llorar a mi madre. El imán dijo que no había sido un muchacho amable. El imán, en el pueblo, es el marabut de abundante barba que los viernes, a la una de la tarde, dirige la gran plegaria. Fue por eso que comencé a lamentarlo mucho.

Y ahora todavía eso me hace daño. Me quema el corazón cuando pienso en la muerte de mamá. Porque a veces me digo que quizá mamá no era una bruja comedora de almas y recuerdo la noche en que ella acabó.

Cuando mamá comenzó a pudrirse demasiado, pudrirse hasta el último grado, me llamó, y me apretó muy fuerte el brazo izquierdo con su mano derecha. Yo no podía escapar para ir a vagabundear por las calles esa noche. Dormí en la estera y mamá entregó el alma al primer canto del gallo. Pero por la mañana los dedos de mamá estaban tan aferrados a mi brazo que hizo falta Baila, abuela y otra mujer para arrancarme de mi madre. ¡Walahé (en el nombre de Alá)! Es la verdad.

Todo el mundo lloró mucho porque mamá había sufrido mucho sobre la tierra, aquí abajo. Todo el mundo dijo que mamá iba a viajar directamente al buen paraíso de Alá allí arriba, porque en la tierra, aquí abajo, conoció todas las desgracias y todos los sufrimientos y que Alá ya no tenía otras desgracias y sufrimientos para infligirle.

El imán ha dicho que su alma será una buena alma, un alma que protegerá bien a los vivos contra las desdichas y todas las suertes malas, un alma que debemos adorar y evocar. Mamá está ahora en el paraíso; ya no sufre más, todo el mundo aquí en la tierra está contento. Salvo yo.

La muerte de mamá me duele, todavía me duele mucho. Porque las declaraciones de los viejos cafres eran grandes mentiras, eran unos mentirosos empedernidos. Y yo, yo he sido con ella un malo y despreciable muchacho. Yo herí a mamá, ella murió con la espina en el corazón. Por lo tanto estoy maldito, arrastro la maldición a todas partes donde voy. ¡Ñamokodé (bastardía)!

A los funerales de mi madre, séptimo y cuadragésimo día (séptimo y cuadragésimo día significa, según el Inventario de las particularidades léxicas..., «ceremonia de recordación de un difunto»), mi tía Mahan vino desde Liberia.

Mahan es la madre de Mamadú. Por eso decimos que Mamadú es mi primo. Mi tía Mahan vivía en Liberia, lejos de la ruta de la selva, junto a un arroyo. Ella se había refugiado allí con su segundo marido, porque su primer marido, el padre de mi primo Mamadú, era un maestro cazador. Un maestro cazador que gritaba, injuriaba y amenazaba con el cuchillo y el rifle. Es lo que se llama un violento; el maestro cazador, el papá de Mamadú, era un gran violento. Mi tía hizo con el maestro cazador a mi prima Ferima y a mi primo Mamadú. El nombre del maestro cazador, el padre de Mamadú, era

Morifing. Pero Morifing injuriaba, golpeaba y amenazaba a mi tía de tal manera, tanto, que una vez mi tía se marchó; ella huyó.

En ningún lugar del mundo una mujer debe marcharse de la cama de su marido, por más que su marido injurie, golpee o amenace a la mujer. Ella siempre tiene la culpa. Eso es lo que se llama los derechos de la mujer.

Aún no habían llegado las independencias. Mi tía fue convocada al despacho del comandante blanco de la subdivisión. A causa de los derechos de la mujer, los dos hijos le fueron quitados a su madre y confiados a su padre. Para impedir a mi tía robar, o ver a sus hijos, su padre los envió a Costa de Marfil. El primo Mamadú fue confiado a su tío, un enfermero gordo. El enfermero envió a mi primo a la escuela de los blancos, allá, en Costa de Marfil.

En aquellos tiempos no había muchas escuelas y la instrucción todavía era útil. Por eso Mamadú pudo convertirse en alguien importante. Hasta en un doctor.

A pesar del divorcio acordado por el administrador colonial con los derechos de la mujer, a pesar de que Morifing tenía la custodia de sus dos hijos, el cazador violento seguía buscando a mi tía y a su segundo marido. A veces, por la noche, se despertaba, cogía su rifle, lo levantaba y decía que iba a matarlos a los dos, que los mataría a los dos como a ciervas si los veía. Por eso mi tía y su marido se habían marchado lejos de todas las colonias francesas como Guinea y la Costa de Marfil, para refugiarse en la selva, en Liberia, que es una colonia de los americanos negros donde las leyes francesas no se aplican. Porque el inglés que la gente habla allí se llama pidgin. ¡Faforo!

Por lo tanto, en el momento de los funerales de mi madre, el cazador violento no estaba en el pueblo. Acostumbraba a abandonar el pueblo durante muchos meses para irse lejos, a otros países donde seguía haciendo el violento y mataba muchos animales salvajes para vender su carne. Era su negocio, su ocupación. Fue porque él estaba ausente que mi tía vino al pueblo para ayudarnos a todos, a mi abuela, a Balla y a mí, a llorar la muerte de mi madre.

Tres semanas después de la llegada de mi tía al pueblo se reunió una gran palabre de la familia en la choza del abuelo. (Palabre significa «asamblea tradicional donde se discuten los asuntos pendientes y se toman las decisiones».) La palabre reunía al abuelo, a la abuela, a mi tía y a otras tías y tíos. En razón de las leyes de la familia entre los malinkés, decidieron que tras la muerte de mi madre mi tía se había convertido en mi segunda madre. La segunda madre también se llama tutora. Era mi tía, mi tutora, quien debía alimentarme y vestirme y era la única que tenía el derecho de pegarme, injuriarme y educarme bien.

Decidieron que debía marcharme a Liberia con mi tía, mi tutora, porque en el pueblo yo no iba a la escuela francesa ni a la escuela coránica. Yo vagabundeaba como un niño de la calle o iba a cazar a la espesura con Balla, quien en lugar de instruirme en las palabras de Alá y de El Corán, me enseñaba la caza; el fetichismo y la brujería. Mi abuela estaba en contra de eso, ella quería alejarme, hacerme dejar a Balla para que no me convirtiera en un bambara, un fetichista incrédulo, en vez de mantenerme como un auténtico malinké que realiza bien sus cinco plegarias por día.

Abuela, para animarme, para convencerme de abandonar a mi padrastro Balla, me dijo que allá, en Liberia, en casa de mi tía, iba a comer todos los días arroz con carne y salsa roja. Yo estaba contento de marcharme y canté, porque tenía muchas ganas de comer arroz con salsa roja. ¡Walahé (en el nombre de Alá)!

Pero el consejo de los viejos anunció a mi abuelo y a mi abuela que no podía abandonar el pueblo porque era un bilakoro. Se llama bilakoro a un muchacho que aún no ha sido circuncidado e iniciado. Porque allá, en Liberia, todo es selva y los hombres son bushmen. (Bushmen significa, de acuerdo con el Inventario..., «hombres de la selva, nombre que por menosprecio dieron los hombres de las sabanas a los hombres de la selva».) Los bushmen son gente de la selva que no son malinkés y que no conocen la circuncisión y la iniciación. Formé parte del primer contingente de bilakoros para la circuncisión e iniciación en la buena estación siguiente.

Una noche vinieron a despertarme, caminamos, y al alba estábamos en una llanura, a orillas de un bosque, sobre el área de la circuncisión. No es necesario estar en el área de la circuncisión para saber que allí nos cortan alguna cosa. Cada bilakoro cavó un pequeño agujero frente al cual estaba sentado. El circuncidador salió de la selva con tantos limones verdes como muchachos a circuncidar. Era un viejo de gran tamaño, con casta de herrero. También era un gran mago y un gran brujo. Cada vez que cortaba un limón verde, caía el prepucio de un muchacho. Pasó ante mí, yo cerré los ojos y mi prepucio cayó en el agujero. Eso duele mucho. Pero esa es la ley de los malinkés.

Nos alojaron en un campamento, en una selva intrincada a la entrada del pueblo donde vivimos durante dos meses.

Durante esos dos meses nos enseñaron cosas, muchas cosas, con la obligación de no divulgarlas jamás. Eso es lo que se llama la iniciación. Nunca hablaré a un no iniciado de ello, de cuánto he aprendido en la iniciación. El día en que abandonamos el bosque sagrado, comimos y bailamos mucho. Ya no éramos bilakoros, éramos iniciados, verdaderos hombres. Y yo podía abandonar el pueblo sin escandalizar a nadie, sin que nadie pudiera cotillear.

Mi tía, a quien también llamaban mi segunda madre o mi tutora, y yo, Birahima, un muchacho sin miedo ni tacha, estábamos ya listos para ir a Liberia cuando, bruscamente, una tarde, a la hora de la cuarta plegaria, oímos fuertes gritos seguidos de tiros de rifle junto a la concesión del ex marido de mi tía, el cazador violento. Todo el pueblo gritó y dijo que el cazador había regresado. Mi tía tuvo tanto miedo que sin perder tiempo desapareció en la maleza, en la noche, y sin mí. Dos semanas después, cuando mi tía llegó a Liberia, junto a su marido, mi abuela y los viejos del pueblo comenzaron a buscar un viajero capaz de acompañarme a casa de mi tía de Liberia.

Entre nosotros, todo el mundo conoce los nombres de todos los grandes alguien, algunos oriundos del pueblo, que tienen mucho dinero en Abidján, Dakar, Bamako, Conakry, París, Nueva York, Roma e incluso en países lejanos y fríos de la otra costa del océano, en América y allá, en Francia. Los grandes alguien también son llamados hadjis porque van todos los años a La Meca para degollar sus corderos allá, en el desierto, en la gran fiesta musulmana llamada fiesta de los corderos o al kabeir.

Por eso en el pueblo todos habían oído hablar de Yacuba desde hacía mucho tiempo. Yacuba era un gran alguien oriundo del pueblo que estaba en Abidján y que también hacía el gran hadji allí, con el bubú grande bien almidonado.

Una mañana, al despertar, todo el pueblo supo que Yacuba había regresado por la noche. Pero cada cual debía cerrar la boca y nadie debía decir que Yacuba estaba en el pueblo. Todo el mundo sabía que el hombre que había regresado se llamaba Yacuba, pero cada cual debía olvidar su nombre y llamarlo Tiecura. Cinco veces al día todo el mundo lo veía ir a la mezquita y nadie debía decir a otro que él mismo lo había visto pasar. Yacuba, alias Tiecura. (En francés, cuando alguien tiene un

nombre y se lo debe llamar por otro, se dice alias.) Yacuba, alias Tiecura, estaba en el pueblo desde hacía dos lunas y nadie lo llamaba por su nombre, Yacuba, y nadie preguntaba por qué un gran alguien como él había regresado.

Como en el pueblo nunca encontraban a nadie para acompañarme a casa de mi tía en Liberia, el gran alguien hadji Tiecura, alias Yacuba, una mañana, después de la plegaria, dijo que iba a conducirme a Liberia. Quería acompañarme porque él era también multiplicador de billetes. Un multiplicador de billetes es un marabut a quien se entrega un pequeño puñado de billetes un día y que otro día te reembolsa con un montón de billetes de francos franceses, e incluso de dólares americanos. Tiecura era multiplicador de billetes y también marabut adivino y marabut fabricante de amuletos.

Tiecura estaba apremiado por partir porque en todas partes todo el mundo decía que en Liberia, allá, con la guerra, los marabuts multiplicadores de billetes o adivinos curanderos o fabricantes de amuletos, ganaban mucho dinero y dólares americanos. Ganaban demasiado dinero porque en Liberia sólo quedaban jefes militares y gente que tiene demasiado miedo a morir. Un jefe militar es un gran alguien que ha matado a muchas personas y que pertenece a un país con pueblos llenos de gente que el jefe militar dirige y puede matar sin forma alguna de proceso. Allí, con los jefes militares y su gente, Tiecura estaba seguro de ejercer sin que la policía le hiciera la puñeta como en Abidján. La policía siempre lo molestaba por todo el trabajo y todos los oficios que ejercía en Abidján, Yopougon, Port Bouét y otras ciudades de Costa de Marfil, como Daloa, Bassam, Bouaké e incluso Bundiali, en el país senufo, allá por el norte.

Yacuba, alias Tiecura era un auténtico gran alguien, un auténtico hadji. Cuando lo circuncidaron, abandonó el pueblo para ir a vender colas en muchas ciudades de la selva en el país de los bushmen, en Costa de Marfil, como Agloville, Daloa, Gagnoa o Anyama. En Anyama se hizo rico y exportó muchos cestos de colas a Dakar, por barco. Por remojón de barbas (significa «propina»). Por remojón de barbas, o propinas, a los aduaneros, los cestos de colas embarcaban en el puerto de Abidján, llegaban y salían del puerto de Dakar sin pagar ni un céntimo de tasas o derechos aduaneros. En Senegal y en Costa de Marfil, si el exportador de colas no remoja bien las barbas de los aduaneros está obligado a pagar muchas tasas y derechos como impuestos del gobierno, y no gana nada de nada. Los cestos de Yacuba que no habían pagado ni un céntimo de tasas se vendían a alto precio en el mercado de Senegal, con grandes beneficios. Con los grandes beneficios, Yacuba, alias Tiecura, se hizo rico.

Rico, embarcó en un avión y fue a La Meca para convertirse en hadji. Y hadji regresó a Abidján para casarse con muchas mujeres. Para alojar a las numerosas mujeres compró muchas concesiones (numerosos patios) en Anyama y en otros lugares perdidos llenos de asesinos de Abidján, como Abobo. Como había muchas habitaciones vacías en las concesiones, fueron sus padres, sus amigos, y los amigos de sus padres y de sus amigos, y también los padres de sus mujeres quienes llegaron de todas partes para ocupar las habitaciones, hacerse alimentar bien y crear muchas tertulias. Para ordenar las tertulias, durante toda la jornada, cuando Yacuba alias Tiecura no rezaba, discutía bajo el apatán. (Apatán es «una construcción ligera con techo de paja u hojas de palmera trenzadas, apoyadas sobre pilotes, que sirve de protección contra el sol».) Él discutía bajo el apatán con su gran bubú almidonado con los proverbios y las azoras de un gran hadji con turbante.

En una ocasión, durante un mes, estuvo tan ocupado en las tertulias, tan agobiado por los reunidos, que olvidó remojar la barba de los aduaneros y un barco que había llegado a Dakar lleno de cestos de colas quedó por descargar.

En Dakar había una huelga de los portuarios. Los portuarios y los aduaneros dejaron que las colas se pudrieran en los muelles, mientras Yacuba, alias Tiecura, aún seguía discurriendo bajo el apatán. Todos los cestos de colas de un barco completo estaban jodidos por entero, perdidos, sólo servían para ser arrojados al mar. Yacuba había perdido todo su dinero. En francés se dice que Yacuba estaba completa, totalmente arruinado.

Cuando estás arruinado, los banqueros acuden a reclamar el dinero que te habían prestado generosamente. Si no lo reembolsas en el acto, te citan en los tribunales. Si no empiezas a remojar las barbas de los magistrados, de los jueces, de los notarios y de los abogados del tribunal de Abidján, recibirás la condena más fuerte. Si cuando eres condenado no llegas a remojar las barbas de los oficiales de justicia y de los policías, cogen tus concesiones con tus casas.

Cogieron todas las concesiones de Yacuba, alias Tiecura. Para no verlo y para que no echaran mano a las joyas de sus mujeres, él huyó a Ghana.

Ghana es un país próximo a Costa de Marfil, donde se juega bien al fútbol y donde se habla tanto el pidgin como el inglés.

En Ghana había gran cantidad de mercancías mucho más baratas que en Abidján. Él hizo entrar sus mercancías en Costa de Marfil sin pagar los derechos remojando bien las barbas de los aduaneros de las fronteras, y pudo venderlas a un alto precio con grandes beneficios. Con los beneficios se enriqueció y compró una gran concesión en Yopugón Port-Bouét, mujeres, turbantes, bubús almidonados y vehículos rápidos para transportar pasajeros con prisa. Sí, muchos vehículos rápidos.

Como el conductor de uno de los vehículos sisaba todos los ingresos, Yacuba alias Tiecura subió él mismo al vehículo para cobrar su dinero. El conductor, enfadado, provocó un accidente mortal. Y Yacuba herido y hospitalizado, fue curado por Alá porque él realizada todos los días las cinco plegarias y degollaba con mucha frecuencia muchos sacrificios. Fue curado también porque tuvo la suerte de que sus sacrificios fueran atendidos. (Entre los africanos indígenas negros se tiene mucha buena suerte cuando los sacrificios que se han hecho son atendidos.)

De su accidente y hospitalización extrajo dos cosas. Primo se quedó cojo, lo llamaron el bandido cojo. Secundo, extrajo este pensamiento: Alá en su bondad nunca deja vacía una boca que ha creado. ¡Faforo (sexo de mi padre)!

Mientras Yacuba, alias Tiecura, estaba en el hospital, uno de sus amigos acudió a visitarle. Se llamaba Sekú, Sekú Dumbuya. Era un compañero de su misma edad, un camarada de iniciación, por lo tanto un amigo de mucho tiempo atrás. (En los pueblos negros africanos los niños se clasifican por grupos de edad. Lo hacen todo por grupos de edad. juegan y son iniciados por grupos de edad). Sekú fue a visitarlo en Mercedes Benz. En Costa de Marfil son los ricos quienes circulan en Mercedes Benz. Sekú informó a Yacuba el oficio que ejercía para ganar mucho dinero sin riesgos y sin dar golpe. Era el trabajo de marabut. Cuando salió del hospital de Yopugón, Yacuba, alias Tiecura, vendió los restos del coche y los otros vehículos rápidos y se instaló como marabut multiplicador de billetes, fabricante de amuletos, inventor de ensalmos para tener éxito y descubridor de sacrificios

para alejar todas las malas fortunas.

Su trabajo funcionó bien, porque muchos ministros, diputados, altos funcionarios, nuevos ricos y otros grandes alguien comenzaron a entrar en su casa. Cuando los bandidos, asesinos y otros matadores de Costa de Marfil vieron eso, entraron en su casa con maletas llenas de dinero robado, para multiplicar los billetes del botín de sus atracos.

En Abidján, cuando los policías ven a un bandido con un arma en la mano no discuten con él, lo abaten sin forma alguna de proceso, como a una pieza de caza, un conejo. Un día los policías tiraron sobre tres bandidos, dos murieron en el sitio, el tercero, antes de palmarla, pudo explicar que su dinero estaba en casa del multiplicador de billetes Yacuba, alias Tiecura. Los policías desembarcaron en casa del multiplicador.

Por sacrificios atendidos (significa «por suerte», según el Inventario de las particularidades... Los negros indígenas africanos hacen muchos sacrificios sangrientos contra las desgracias. Y es cuando sus sacrificios son atendidos que tienen mucha suerte), por sacrificios atendidos o por suerte, Yacuba, alias Tiecura, estaba ausente cuando los policías lo revolvieron todo y encontraron en su casa demasiadas maletas llenas de billetes de banco robados.

Yacuba no regresó más a su casa. Huyó de Abidján durante la noche y adoptó el nombre de Tiecura y se refugió en el pueblo donde todos aquellos que lo veían aseguraban que no lo habían visto. Yacuba seguía pensando, y lo decía, que Alá, en su inmensa bondad, nunca deja vacía una boca que ha creado.

Fue ese hombre quien se ofreció para acompañarme a casa de mi tía, en Liberia. ¡Walahé (en el nombre de Alá)! Esto es verdad.

Una mañana vino a verme. Me llevó aparte, y en secreto, me hizo confidencias. Liberia era un país fantástico. Su oficio, multiplicador de billetes de banco, era un trabajo de oro allí. Un oficio que llamaban grigriman. Un grigriman es un gran alguien allí. Para alentarme a partir me enseñó un montón de otras cosas sobre Liberia. ¡Faforo (sexo de mi papá)!

Cosas maravillosas. Allí había una guerra tribal. Allí los niños de la calle como yo se convertían en niños soldado que en pidgin americano, de acuerdo con el Harrap's, se llaman small soldiers. Los small soldiers lo tenían todo y de todo. Tenían kalachnikov. Los kalachnikovs son fusiles inventados por un ruso que disparan sin detenerse. Con los kalachnikov, los niños soldado tenían todo y de todo. Tenían dinero, incluso dólares americanos. Tenían calzado, galones, radios, gorras y hasta coches que también se llaman 4 x 4. Yo grité ¡Walahé! ¡Walahé!: quería marcharme a Liberia. Deprisa, deprisa. Quería convertirme en niño soldado, un small soldier. Un niño soldado o un soldado niño, que es más o menos lo mismo. No tenía en la boca otra expresión que small soldier. En mi cama, cuando hacía caca o pipí, gritaba solo ¡small soldier, niño soldado, soldado niño!

Una mañana, con el primer canto del gallo, Yacuba llegó a la casa. Todavía era de noche; la abuela me despertó y me dio arroz con salsa de cacahuete. Comí mucho. Abuela nos acompañó. Cuando llegamos a la salida del pueblo donde están los vertederos, me puso en la mano una moneda de plata, tal vez todos sus ahorros. Hasta hoy siento el calor de la moneda en la palma de la mano. Luego se echó a llorar y regresó a su casa. No volvería a verla nunca. Es Alá quien lo ha querido así. Y Alá no es justo en todo lo que hace aquí abajo.

Yacuba me pidió que caminara delante de él. Yacuba coleaba, lo llamaban el bandido cojo.

Antes de la partida dijo que durante el camino siempre tendríamos algo que comer porque Alá, en su inmensa bondad, nunca deja vacía una boca que ha creado. Con nuestros equipajes sobre la cabeza, Tiecura y yo partimos a pie antes de la salida del sol hacia la ciudad del mercado donde se encontraban los camiones que iban a las capitales de Guinea, Liberia, Costa de Marfil o Mali.

No habíamos caminado mucho, ni un kilómetro siquiera, cuando de golpe, a la izquierda, una lechuza que susurró bastante salió de las matas y desapareció en la noche. Salté de miedo y grité «¡mamá!» y me abracé a las piernas de Tiecura. Tiecura, que es un hombre sin miedo ni tacha, recitó una de las más poderosas azoras que se sabía de memoria. Luego dijo que una lechuza que sale a la izquierda del viajero es un mal presagio para el viaje. (presagio significa «signo por el cual se prejuzga el porvenir».) Él se sentó para recitar otras tres azoras fuertes de El Corán y tres plegarias terribles de hechicero indígena. Automáticamente un turaco cantó a la derecha (turaco: «pájaro de gran tamaño, frugívoro», de acuerdo con el Inventario...). Al cantar el turaco a la derecha, Yacuba se levantó y dijo que el canto del turaco es una buena respuesta. Una buena cosa que significaba que teníamos la protección del alma de mi madre. El alma de mamá es demasiado fuerte porque mi mamá ha llorado demasiado en la tierra, aquí abajo. El alma de mi mamá había barrido el funesto susurro de la lechuza. (Funesto significa «que aporta la desgracia, la muerte».) Aunque estuviera maldito por mi mamá, su alma me protegía.

Y continuamos a nuestro buen paso por el camino (buen paso significa, según el Inventario..., «caminar»), sin hablar, porque éramos muy fuertes y nos sentíamos seguros.

Después de eso, cuando no habíamos caminado mucho todavía, ni siquiera cinco kilómetros, y otra vez a la izquierda, de golpe una segunda lechuza susurró en las matas y desapareció en la noche. Tuve tanto miedo que grité dos veces «¡mamá!». Yacuba, alias Tiecura, que es un tío sin miedo ni tacha entre los marabuts o los hechiceros, recitó dos de las demasiado buenas azoras que se sabía de memoria. Después dijo que las lechuzas que salen dos veces a la izquierda del viajero son un funesto augurio, demasiado malo. (Augurio significa «un signo que parece anunciar el porvenir».) Se sentó para recitar seis azoras fuertes de El Corán y seis grandes ensalmos de hechicero indígena. Automáticamente una perdiz cantó a la derecha; entonces se levantó, sonrió y dijo que el canto de la perdiz significa que tenemos la protección del alma de mi madre. El alma de mi madre es una buena y demasiado poderosa alma porque mi mamá ha llorado demasiado y ha andado demasiado sobre las nalgas aquí abajo. El alma de mi mamá había barrido una vez más el segundo funesto susurro de la lechuza sobre nuestro camino. Mi mamá era muy buena, me protegía aunque yo le hiciera mucho daño.

Y habíamos continuado la marcha por el camino sin preocuparnos porque estábamos realmente contentos y orgullosos.

Después de eso, cuando no habíamos caminado mucho todavía, ni siquiera diez kilómetros, de golpe, a la izquierda, una tercera lechuza susurró fuerte en las matas y desapareció en la noche. Tuve tanto miedo, pero tanto miedo, que grité tres veces «¡mamá!». Tiecura, que es un hombre sin miedo ni tacha entre los marabuts y en la hechicería, recitó azoras demasiado poderosas que sabe de memoria. Después, dijo que lechuzas que salen tres veces a la izquierda del viajero son tres veces un mal presagio para el viaje. Se sentó y recitó otras nueve azoras diferentes y fuertes de El Corán y nueve grandes ensalmos de mago brujo indígena. Automáticamente una pintada cantó a la derecha, entonces

se levantó, sonrió y dijo que el canto de la pintada significa que tenemos la bendición del alma de mi madre. El alma de mi mamá es un alma demasiado buena y fuerte porque mi mamá lloró y anduvo demasiado sobre las nalgas aquí abajo. El alma de mi mamá había barrido una vez más el tercer susurro funesto de la lechuza. Y continuamos nuestra ruta a pie sin pensar mucho, de tan felices y seguros que estábamos.

La mañana comenzaba a llegar y seguíamos caminando. De golpe todos los pájaros de la tierra, de los árboles, del cielo, cantaron juntos porque todos estaban contentos, muy contentos. Eso hizo salir el sol que saltó poco a poco ante nosotros encima de los árboles. Nosotros también estábamos contentos, contemplábamos en la distancia la cúspide de la ceiba del pueblo cuando vimos llegar un águila por nuestra izquierda. El águila volaba pesadamente porque llevaba algo entre las garras. Cuando llegó a nuestra altura, el águila soltó en medio del camino lo que llevaba. Era una liebre muerta. Tiecura gritó numerosos y grandes bissimilai y oró mucho, durante largo tiempo, con azoras y muchas otras plegarlas de fetichista cafre. Estaba demasiado preocupado y dijo que una liebre muerta en medio del camino era un augurio muy malo, demasiado malo.

Cuando llegamos no fuimos directamente a la estación de autobuses. Entramos en la ciudad con la voluntad de renunciar al viaje, de regresar a Togobala. Había demasiados malos presagios.

Pero vimos a una vieja abuela jodida apoyándose sobre un largo bastón. Yacuba le dio una nuez de cola. Ella se puso contenta y nos aconsejó que fuéramos a consultar a un hombre que acababa de llegar al pueblo. Ese hombre se había convertido en el más fuerte de los marabuts, de los médiums, de los magos del pueblo y de la región. (Médium significa «persona a quien se considera capaz de comunicarse con los espíritus».) Rodeamos tres concesiones, dos chozas, y fuimos a parar directamente a la casa del marabut, que no era otro que Sekú, el amigo de la infancia de Yacuba, quien lo había visitado en Mercedes en el hospital de Yopugón, en Abidján. Yacuba y Sekú se abrazaron. Sekú había sido obligado a abandonar Abidján y abandonar su Mercedes y todos los demás bienes a causa de un oscuro asunto de multiplicación de billetes, como Yacuba (oscuro asunto significa «deplorable, lamentable negocio», según el Petit Robert). Tan pronto como nos sentamos en la choza, Sekú, mediante una prestidigitación de maestro, sacó un pollo blanco de la manga de su bubú. Yacuba gritó de asombro, maravillado. A mí me cogió espanto (espanto significa «miedo mezclado con horror que sobrecoge», de acuerdo con el Petit Robert). Sekú nos recomendó muchos sacrificios, duros sacrificios. Matamos dos corderos y dos pollos en un cementerio. El pollo que él se había sacado de la manga, y otro más.

Los sacrificios fueron admitidos. Alá y los manes no estaban obligados a aceptarlos; lo hicieron porque así lo quisieron. Fuimos asegurados. Sekú nos aconsejó también no embarcar antes del viernes. El viernes era el único día recomendado a los viajeros que han visto una liebre muerta sobre el camino que llevan. (Recomendado significa «aconsejado con energía».) Porque el viernes es el día santo de los musulmanes, de los muertos e incluso de los fetichistas.

Éramos optimistas y nos sentíamos fuertes (optimista significa «confiado en el porvenir», según Larousse). Éramos optimistas y nos sentíamos fuertes porque Alá en su inmensa bondad nunca deja sin subsistencia una boca que ha creado (subsistencia significa «alimento y manutención»). Corría junio de 1993.

No hay que olvidar que en las discusiones con el médium Sekú, Yacuba consiguió convencerle de

que debía ir a Liberia y a Sierra Leona. Porque en esos países la gente moría como las moscas, y en los países donde la gente muere como las moscas, los marabuts que son capaces de sacarse un pollo de la manga ganan mucho dinero; demasiados dólares. Él no dijo que no. Y de hecho, lo hemos encontrado en numerosas ocasiones en las selvas inhóspitas de Liberia y de Sierra Leona (inhóspitas significa «salvajes, bravas»).

Esto es lo que tenía que decir hoy. Estoy harto; por hoy paro.

¡Walahé! ¡Faforo (sexo de mi padre)! ¡Ñamokodé (bastardo)!

Dos

Cuando se dice que hay guerra tribal en un país significa que los mayores bandoleros se han repartido el país. Se han repartido la riqueza, se han repartido el territorio, se han repartido los hombres. Ellos se han repartido todo, todo, y el mundo entero les deja hacer. Todo el mundo les deja matar libremente a los inocentes, a los niños y a las mujeres. ¡Y aún hay más! Lo más gracioso: cada cual defiende sus ganancias con la energía de la desesperación, y al mismo tiempo cada cual quiere agrandar sus dominios. (La energía de la desesperación significa, según el Larousse, «la fuerza física, la vitalidad».)

En Liberia había cuatro grandes bandoleros: Doe, Taylor, Johnson, El Hadji Koroma y otra morralla de pequeños bandidos. La morralla quería crecer. Y éstos se lo habían repartido todo. Es por eso que se dice que había guerra tribal en Liberia. Y hacia allí iba yo. Y es allí donde vivía mi tía. ¡Waláhé (en el nombre de Alá)! Es la verdad.

En todas las guerras tribales y en Liberia, a los niños soldado, los small soldiers o children soldiers, no se les paga. Ellos matan a los habitantes y se llevan todo lo que es bueno para coger. En todas las guerras tribales y en Liberia, a los soldados no se les paga. Ellos aniquilan a los habitantes y se guardan todo lo que es bueno para guardarse. Los soldados, niños o no, para alimentarse y satisfacer sus necesidades naturales, venden a precio de regalo lo que han cogido y han guardado.

Es por eso que en Liberia se encuentra de todo a precio de regalo. Oro a precio de regalo, 4 x 4 regalados, pistolas y kalachnikov o kalach de regalo, todo y de todo a precio de regalo.

Y cuando todo está a precio de regalo en un país, los comerciantes confluyen en dicho país (confluir es «llegar en gran número», en mi Larousse). Los comerciantes, especialmente los comerciantes que quieren enriquecerse rápido, van todos a Liberia para comprar o cambiar. Van con puñados de arroz, un pequeño trozo de jabón, una botella de petróleo y algunos billetes de dólares o francos franceses. Lo que allí falta, de una manera cruel, son las cosas. Los comerciantes compran o cambian por mercadería a precio de regalo, vienen a vender aquí en Guinea y en Costa de Marfil a altos precios. Eso es lo que se llama conseguir grandes beneficios.

Es por conseguir grandes beneficios que comerciantes y comerciantas pululan alrededor de las gbakas de N'Zerekoré que parten hacia Liberia. (Gbaka es una palabra oscura, negra, africana indígena, que se encuentra en el Inventario de las particularidades léxicas del francés en África negra. Significa «vehículo, automóvil».)

Y además, cuando en un país hay guerra tribal, se entra en ese país por medio de la caravana. En Liberia se entraba en caravana. (Hay caravana cuando numerosos gbakas van juntos.) La caravana está precedida y seguida de motocicletas. Sobre las motocicletas, hombres armados hasta los dientes para defender la caravana. Porque además de los cuatro grandes bandoleros, hay numerosos pequeños bandidos que cortan la ruta y cobran rescate. (Cobrar rescate es «exigir por la fuerza lo que no es debido», según mi Larousse.)

Es en caravana como se va a Liberia y, para no pagar rescate, teníamos una moto delante de nosotros y fue así como partimos. ¡Faforo (culo del padre)!

El pequeño, un verdadero kid (significa, según mi Harraps, «pequeño, niño»), un verdadero trozo de hombre, estaba justo en el límite, justo allí. La moto encargada de nuestra protección circulaba delante y no pudo pararse enseguida cuando el trozo de hombre se lo indicó. Los muchachos que estaban en la moto creyeron que eran cortadores de camino. Dispararon. Y el niño, el niño soldado fue abatido, tumbado, muerto. ¡Walahé! ¡Faforo!

Llegó entonces un instante, un momento de silencio anunciando la tormenta. Y la selva de alrededor comenzó a escupir tralalá... tralalá... tralalá... de metralletas. Los tralalás de la metralleta entraban en acción. Los pájaros de la selva vieron que eso olía mal, se elevaron y volaron hacia otros cielos más tranquilos. Los tralalás de metralletas rociaron la moto y a los muchachos que estaban sobre la moto, es decir, el conductor y el chico que hacía de faro con kalachnikov en la parte de atrás. (La palabra faro no existe en el Petit Robert, pero eso se encuentra en el Inventario de las particularidades léxicas del francés en África negra. Eso quiere decir «hacer el chulo».) El conductor de la moto y el colega que hacía el faro en la parte de atrás de la moto estaban muertos, ambos, por completo, del todo muertos. Y a pesar de eso, la metralleta continuaba: ¡tralalá... ding... tralalá... ding! Y sobre el camino, en el suelo, ya veíamos el estropicio: la moto en llamas y los cuerpos que estaban ametrallados, reametrallados, y sangre por todas partes, mucha sangre, la sangre no se cansaba de correr. ¡A faforo! Continuaban el ejercicio, continuaban la música siniestra del tralalá. (Siniestro significa «oscuro, espantoso, terrorífico».)

Comencemos por el principio.

Habitualmente, las cosas suceden de otra manera. La moto y el coche se detienen al punto a la señal del pequeño, sin pasarse ni un centímetro. Y todo se sucede bien, muy bien. ¡A faforo! El pequeño, el niño soldado alto como el sable bayoneta de un oficial, discute con los chicos que van en la moto de protección en cabeza de la caravana. Familiarizan, es decir, bromean como si todas las noches estuviesen Juntos bebiendo cerveza. El trozo de hombre silba, vuelve a silbar. Entonces se ve un 4 x 4 salir de la maleza lleno de críos, lleno de niños soldado, de small soldiers. Críos así de altos... de la altura del sable bayoneta de un oficial. Niños soldado haciendo el faro con kalach. Kalachnikov en bandolera. Todos con ropa de paracaidista. Ropas de paracaidista demasiado anchas, demasiado largas para ellos, chupas de paracaidista que les cuelgan hasta las rodillas y bajo las cuales parecen ir flotando. Lo más gracioso es que entre esos niños soldado hay niñas, sí, verdaderas niñas que tienen el kalach, que hacen el faro con el kalach. No son numerosas. Son las más crueles, pueden meterte una abeja viva en el ojo abierto. (Entre los oscuros africanos negros, cuando alguien es muy malo, se dice que puede meterte una abeja viva en un ojo abierto.) También se ven niños soldado vestidos de manera parecida, llevando armas parecidas, salir de la espesura a pie, agarrarse al coche, discutir con los pasajeros como si fueran viejos amigos con quienes hubieran hecho el retiro de la iniciación. (En el pueblo, hacer el retiro de la iniciación significa considerarlo como un auténtico amigo».) El 4 x 4 se pone a la cabeza de la caravana, guía la caravana.

Llegamos al campo atrincherado del coronel Papá el Bueno. Descienden los patrones de la caravana, entran en casa del coronel Papá el Bueno. Todo es desembalado, pesado o valorado. Las tasas de las aduanas se calculan de acuerdo con el valor. Se forman grandes asambleas, discuten fuerte y luego se llega a un acuerdo. Pagan, vuelven a pagar en especie, con arroz, mandioca, mijo o en dólares americanos. Sí, en dólares americanos. El coronel Papá el Bueno organiza una misa

ecuménica. (En mi Larousse, ecuménico significa «una misa en la cual hablan de Jesucristo, de Mahoma y de Buda».) Sí, el coronel Papá el Bueno organiza una misa ecuménica. Hacen muchas bendiciones. Y se apartan.

Es así como pasa. Porque el coronel Papá el Bueno es el representante, el predicador, del NPFL (NPFL es la abreviatura en inglés de National Patriotic Front of Liberia. En buen francés, eso significa Frente Patriótico Nacional de Liberia). El NPFL es el movimiento del bandolero Taylor que siembra el terror en la región.

Pero con nosotros eso no sucedió así de ninguna manera. Los muchachos encargados de la protección que iban en la moto creyeron que eran cortadores de camino y dispararon. Y eso lo desencadenó todo.

Después de los tralalás... de la metralleta, oímos los tralalás de la metralleta. Los colegas que estaban con las armas eran locos de la metralla y siguieron disparando. Y cuando el estropicio estaba hecho, bien hecho, por fin pararon.

Entretanto, en el coche estábamos todos como chalados. Gritábamos los nombres de todos los manes, de todos los genios protectores de la tierra y del cielo. Armábamos un jaleo estruendoso. Y todo porque el colega que iba delante, el colega que hacía el faro con el kalach, disparó sobre el niño soldado.

Yacuba se había dado cuenta de todo en cuanto embarcamos. Había observado que el colega que iba en la parte de atrás de la moto no se comportaba bien. Él fue el primero en disparar. Había creído que eran niños ladrones, vulgares cortadores de camino. Disparó y las consecuencias estaban a la vista, bien a la vista.

Vimos aparecer a un niño soldado. Un small soldier, que no era más alto que el sable bayoneta de un oficial. Un niño soldado en ropa de paracaidista muy pero que demasiado grande. Era una chica. Salía con paso vacilante. (Es así como se dice cuando el paso es tardo, inseguro.) Y luego miró el trabajo consumado por las ráfagas, examinó los cuerpos como si uno de ellos aún pudiera levantarse, cuando en verdad estaban muertos y hasta la sangre se había cansado de correr. Se detuvo y después silbó y volvió a silbar muy fuerte. Y de todas partes salieron niños soldado, todos vestidos de manera parecida al primero, todos haciendo el faro con el kalach.

En principio nos rodearon, luego gritaron: «Bajad de los coches con las manos en alto», y nosotros comenzamos a bajar con las manos en alto.

Los niños soldado estaban coléricos, rojos de cólera. (No debe decirse de los negros «rojos de cólera». Los negros nunca se ponen rojos, se enfurruñan). Por lo tanto los small soldiers estaban enfurruñados; lloraban de rabia. Lloraban a su camarada muerto.

Nosotros comenzamos a descender. Uno a uno, uno después del otro. Un soldado se ocupaba de las joyas. Arrancaba los pendientes y los collares y los metía en un saco que sostenía otro. Los niños soldado los despeinaban, los desvestían, los descalzaban a todos. Si los calzoncillos eran bonitos los cogían. Las ropas se ponían aparte, en numerosos montones: zapatos, sombreros, pantalones, calzoncillos. Totalmente desnudo, el pasajero, si era un hombre intentaba colocar torpemente la mano sobre su bangala al aire, y si era una mujer, sobre su ñusu ñusu. (Bangala y ñusu ñusu son los nombres de las partes vergonzosas según el Inventario de las particularidades léxicas... en África negra.) Pero los niños soldado no les dejaban hacerlo. Manu militari, ordenaban a los pasajeros

vergonzosos que se largaran a meterse en la selva. Y cada cual corría para ir a refugiarse en la selva sin pedir lo que les quedaba.

Cuando llegó el turno de Yacuba intentó detenerlos. Vociferó fuerte: «Yo, fetichista, yo grigriman, grigriman...». Los niños soldado lo zarandearon y obligaron a desvestirse. Él siguió vociferando: «Yo fetichista, grigriman. Yo grigriman...». Aun desnudo, intentando cubrirse el bangala, seguía gritando «grigriman, fetichista». Y cuando lo enviaron a la selva regresó, gritando todavía: «grigriman, fetichista». «Maku», le ordenaron los niños soldado metiéndole la punta del kalach en el culo. (Maku se encuentra en el Inventario de las particularidades léxicas del francés en África negra. Quiere decir «silencio».) Y él hizo silencio y se paró al borde del camino, con la mano adelante, sobre la parte vergonzosa.

Llegó mi turno. No dejé que se me subieran encima yo tampoco. Chillé como un jodido niño: «Niño soldado, small soldier, soldado niño, quiero hacerme un niño soldado, quiero ir a la casa de mi tía en Niangbo». Comenzaron a desvestirme y yo seguí chillando: «Small soldier, yo, niño soldado. Yo, soldado niño». Me enviaron a la selva, me negué y permanecí con el bangala al aire. Paso de la decencia. Soy un niño de la calle. (Decencia significa «respeto de las buenas costumbres», según el Petit Robert.) Yo paso de las buenas costumbres, seguí chillando.

Uno de los niños soldado me plantó el kalach en el culo y gritó «¡Traga, traga!» y yo hice maku. Temblaba, mis labios temblaban como las asentaderas de una cabra que espera un macho cabrío. (Asentaderas significa «ano, nalgas».) Tenía ganas de hacer pipí, de hacer caca, de todo, todo. ¡Walahé!

Pero entonces llegó el turno de una mujer, una madre. Ella descendió del vehículo con su niño en brazos. Una bala perdida había agujereado al pobre bebé. La madre se resistió. Ella también se negó a desvestirse. Le arrancaron la ropa. Se negó a entrar en la selva, permaneció junto a mí y Yacuba. En la parte baja del camino, con su bebé muerto en los brazos. Ella comenzó a chillar: «Mi bebé, mi bebé, Walahé, Walahé!». Cuando vi eso reinicié mi canción de niño podrido: «Quiero ir a Niangbo, quiero hacerme un soldado niño. ¡Faforo! ¡Walahé! ¡Ñamokodé!».

El concierto se había vuelto demasiado estruendoso, demasiado fuerte, se ocuparon de nosotros. Nos ordenaron: «Cerrad el pico». Y nosotros hicimos maku. «No se muevan.» Y nos quedamos quietos como macabeos. Y nos quedamos los tres, en la parte baja del camino como gilipollas al cuadrado.

Y hete aquí que un 4 x 4 salió de la selva. Lleno de niños soldado. Sin esperar una señal comenzaron a saquear los vehículos. Cogieron todo lo que era bueno para coger. Lo amontonaron en el 4 x 4. El 4 x 4 hizo muchos viajes de ida y vuelta al pueblo. Después del contenido de los vehículos, se interesaron por el montón de zapatos, de ropas, de sombreros. Los amontonaron en el 4 x 4, que hizo todavía muchos viajes de ida y vuelta. En el último viaje regresó con el coronel Papá el Bueno.

¡Walahé! El coronel Papá el Bueno estaba ataviado de una manera sensacional. (Ataviado es «vestido de forma curiosa», según mi Larousse.) El coronel Papá el Bueno tenía en principio galones de coronel. Es la guerra tribal la que lo quiere así. El coronel Papá el Bueno llevaba una sotana blanca, sotana blanca ajustada a la cintura con una correa de cuero negra, un cinturón sostenido por dos tiradores de cuero negro cruzados en la espalda y en el pecho. El coronel Papá el Bueno llevaba

una mitra de cardenal. El coronel Papá el Bueno se apoyaba en un báculo episcopal, un bastón que tenía una cruz en la punta. El coronel Papá el Bueno llevaba una Biblia en la mano izquierda. Como colofón, para completar el cuadro, el coronel Papá el Bueno llevaba un kalachnikov en bandolera sobre la sotana blanca. El inseparable kalachnikov que arrastraba por todas partes día y noche. Es la guerra tribal la que lo quiere así.

El coronel Papá el Bueno descendió del 4 x 4 llorando. No es broma, ¡llorando como un auténtico niño! Fue a inclinarse sobre el cuerpo del niño soldado, el cuerpo del pequeño que había intentado detener la caravana. Oró y todavía volvió a orar. El coronel Papá el Bueno vino hacia nosotros. Con todo lo que llevaba, con todo.

Yo empecé a chillar: «Quiero ser niño soldado, small soldier, child soldier. Quiero a mi tía, mi tía de Niangbo!». Un niño soldado quiso hacerme tragar los sollozos con su arma. El coronel Papá el Bueno se opuso; se acercó para acariciarme la cabeza como un verdadero padre. Yo estaba contento y orgulloso como un campeón de lucha senegalesa. Paré de llorar. El coronel Papá el Bueno en su majestad hizo una señal. La señal quería decir que debían llevarme. Me dieron un taparrabo. Me anudé el taparrabo alrededor de las nalgas.

Él se acercó a Yacuba, que entonó su canción: «Soy grigri-man, soy fetichista». Él hizo una señal y trajeron un taparrabo a Yacuba que ocultó sus partes vergonzosas. El bangala se le había encogido.

El coronel Papá el Bueno se acercó a la madre, a la madre con el bebé. Él la miró y remiró. Ella estaba desaliñada, ya no tenía el taparrabo y las bragas no conseguían tapanle el ñusu ñusu. (Ñusu ñusu significa «sexo de mujer».) Tenía encanto sensual, tenía un sex-appeal voluptuoso. (Sex-appeal significa «que dan ganas de hacerle el amor».) El coronel Papá el Bueno hizo ademán de marcharse, pero se detuvo. Se detuvo porque la mujer tenía un sex-appeal voluptuoso, y acarició al bebé. Pidió que vinieran a recoger el cuerpo del bebé.

Llegaron con una camilla de campaña para coger al bebé (Se dice camilla de campaña cuando la camilla ha sido hecha con prisa y por necesidad. Está en el Petit Robert). El cuerpo del bebé y el del pequeño fueron izados al 4 x 4 con la camilla de campaña.

El coronel Papá el Bueno subió al coche. Cuatro niños soldado con armas subieron al coche junto al coronel Papá el Bueno. El vehículo se puso en marcha. Los otros lo siguieron, y nos pusimos en camino. Sí, en camino. (En camino significa «en marcha».)

Nosotros los seguimos. Nosotros, es decir, Yacuba, la madre del bebé y un servidor, es decir, yo mismo, el niño de la calle en carne y hueso. El vehículo se dirigió hacia el pueblo, ascendió la cuesta hacia el pueblo, con suavidad y en silencio. Con suavidad y en silencio porque había muertos en su interior. Así es en la vida de cada día, cuando hay muertos en el vehículo, por fuerza se va con suavidad y en silencio. Éramos optimistas porque Alá, en su inmensa bondad, jamás deja vacía una boca que ha creado. ¡Faforo!

El coronel Papá el Bueno hizo detener el vehículo con brusquedad. Descendió del coche, todo el mundo descendió del coche. El coronel Papá el Bueno se puso a cantar a gritos una canción muy fuerte y melodiosa. El canto fue devuelto por el eco. El eco de la selva. Ése era el canto de los muertos en gyo. El gyo es la lengua de los oscuros negros indígenas africanos de allí, del patelin. Los malinkés los llaman los bushmen, salvajes, antropófagos... Porque no hablan malinké como nosotros y no son musulmanes como nosotros. Los malinkés vestidos con sus grandes bubús parecen amables y

acogedores cuando en verdad son unos mugrientos racistas.

El canto fue retomado por los niños soldado en armas. Era tan pero tan melodioso que me hizo llorar. Llorar a lágrima viva como si fuera la primera vez que asistía a una gran desgracia. Como si no creyera en Alá. Había que verlo. ¡Faforo (culo de mi padre)!

Todo el pueblo salió de las chozas. Por curiosidad, para mirar. La gente siguió al 4 x 4 con los cadáveres. Por costumbre y porque son todos unos seguidistas gilipollas. Se formó una verdadera procesión...

El niño soldado muerto se llamaba Kid, el capitán Kid. En el canto melodioso, el coronel Papá el Bueno pronunciaba de tanto en tanto «Capitán Kid», y todo el cortejo gritaba después de él «Kid, Kid». Había que oírlo. Parecían una banda de animales.

Llegamos al campo atrincherado. Como todos los de la Liberia de la guerra tribal, el campo estaba jalonado con calaveras humanas izadas sobre estacas. El coronel Papá el Bueno apuntó el kalachnikov al aire y disparó. Todos los niños soldado se pararon y dispararon al aire como él. Fue un auténtico simulacro. Sólo me faltaba ver eso. ¡Ñamokodé!

El cuerpo de Kid fue expuesto bajo el apatán durante el resto de la jornada. (Apatán existe en el Inventario de las particularidades... Ya lo he explicado.)

La gente acudía sin parar y se inclinaba ante los cuerpos y jugábamos a estar tristes como si en Liberia no se mataran a diario, y a espuertas, inocentes y niños.

Por la noche, la velada fúnebre comenzó a las nueve, después de la plegaria musulmana y católica. No conocían exactamente la religión de Kid, puesto que no conocían a sus padres. Católico o musulmán? Es más o menos la misma cosa. En el transcurso de la velada todo el pueblo estuvo allí, sentado en escabeles alrededor de los dos cuerpos. Iluminaban muchas lámparas. Era como de cuento de hadas.^[5] (Palabra clave del Larousse, significa «algo maravilloso».)

Dos mujeres entonaban un canto que repetía todo el mundo a coro. De tanto en tanto, para no dormirse y también para no ser devorados por los mosquitos, se levantaban, agitando la cola de elefante. Porque las mujeres tenían colas de elefante y bailaban de una manera escabrosa. ¡No, no! No era escabrosa, era endiablada. (Escabrosa significa «indecente, osada», según el Petit Robert.)

De pronto se oyó un grito que venía de una insondable profundidad. Anunciaba la entrada del coronel Papá el Bueno en la danza, la entrada del jefe de la ceremonia en el círculo. Todo el mundo se levantó y se descubrió la cabeza porque era él, el jefe, el patrón del lugar. Y vimos al coronel Papá el Bueno completamente transformado. ¡Ahora completamente! ¡Walahé! Es la verdad.

La cabeza rodeada con un cordón multicolor y el torso desnudo. Tenía los músculos de un toro y me gustó ver un hombre tan bien alimentado y tan fuerte en esa Liberia de hambruna. De su cuello, de debajo de los brazos y de los hombros, le colgaban numerosos cordones de fetiches. Y entre los cordones estaba el kalachnikov. El kalach porque eso era la guerra tribal en Liberia y se mataba a la gente como si nadie valiera un pedo de una vieja abuela. (En el pueblo, cuando algo no tiene importancia, se dice que no vale el pedo de una vieja abuela. Ya lo expliqué una vez, lo explico de nuevo.) Papá el Bueno dio tres vueltas alrededor de los cuerpos y fue a sentarse. Todo el mundo se sentó y escuchó como un gilipollas al cuadrado.

Comenzó a explicar las circunstancias en las cuales mataron al capitán Kid. Dos jóvenes en la moto, poseídos por el espíritu del mal, tiraron sobre él sin aviso. Era el diablo quien los poseía. El

alma del capitán voló. Nosotros lo lloraríamos mucho. Nosotros no podíamos sacar el diablo del corazón de todos los pasajeros de la caravana, del espíritu de todos los responsables del deceso del capitán. No era posible. Por lo tanto habíamos matado a algunos, pero como Dios dice que no hay que matar demasiado, que hay que matar menos, abandonamos y dejamos a los otros tal como llegaron al mundo. Los hemos dejado desnudos. Eso es lo que Dios ha dicho: cuando la gente te hace demasiado daño, mátalos menos pero déjalos en el estado en que llegaron al mundo. Todos los bienes que tenían en el vehículo, cuanto tenían con ellos, fue traído aquí. Eso debería entregarse a los padres del capitán. Pero como nadie conoce a los padres del capitán, todo será distribuido, repartido con justicia entre todos los niños soldado. los camaradas del capitán Kid. Los niños soldado venderán lo que se les entregue y harán dólares. Con los dólares podrán comprar hachís en abundancia. Dios castigará a quienes han hecho el daño de matar al capitán Kid.

Después anunció la empresa que iba a acometer. ¡Walahé! Buscar al hechicero comedor de almas. El comedor de almas que se había zampado al soldado niño, el capitán Kid, djoko djoko. (Djoko djoko significa «de todas maneras» según el Inventario de las particularidades...) Iba a desenmascararlo cualquiera que fuese la forma en que se ocultara. Iba a bailar toda la noche y, si hacía falta, todavía una jornada más. No se detendría hasta que lo encontrara. Hasta que lo hubiera confundido del todo. (Confundido significa, según el Larousse, «que el hechicero reconoce por su propia boca el daño que ha hecho».)

El coronel Papá el Bueno, para estar mejor, más dispuesto, se desembarazó de su kalach. Lo situó cerca; lo situó al alcance de la mano porque ésa era la guerra y en la Liberia de la guerra tribal morían como moscas.

Y los tam tam regresaron con más fuerza, más endiablados, más trepidantes. Y los cantos eran más melódicos que los del propio ruiñeñor. De tanto en tanto servían vino de palma. De tanto en tanto, el coronel Papá el Bueno bebía vino de palma, se entregaba al vino de palma. Pero el vino de palma no caía muy bien al coronel Papá el Bueno. En absoluto. Toda la noche lo bebió, y tanto, que al final estaba totalmente borracho, completamente trompa. (Trompa significa «inconsciente».)

Fue hacia las cuatro de la mañana, totalmente borracho, cuando se dirigió con pasos vacilantes hacia el círculo de las mujeres. Y allí cogió vigorosamente a una vieja que también estaba medio dormida. Era ella y no otra quien había comido el alma del valiente soldado niño Kid. ¡Era ella, Walahé!, ella y no otra quien era el jefe de la bacanal. (Bacanal significa «orgía» en mi Larousse.)

La pobre gritó como un pájaro cogido en una trampa:

—¡No soy yo, no soy yo!

—Sí, eres tú. Sí, eres tú —replicó el coronel Papá el Bueno—. El alma de Kid ha venido en la noche a denunciarte.

—¡Walahé! No soy yo. Yo quería a Kid. Él venía a comer a mi casa.

—Por eso te lo has comido. Te he visto por la noche transformarte en búho. Yo dormía como un caimán, con un ojo abierto a medias. Te he visto. Has cogido el alma en tus garras. Te marchaste al follaje de la ceiba grande. Los otros convertidos en búhos se te unieron. Allí se armó la bacanal. Te has comido la calavera. Tú eres quien se comió el cerebro antes de dejar el resto a tus adjuntas. ¡Eres tú, eres tú! ¡Eres tú! —aulló el coronel Papá el Bueno.

—¡No, no fui yo!

—El alma del muerto vino a decirme ayer por la noche que eres tú. Si no confiesas te hago pasar por la prueba del hierro incandescente. (Incandescente significa «estado de un cuerpo al cual una temperatura elevada ha vuelto luminoso».) Te hago pasar el hierro incandescente sobre la lengua. Sí, sí —replicó Papá el Bueno.

Ante la acumulación de pruebas, la vieja hizo maku, cerró el pico. Y luego reconoció, fue confundida. Confesó. (Confesar se encuentra en mi Larousse. Significa «decir por sí mismo que los hechos delictivos imputados son verdaderos».)

La vieja que confesó se llama Jeanne. Ella y tres de sus adjuntas fueron conducidas con buena escolta a la prisión. Allí, Papá el Bueno iba a deshechizarlas. (Deshechizar es «liberar del hechizo».) ¡Walahé (en el nombre de Alá)! ¡Faforo!

El entierro del capitán Kid tuvo lugar al día siguiente, a las cuatro de la tarde. Estuvo lloviendo un rato. Hubo muchas lágrimas. La gente se doblaba para chillar «¡Kid, Kid!», como si fuera la primera vez que veían una desgracia. Y después los niños soldado se alinearon y dispararon con los kalach. No saben hacer más que eso. Disparar, disparar. ¡Faforo (bangala de mi padre)!

El coronel Papá el Bueno era el representante en Zorzor del Frente Patriótico Nacional, en inglés National Patriotic Front (NPFL). Ese era el puesto más avanzado en el norte de Liberia. Y daba al NPFL el control del importante tráfico procedente de Guinea. Se cobraban los derechos de aduana y se vigilaban las entradas y salidas de Liberia.

¡Walahé! El coronel Papá el Bueno era un gran alguien, uno del Frente Patriótico Nacional. Un hombre importante de la facción de Taylor.

¿Quién era el gran bandolero Taylor?

Oímos hablar de Taylor por primera vez en Liberia, cuando consiguió dar el famoso golpe de gansterismo que puso al tesoro público liberiano de rodillas. Después de haber vaciado la caja, con engaños y documentos falsos hizo creer al gobierno liberiano que éste tenía muchos dólares en los Estados Unidos. Cuando se descubrió el gato encerrado (significa «el secreto de un asunto») y se comprendió que todo eso era un engaño, se le persiguió. Se refugió en los Estados Unidos con un nombre falso. Minuciosas pesquisas permitieron descubrirlo, echarle el guante. (Echarle el guante significa «detenerlo».) Lo encerraron.

En chirona, consiguió corromper a sus carceleros con el dinero robado. Se fugó a Libia donde lo presentaron a Gadafi como el jefe intransigente de la oposición al régimen sanguinario y dictatorial de Samuel Doe. Gadafi, el dictador de Libia que desde hacía tiempo buscaba desestabilizar a Doe, lo besó en la boca. Él envió a Taylor y a sus partidarios a los campos de entrenamiento donde Libia fabrica terroristas. Libia siempre ha tenido tal y cual campo desde que Gadafi está en el poder en ese país. En dicho campo, Taylor y sus partidarios aprendieron la técnica de la guerra de guerrillas.

Y eso no es todo, después lo envió con muchos elogios, como si fuera un hombre recomendable a Compaoré, el dictador de Burkina Faso. Compaoré, el dictador de Burkina, lo recomendó a Houphouét-Boigny, el dictador de Costa de Marfil, como a un niño de coro, un santo. Houphouét, que odiaba a Doe porque éste le había matado a su yerno, se sintió feliz al encontrarse con Taylor, a quien besó en la boca. Houphouét y Compaoré se pusieron de acuerdo enseguida acerca de la ayuda que darían al bandolero. Compaoré, en nombre de Burkina Faso, se ocupaba de la formación de la leva; Houphouét, en nombre de Costa de Marfil, se hacía cargo de pagar las armas, y de que éstas

llegaran a buen puerto.

Y hete aquí al bandolero convertido en un gran alguien. Un famoso jefe militar que pone una buena parte de Liberia bajo su vara. (Poner bajo la vara es «explotar sistemáticamente una población»; es «Imponerle sacrificios costosos».) Taylor reside en Gbarnea. De vez en cuando organiza operaciones mortíferas con niños soldado para tomar la Mansion House. La Mansion House que ocupaba el presidente de Liberia estaba allí antes de que los bandidos se repartieran el país.

Comparados con Taylor, Compaoré, el dictador de Burkina Faso, Houphouët Boigny, el dictador de Costa de Marfil y Gadafi, el dictador de Libia, son buena gente, gente presentable. ¿Por qué aportan ayudas de importancia a un empedernido mentiroso, a un empedernido ladrón como Taylor con el objeto de convertir a Taylor en jefe de un estado? ¿Por qué? ¿Por qué? Una de dos: o son deshonestos como Taylor, o eso es lo que se llama la gran política en el África de las dictaduras bárbaras y liberticidas de los padres de las naciones. (Liberticida, «que mata la libertad», según mi Larousse.)

En cualquier caso, Taylor acosa a todo el mundo y está presente en todas partes. Toda Liberia fue tomada como rehén por el bandido, de manera que el lema de sus partidarios «No Taylor No Peace», no hay paz sin Taylor, comienza a ser una realidad en este año de 1993. ¡Ñamokodé! ¡Walahé!

El coronel Papá el Bueno, que es el representante de Taylor en Zorzor, también es una buena pieza.

Para empezar, no tuvo padre o no lo conoció. Su madre se paseaba de bar en bar en la gran ciudad de Monrovia cuando parió un niño que llamó Robert's. Un marinero quiso casarse con ella cuando el niño tenía cinco años, pero no quería al niño. Confiaron a Robert's a su tía que también se buscaba la vida en los bares. La tía lo dejaba solo en la casa divirtiéndose con los capotes ingleses. (Los capotes ingleses son los preservativos.)

Un organismo de ayuda a la infancia lo advirtió; cogieron a Robert's y lo internaron en un orfanato que llevaban las monjas.

Robert's hizo unos estudios brillantes. Quiso ser sacerdote, lo enviaron a los Estados Unidos. Después de los estudios regresó a Liberia para hacerse ordenar. Era demasiado tarde, en Liberia ya había empezado la guerra tribal. Ya no quedaba nada, ni Iglesia, ni organización, ni archivos. Quiso regresar a los Estados Unidos y esperar allí, tranquilo, unos tiempos mejores.

Pero al ver a los niños en la calle, por todas partes, a montones, y recordando su propia infancia, se sintió conmovido. Cambió de parecer y quiso hacer algo. Ataviado con su sotana, agrupó a los niños y se ocupó de darles de comer. Los niños lo llamaron Papá el Bueno. Sí, Papá el Bueno que da de comer a los niños de la calle.

Su actividad consiguió repercusión internacional y muchas personas de todo el mundo quisieron ayudarlo y sólo se hablaba de él. Eso no gustó a todo el mundo y sobre todo no gustó al dictador Doe, quien todavía mandaba en Monrovia. El dictador envió asesinos tras él. Escapó por un pelo y apenas tuvo tiempo de unirse a Taylor. Taylor, el enemigo jurado de Samuel Doe. Taylor lo nombró coronel y le confió grandes responsabilidades. Tuvo el mando de toda una región y la responsabilidad de recaudar las tasas aduaneras para su jefe Taylor en Zorzor.

El pueblo de Zorzor comprendía tres barrios. El barrio de arriba, donde estaba concentrada la administración del coronel Papá el Bueno. El barrio de las chozas de paja de los nativos (los nativos

son «los indígenas del país» según el Harrap's) y el barrio de los refugiados. Los refugiados eran quienes estaban más tranquilos en el país. Todos les daban de comer, el HCR, las ONG. Pero allí sólo se aceptaban mujeres, niños menores de cinco años y ancianos o ancianas. Dicho de otra manera, era una putada: yo no podía ir. ¡Ñamokodé (bastardo)!

El barrio de arriba era una especie de campo atrincherado. Un campo atrincherado cuyos límites eran calaveras humanas levantadas, clavadas en estacas, con cinco puestos de combate protegidos con sacos de arena. Cada puesto estaba guardado por cuatro niños soldado. Los niños soldado comían bien y buenas cosas. Porque si no comían bien podían largarse y eso podía ser malo para el coronel Papá el Bueno. El barrio de arriba tenía también despachos, un arsenal, un templo, habitaciones y prisiones.

La primera cosa en el barrio de arriba era el arsenal. El arsenal era una especie de búnker en el centro del campo atrincherado. El coronel Papá el Bueno tenía las llaves del búnker en el cinturón, bajo la sotana. Nunca se separaba de ellas. Había cosas de las cuales Papá el Bueno no se separaba lamas: las llaves de su arsenal, su eterno kalach y el grigrí de protección contra las balas. ¡Faforo! Dormía, comía, oraba, y hacía el amor con todas esas cosas encima: el kalach, las llaves del arsenal y el grigrí de protección contra las balas.

La segunda cosa en el barrio de arriba eran las cárceles. Las cárceles no eran auténticas cárceles. Eran un centro de reeducación. (En el Petit Robert reeducación significa «acción de reeducar», es decir, la reeducación. ¡Walahé! A veces el Petit Robert se cachondea del mundo entero.) En ese centro, el coronel Papá el Bueno purgaba de su hechicería a los devoradores de almas. Un centro para deshechizar.

Había dos establecimientos distintos. Uno para los hombres, que se asemejaba a una verdadera cárcel con barrotes y guardianes. La guardia de la cárcel de los hombres, como la guardia de todas las cosas serias del coronel Papá el Bueno, era asumida por niños soldado, por impúberes. (Impúberes significa «niños vírgenes». Niños que nunca han hecho el amor, como yo).

En la cárcel, todo estaba mezclado, prisioneros de guerra, prisioneros políticos y presos comunes. También había una categoría de presos que no era posible encajar en ninguna de las clases: eran los maridos de las mujeres que el coronel Papá el Bueno había decidido amar.

El establecimiento para deshechizar, para las mujeres, era una pensión. Una pensión de lujo. Salvo que las mujeres no tenían derecho a salir libremente.

Las mujeres estaban sometidas a ejercicios de desencantamiento. Las sesiones de desencantamiento se hacían con el coronel Papá el Bueno durante muchas horas, cara a cara. Se decía que durante esas sesiones el coronel Papá el Bueno se desnudaba y que las mujeres también. ¡Walahé!

La tercera cosa en el barrio de arriba era el templo. El templo estaba abierto a todas las religiones. Todos los habitantes debían participar en la mesa pontificia de los domingos. Es así como el coronel Papá el Bueno llamaba a la misa, «pontificia», porque la hacía con el báculo pontificio. Después de la misa se escuchaba el sermón del coronel Papá el Bueno.

Hablaba de la hechicería, los perjuicios de la hechicería. Hablaba de la traición, de los errores de otros jefes militares: Johnson, Koroma, Robert Sikié, Samuel Doe. Hablaba del martirio padecido por el pueblo liberiano con el ULIMO (United Liberian Movement), Movimiento Unido para la

Liberación de Liberia, con el LPC (el Liberian Peace Council), y con el NPFL de Koroma.

Era en el templo donde la gente de paso asistía a la misa ecuménica. Después de la misa ecuménica, había un sermón. El sermón se parecía a los pronunciados después de la misa pontificia.

En fin, la cuarta cosa: había casas de paja y de chapas onduladas, una decena. Una decena, de las cuales cinco estaban reservadas al coronel Papá el Bueno. Nunca sabíamos dónde pasaba la noche el coronel Papá el Bueno. Porque el coronel Papá el Bueno era un gran alguien durante la guerra tribal. Nunca se sabe dónde un gran alguien duerme durante la guerra tribal. Es la guerra tribal la que lo quiere así.

Las otras cinco casas servían de acuartelamiento a los niños soldado.

¡Acuartelamiento de los niños soldado, faforo! Nos acostábamos hasta en el suelo, sobre esteras. Comíamos cualquier cosa y en todas partes.

El pueblo de los nativos, de los indígenas, se extendía un kilómetro más allá del campo atrincherado de Zorzor. Comprendía casas y chozas de adobe. Los habitantes eran yacus y gyos. Yacus y gyos eran los nombres de los oscuros negros africanos indígenas de la región del país. Los yacus y los gyos eran los enemigos ancestrales de los guerés y de los krahn. Gueré y krahn son los nombres de otros oscuros negros africanos indígenas de la otra región de la jodida Liberia. Cuando un kralin o un gueré llegaba a Zorzor, se lo torturaba antes de matarlo, porque esa es la ley de las guerras tribales, que lo quiere así. En las guerras tribales no se quiere a los hombres de una tribu diferente de nuestra tribu.

En Zorzor, el coronel Papá el Bueno tenía derecho de vida y muerte sobre todos los habitantes. Era el jefe de la ciudad y de la región, y sobre todo el gallo de la ciudad. ¡A faforo! ¡Walahé (en el nombre de Alá)!

Fuimos integrados en la combinación del coronel Papá el Bueno inmediatamente después del entierro del soldado niño, el capitán Kid.

Yo me incorporé al acuartelamiento de los niños soldado. Me dieron una vieja ropa de paracaidista, de un adulto. Era demasiado grande para mí. Flotaba allí dentro. El coronel Papá el Bueno en persona, en el transcurso de una ceremonia solemne, me entregó un kalach y me nombró teniente.

A los soldados niños nos daban grados para hincharnos.

Éramos capitán, comandante, coronel, el grado más bajo era el de teniente. Mi arma era un viejo kalachnikov. El coronel en persona me enseñó el manejo del arma. Era fácil, bastaba apretar el gatillo y hacía tralalá... Y mataba, mataba; los vivos caían como moscas.

La mamá del bebé fue con las mujeres que debían ser deshechizadas. (Cada mujer a deshechizar era encerrada desnuda, completamente desnuda de pies a cabeza, cara a cara con el coronel Papá el Bueno. Era la guerra tribal la que lo quería así.)

El coronel Papá el Bueno se sintió muy feliz de haber encontrado a Yacuba, muy feliz de tener un grigiman, un buen grigiman musulmán.

—¿Qué clase de grigrís? —le preguntó el coronel Papá el Bueno.

—Para toda clase de empleos —le respondió Yacuba.

—También grigrís contra las balas?

—Soy espabilado en la protección contra las balas. Por eso he venido a Liberia. A la Liberia

donde hay guerra tribal, donde las balas se pasean por todas partes y matan sin anunciarlo.

—¡Fecto, fecto! —gritó el coronel Papá el Bueno.

Lo besó en la boca. Y lo instaló en una casa reservada a los grandes alguien. Yacuba era un bienaventurado. Tenía de todo y, sobre todo, comía como cuatro.

Yacuba se entregó al trabajo de inmediato. Fabricó sin descanso tres fetiches para el coronel Papá el Bueno. Tres fetiches de los buenos. El primero para la mañana, el segundo para la tarde y el tercero para la noche. El coronel Papá el Bueno los ató a su cintura, bajo la sotana. Y pagó al contado. Yacuba le sopló al oído —sólo para él— las prohibiciones relativas a cada grigrí. Yacuba se instaló como adivino. Vaticinó. (Vaticinar es «profetizar».) Trazó signos en la arena y desveló el futuro del coronel Papá el Bueno. El coronel debía hacer el sacrificio de dos bueyes. Sí, dos grandes toros...

—Pero si no hay bueyes en Zorzor —respondió el coronel Papá el Bueno.

—Hay que hacerlo, es un sacrificio indispensable; está escrito en tu futuro. Pero no corre demasiada prisa —respondió Yacuba.

Yacuba fabricó fetiches para cada soldado niño y para cada soldado. Los fetiches se compraban a alto precio. Yo tuve el grigrí más poderoso. Y gratis. Los fetiches se renovaban. A Yacuba nunca le faltaba trabajo. No. nunca. Yacuba era rico como un moro naba. Moro naba es el jodido jefe de los mossis de Burkina Faso. Yacuba enviaba dinero al pueblo de Togobala, a sus padres, a los griots y al almainy (según el Inventario de las particularidades... «jefe religioso»), de tanto dinero que le sobraba.

Una jornada no dura más de doce horas. Era un fastidio, muy lamentable, era demasiado poco para el coronel Papá el Bueno. Siempre le quedaba trabajo para el día siguiente. Alá debería haber tenido la gentileza de hacer para el coronel Papá el Bueno días de cincuenta horas. Sí, cincuenta horas completas. ¡Walahé!

Se despertaba con el canto del gallo todas las mañanas, salvo a la siguiente de una noche en que hubiera bebido mucho, demasiado vino de palma antes de irse a la cama. Pero hay que señalar que el coronel nunca tomaba hash, nunca, nunca. Cambiaba de grigrí y se ponía una sotana blanca sobre el kalach. Y luego cogía el báculo pontificio rematado en una cruz, una cruz adornada con un rosario. Comenzaba por inspeccionar los puestos de guardia. Los puestos de guardia cubiertos por los niños soldado, en el interior del campo atrincherado, y los puestos de guardia cubiertos por los soldados en el exterior.

Entraba en el templo y oficiaba, (Oficiar es una palabra clave, significa «celebrar un oficio religioso», así es en mi Larousse.) Oficiaba con niños de coro que eran niños soldado. Después desayunaba, pero sin alcohol. El alcohol por la mañana no era muy bueno para el coronel Papá el Bueno. Le jodía completamente la jornada.

Después, siempre en sotana, el coronel Papá el Bueno distribuía las raciones diarias de grano entre las mujeres de los soldados. Con una balanza romana. Discutía con las mujeres de los soldados y a veces, en medio de una carcajada, daba un golpecito sobre las nalgas de las mujeres si éstas eran muy guapas. Era el programa obligado, el programa que aplicaba pasara lo que pasase, incluso cuando estaba en la cama por el vino, incluso cuando tenía buen vino de palma. Era después de la distribución del grano entre las mujeres y los cocineros de los niños soldado cuando el programa

podía cambiar según la jornada.

Si había juicio, si había un proceso, permanecía en el templo hasta el mediodía. El templo servía como palacio de justicia porque los acusados juraban por Dios y por los fetiches. La prueba se realizaba mediante ordalías. (Ordalía es una palabra clave, significa «prueba de justicia bárbara, medieval».) El juicio tenía lugar una vez por semana. Con frecuencia el sábado.

Si no había juicio, inmediatamente después de la distribución del grano el coronel Papá el Bueno enfilaba hacia la enfermería. El doctor, después de atenderlos, agrupaba a los lisiados y a los jodidos de toda clase en una sala común. El coronel Papá el Bueno predicaba, predicaba fuerte; no era raro ver a un enfermo tirar el bastón mientras exclamaba «¡estoy curado!», y luego caminar con normalidad. ¡Walahé! El coronel Papá el Bueno era un profeta hábil y competente.

Después de la enfermería, el coronel Papá el Bueno dirigía la instrucción militar de los niños soldado y también la de los soldados. La instrucción militar era la misma cosa que la instrucción religiosa y la instrucción cívica, y toda la instrucción era la misma cosa que los sermones. Si amas al Buen Dios y a Jesucristo las balas no te alcanzan y matan a los otros, porque es el Buen Dios en solitario quien mata a los malvados, a los gilipollas, a los pecadores y a los condenados.

Todo eso lo hacía un solo hombre, el coronel Papá el Bueno, que se ocupaba de todo eso, solo. ¡Walahé! (en el nombre de Alá)! Era demasiado.

Sin contar los vehículos que los emboscados llevaban de tanto en tanto. El coronel Papá el Bueno pesaba y valoraba la carga, discutía fuerte con los viajeros y se metía las tasas aduaneras directamente en los bolsillos de la sotana. Sin contar las sesiones de deshechizamiento. Sin contar los conciliábulos... sin contar... sin contar los numerosos papeles que el coronel Papá el Bueno debía firmar como responsable supremo del NPFL en todo el este de la República de Liberia.

Sin contar los espías de toda clase.

¡El coronel Papá el Bueno merecía una jornada de cincuenta horas! ¡Faforo! Una jornada completa de cincuenta horas.

Sí, el coronel Papá el Bueno merecía emborracharse algunas noches entre las muchas podridas noches de la perra vida en Zorzor. Pero no fumaba hachís. Guardaba el hachís para los niños soldado, que los volvía tan fuertes como auténticos soldados. ¡Walahé!

A mi llegada me enseñaron quién era yo. Yo era un mandingo, musulmán, un amigo de —los yacus y de los gyos. En el pidgin de los americanos negros, malinké y mandingo es algo parecido, más o menos lo mismo. Yo era bueno, no era un gueré, no era un krahn. A los guerés y a los krahns el coronel Papá el Bueno no los quería mucho. Los exterminaba.

A causa de Yacuba estaba bien mimado, bien cuidado. Me nombraron capitán, elegido por el coronel Papá el Bueno para reemplazar al infortunado Kid. Porque yo era el pequeño, el crío del fabricante de fetiches y por lo tanto se me suponía dotado con la mejor protección.

El coronel me nombró capitán y me encargaron permanecer en medio del camino, después de una curva, para ordenar a los camiones detenerse. Yo era el niño de las emboscadas. Por eso comía bien. Y a veces me daban hachís como regalo. La primera vez que tomé hachís vomité como un perro enfermo. Luego, poco a poco me fue viniendo, de pronto me dio la fuerza de un adulto. ¡Faforo (bangala del padre)!

Tenía como amigo a un niño soldado, un small soldier llamado el comandante Jean Taí o Cabeza

Quemada. Cabeza Quemada se había fugado de las filas de ULIMO (el Movimiento Unido para la Liberación) con sus armas. Como vino con las armas se lo nombró comandante. Allí, entre los del ULIMO, se había hecho pasar por un kralin, cuando era un yacu de sangre pura. En el NPFL fue bien acogido por el coronel Papá el Bueno, porque había venido con un kalach cogido al ULIMO y no era un krahn.

El comandante Cabeza Quemada era un tío legal. Un tío de lo mejor que hay. ¡Walahé! Mentía más de lo que respiraba. Era un fabulador. (Fabulador es una palabra clave, significa «que cuenta historias del todo inventadas». En mi Larousse.) El comandante Cabeza Quemada era un fabulador. Había hecho todo y de todo. Y lo había visto todo. Había visto a mi tía, había conversado con ella. Eso me consoló. Tenía que ir allí, lo más rápidamente posible, allí donde están los del ULIMO.

El pequeño fabulador contaba muchas cosas sobre el ULIMO. Contó un montón de cosas buenas del ULIMO. Eso dio a todos ganas de marcharse hacia allí. Con el ULIMO era realmente un chollo, ahí se estaba tranquilo. Comían como cinco y aún había más. Dormían todo el día y a fin de mes cobraban un salario. Sí, sabía lo que decía, ¡un salario! Un salario que llegaba completo cada final de mes, y a veces incluso antes. Porque el ULIMO tenía muchos dólares americanos. Tenía muchos dólares porque explotaba muchas minas. (Explotar es «sacar beneficios de una cosa», según mi Larousse.) El ULIMO explotaba minas de oro, diamantes y otros metales preciosos. Los soldados vigilaban a los obreros que trabajaban en las minas y los soldados podían trabajar también, y hacer dólares americanos como todo el mundo. Los niños soldado estaban todavía mejor. Tenían camas, ropas de paracaidista nuevas, kalach nuevos. ¡Walahé!

El comandante Cabeza Quemada lamentaba haberse marchado del ULIMO. Había venido con nosotros, al NPFL, porque era un yacu ciento por ciento, allí se había hecho pasar por un kralin. Porque había sabido que su padre y su madre estaban refugiados en Zorzor. No los había encontrado. Era mentira. Esperaba la primera ocasión para regresar al ULIMO. Sí, con el ULIMO era un chollo... Se estaba tranquilo.

El coronel Papá el Bueno tuvo noticias de las palabras que decía Cabeza Quemada. (Tener noticias de alguna cosa es «ser informado de esa cosa». El Petit Robert.) El coronel Papa el Bueno tuvo noticias de las grandes mentiras del comandante Cabeza Quemada, y le gritó como a un pescado podrido. Lo amenazó, iba a encarcelarlo si seguía hablando bien del ULIMO, hablando del ULIMO como de un paraíso en la tierra.

No sirvió para nada. Cabeza Quemada siguió intoxicando con suavidad. (Intoxicar es una palabra clave: «influir hasta hacer perder todo sentido crítico según mi Larousse».)

Había una pensión de muchachas que en su gran bondad había hecho construir el coronel Papá el Bueno. Era para niñas que habían perdido a sus padres durante la guerra. Niñas de menos de siete años. Niñas que no tenían qué comer y que no tenían tetas suficientes para tomar marido o para ser niños soldado. Era una gran obra de caridad para niñas menores de siete años. La pensión estaba administrada por religiosas que enseñaban a las pensionistas a escribir, a leer y religión.

Las religiosas llevaban tocas de monja para engañar a todo el mundo; hacían el amor como todas las mujeres, lo hacían con el coronel Papá el Bueno. Porque el coronel Papá el Bueno era el primer gallo del gallinero y porque era así en la vida de todos los días.

Pero ocurrió que una mañana, junto al camino que conduce al arroyo, fue encontrada una niña

muerta, violada y asesinada. Una pequeña de siete años, violada y asesinada. El espectáculo era tan desolador que el coronel Papá el Bueno lloró a lágrima viva. (Desolador significa «que ocasiona grandes dolores». Mi Larousse.) Pero valía la pena ver a un uya-uya como el coronel Papá el Bueno llorar a lágrima viva. Eso también era un espectáculo que bien valía el viaje. (Uya-uya es «un pringado, un vagabundo» de acuerdo con el Inventario...)

La velada fúnebre fue organizada y animada por el coronel Papá el Bueno en persona, con la sotana, los galones, los grigrís por debajo, el kalach y el báculo pontificio. El coronel Papá el Bueno bailó mucho y bebió más o menos. Porque el alcohol no es demasiado bueno para el coronel Papá el Bueno. Al final de la danza dio tres vueltas para mirar el cielo cuatro veces, y luego marchar en línea recta. Frente a él había un soldado, lo cogió de la mano y el soldado se levantó; lo condujo al centro del círculo. El soldado se llamaba Zemoko. Zemoko no era inocente; era el responsable de la muerte de la niña o conocía al verdadero responsable. El coronel Papá el Bueno repitió la misma maniobra y luego caminó en línea recta y designó a un segundo soldado. Éste se llamaba Wuruda. Wuruda era un responsable de la muerte de la niña o conocía al responsable. Por tercera vez ejecutó la maniobra, caminó en línea recta e hizo salir al centro del círculo al comandante Cabeza Quemada. Cabeza Quemada era un responsable de la muerte o conocía al responsable.

Cabeza Quemada y dos soldados estaban implicados en la muerte. Fueron arrestados en el acto a pesar de las protestas de inocencia. (Protestas de inocencia es «asegurar la propia inocencia», según mi Larousse.)

Al día siguiente, el tribunal se reunió para juzgar a los asesinos de la niña.

El coronel Papá el Bueno estaba allí, en sotana y con los galones. Tenía la Biblia y El Corán al alcance de la mano. Y además lo llevaba todo. El público estaba sentado en la nave como para una misa. Una misa ecuménica. Y aunque no fue una misa, la ceremonia comenzó con una plegaria. El coronel Papá el Bueno pidió a los tres acusados jurar sobre los libros santos. Los acusados juraron.

El coronel Papá el bueno preguntó:

—Zemoko, ¿fuiste tú quien mató a Fati?

—Juro sobre la Biblia que no fui yo, no he sido yo.

—Wuruda, ¿fuiste tú quien mató a Fati?

Wuruda respondió que no era él.

La misma pregunta se planteó a Cabeza Quemada que dio la misma respuesta negativa.

Entonces se pasó a la ordalía. Pusieron un cuchillo en un brasero con brasas encendidas. La hoja del cuchillo se volvió incandescente. Los acusados abrieron la boca y extrajeron la lengua. El coronel Papá el Bueno frotó la lengua de Zemoko con la hoja incandescente. Zemoko cerró la boca y volvió a su lugar en la nave sin rechistar, entre los aplausos del público. Llegó el turno de Wuruda. Wuruda entre aplausos, cerró la boca sin expresar la menor molestia. Pero cuando la hoja del coronel Papá el Bueno se dirigió hacia la boca de Cabeza Quemada, el comandante Cabeza Quemada retrocedió y corrió para escapar de la iglesia. Un «¡oh!» de sorpresa brotó de la asistencia. (Según mi Larousse, brotar significa «surgir, resonar».) El comandante Cabeza Quemada fue atrapado enseguida, y reducido.

Él era el responsable, era él quien había matado a la pobre Fati. Cabeza Quemada reconoció los hechos, había sido poseído, guiado por el diablo.

Fue condenado a sesiones de deshechizamiento. Sesiones de deshechizamiento de dos estaciones de lluvia. Si su diablo era demasiado fuerte, y las sesiones no conseguían quitarle el diablo del cuerpo, sería ejecutado. Ejecutado públicamente. Con kalach. Pero si no era así, sería perdonado por el coronel Papá el Bueno. Porque el coronel Papá el Bueno con su báculo pontificio es la bondad hecha persona. Pero... perdería su condición de soldado niño. Porque un soldado niño que ha violado y asesinado ya no es virgen. Y cuando ya no se es virgen tampoco se es un soldado niño en la tropa del coronel Papá el Bueno. Así son las cosas, y no hay nada que discutir. Se convierte en soldado. Un verdadero soldado, un soldado adulto.

Los soldados no reciben alimentos, no reciben alojamiento y no cobran nada como salario. Ser un soldado niño, ¡Walahé!, tenía ventajas. Éramos unos privilegiados. Si Cabeza Quemada escapaba a la ejecución ya no podría seguir siendo un soldado niño porque ya no era virgen. ¡Ñamokodé (bastardía)!

—Faforo (bangala del padre)! Ahora nosotros estábamos lejos de Zorzor, lejos de la fortaleza del coronel Papá el Bueno. El sol había saltado como una langosta y comenzaba a ascender doni doni. (Doni doni significa «poco a poco», según el Inventario de las particularidades léxicas del francés en África negra.) Debíamos prestar atención. Caminar con sigilo. Algunos metros hacia el interior de la selva. Esquivar a los soldados del NPFL. (Esquivar significa «evitar con destreza».) Los soldados podían seguirnos. Habíamos aprovechado el claro de luna para largarnos, para ir rápido, para poner tierra de por medio.

Fue ayer por la noche cuando comenzamos la marcha para abandonar Zorzor. Fue hacia las once horas cuando el coronel Papá el Bueno fue asesinado, fue abatido. Está muerto. Ha rendido su alma, a pesar de los fetiches. A decir verdad, me ha hecho un poco de daño ver al coronel Papá el Bueno muerto. Yo lo creía inmortal. Porque el coronel Papá el Bueno era bueno para mí. Y para todo el mundo. Y el coronel era un fenómeno de la naturaleza. (Fenómeno, es «una cosa o un ser extraordinario».)

Su muerte dio la señal, hizo sonar la campana de la liberación de todos los presos. Los presos para el deshechizamiento, las presas para el amor. La señal para todas las partidas, para todos aquellos que querían marcharse. Los soldados y todos los niños soldado. Muchos soldados niños no habían encontrado a sus padres en el NPFL y esperaban encontrarlos en las filas del ULIMO. Y además, allí, en las filas del ULIMO, se comía bien. En el ULIMO se comía arroz grueso con salsa roja. Y allí había salarios. Y caían puntualmente, igual que caen las langostas en el mes de abril. ¡A faforo (culo de mi padre)!

No fue fácil. Debimos combatir contra los uya-uyas que permanecían fieles al NPFL. Todos los gilipollas al cuadrado que creían que era mejor seguir en las filas del coronel Papá el bueno. Acabamos triunfando. Entonces lo pillamos todo, y luego lo rompimos e incendiamos todo. Y de inmediato emprendimos la marcha. Aprisa, a toda velocidad. Estábamos todos sobrecargados con el producto del saqueo. Algunos llevaban dos e incluso tres kalach. Los kalachnikov sirven de prenda de ruptura ante el ULIMO. (Prenda significa «prueba de haber dejado mal, muy mal, a la gente del NPFL»). La prueba de que queremos unirnos a los chicos del ULIMO definitivamente. Antes de encender el fuego lo saqueamos todo.

Tan pronto como el coronel Papá el Bueno fue abatido, los soldados gritaron en la oscuridad: «El

coronel Papá el Bueno está muerto... Papá el Bueno está muerto. ¡Mataron al coronel... lo han matado!». Hubo un zafarrancho tormentoso. (Zafarrancho significa «una gran agitación, un gran desorden antes de una acción».) Los soldados comenzaron el saqueo. Saquearon el dinero, saquearon las sotanas, saquearon el grano; y sobre todo saquearon las reservas de hachís... Saquearon de todo y todo antes de que los soldados que permanecían fieles disparasen.

¡Walahé! Comencemos por el principio.

Un día, al desembalar el equipaje de un viajero, el coronel Papá el Bueno dio con numerosas botellas de whisky, de Johnny Walker etiqueta roja, de primera. Y en lugar de hacer pagar muchas tasas de aduana, el coronel Papá el Bueno cogió tres botellas para él. El alcohol no era bueno para el coronel Papá el Bueno. Él lo sabía y no se dejaba llevar más que ciertas noches, cuando estaba muy, muy fatigado y con la cabeza en brumas. Bebía cuando ya estaba en la cama y a la mañana siguiente despertaba achacoso y algo tarde. Pero eso no era muy grave. Porque el coronel no fumaba nunca hachís, eso estaba reservado a los niños soldado; les hacía bien, los volvía tan fuertes como auténticos soldados. Aquella noche (la noche en que tuvo botellas de whisky), el coronel Papá el Bueno estaba demasiado fatigado y no a esperó estar en la cama para beber whisky, demasiado whisky. El alcohol volvía loco al coronel Papá el Bueno.

Bajo el mando del alcohol, el coronel Papá el bueno se presentó en la cárcel. (Mando significa «influencia»). Bajo ese mando, se presentó solo, completamente solo, en la cárcel adonde durante la jornada nunca acudía como no fuese acompañado por dos niños soldado armados hasta los dientes.

En la cárcel, solo, en la noche, rió a carcajadas con los presos, discutió con ellos e hizo muchas bromas con Cabeza Quemada.

De pronto las bromas y la discusión se avinagraron. (Avinagrarse es «tornar un carácter enojoso».) El coronel Papá el Bueno vociferó como sabía hacerlo, como una fiera. El coronel Papá el Bueno se tambaleó como un chalado y gritó varias veces: «Os mataré a todos. Os mataré a todos...». y rió sarcástico como una hiena en la noche. «Lo dicho... lo dicho... os mataré.» Se sacó el kalach de debajo de la sotana y disparó dos ráfagas al aire. En un primer momento los presos huyeron, fueron a acurrucarse en los rincones. Todavía de pie, todavía tambaleándose, disparó dos nuevas ráfagas. Y luego permaneció un momento tranquilo, dormitaba. En la oscuridad, un preso rodeó al coronel Papá el Bueno, y se arrojó por detrás contra sus piernas, lo derribó. El kalach se le escapó de las manos y cayó lejos, frente a él, muy lejos. Cabeza Quemada se apoderó del arma y como ese pequeño estaba chalado, disparó sobre el coronel Papá el Bueno acostado en el suelo. Le vació todo el cargador del arma.

¡Faforo! Las balas atravesaron al coronel Papá el Bueno a pesar de los fetiches de Yacuba. Yacuba explicó que el coronel había transgredido las prohibiciones relacionadas con los fetiches. En principio, no se hace el amor con un grigrí. Segundo, después de haber hecho el amor, hay que lavarse antes de atarse los grigrís. Pero el coronel Papá el Bueno hacía el amor a espuestas y por todas partes sin tiempo para lavarse. Y además había otra razón. El coronel no había hecho el sacrificio de dos bueyes escrito en su destino. Si hubiera hecho el sacrificio de dos bueyes nunca se habría aventurado solo en la cárcel. El sacrificio de dos bueyes habría impedido la circunstancia. ¡Faforo! (Circunstancia significa «uno de los hechos particulares de un acontecimiento».)

Tan pronto como el coronel Papá el Bueno estuvo muerto, pero muerto de mala manera, un preso

hizo girar el cadáver del coronel Papá el Bueno y cogió la llave del arsenal. El coronel Papá el Bueno no se separaba nunca de la llave del arsenal. Para los presos y los soldados que querían largarse a la zona del ULIMO era la señal de la liberación. Pero otros no querían marcharse, permanecían fieles al NPFL y al coronel Papá el Bueno. Entre las dos facciones se entabló un combate. Quienes querían irse pudieron largarse.

Nosotros, Yacuba y yo, queríamos ir a la zona del ULIMO porque es allí donde se encontraba Niangbo, y en Niangbo estaba mi tía. La tía pudo tomar contacto con Yacuba para decirle que ella estaba allí y el comandante Cabeza Quemada había visto a la tía allí, muy bien. Pero la verdad es que Cabeza Quemada era un fabulador y no hay que confiar en las palabras de un fabulador.

Seguimos a Cabeza Quemada, él era quien conocía el puesto más cercano del ULIMO. Éramos treinta y siete, dieciséis niños soldado, veinte soldados y Yacuba. Todos estábamos sobrecargados de armas y de municiones. Y muy pocos alimentos. Cabeza Quemada nos había hecho creer que la zona del ULIMO estaba muy cerca. Pero no era verdad. El pequeño era un fabulador. Por lo menos había que caminar dos o tres días para alcanzar el puesto más próximo del ULIMO. Y teníamos a los otros pisándonos los talones. (Pisar los talones a alguien es «perseguirlo».) Por suerte, había numerosos caminos para ir a la zona del ULIMO y no sabían cuál de ellos habíamos tomado nosotros al principio. Éramos de diferentes etnias y sabíamos que para los del ULIMO era necesario ser krahn o gueré. El ULIMO sólo aceptaba a los krahns y a los guerés. Cada uno adoptó un nombre krahn. Yo no tuve que cambiar el mío, era un malinké, mandingo como se dice en americano negro de Liberia. Los malinkés o mandingos son bien recibidos en todas partes porque todos ellos son unos enredadores empedernidos. Son de todos los campos, comen de todas las salsas.

El camino era largo y teníamos muchas municiones y demasiadas armas, no podíamos llevarlo todo. Abandonamos kalach y municiones.

Con el hachís teníamos aún más hambre. El hachís no corta el hambre. Empezamos a comer frutas, luego fueron raíces, más tarde hojas. A pesar de ello, Yacuba dijo que Alá en su inmensa bondad nunca deja vacía una boca que ha creado.

Entre los niños soldado había una chica soldado, se llamaba Sarah. Sarah era única y bella como cuatro, y fumaba hachís y masticaba hierba como diez. A escondidas era la amante de Cabeza Quemada en Zorzor, desde hacía mucho tiempo. Por eso formaba parte de los viajeros. Desde la salida de Zorzor, ellos (ella y Cabeza Quemada) se detenían una y otra vez para besarse. Y cada vez ella aprovechaba para fumar hachís y masticar hierba. Teníamos hachís y hierba en abundancia. (En abundancia significa «en gran cantidad».) En abundancia porque habíamos vaciado las reservas de Papá el Bueno. Y ella fumaba y masticaba de continuo. (De continuo significa «sin parar», según mi Larousse.) Ella se había vuelto completamente majara. Se manoseaba el ñusu-ñusu ante todo el mundo. Y pedía a Cabeza Quemada frente a todo el mundo que fuera a hacerle el amor en público. Y Cabeza Quemada se negaba porque teníamos prisa y también hambre. Ella quiso descansar, apoyarse en un tronco para descansar. Cabeza Quemada quería mucho a Sarah. No podía abandonarla de esa manera. Debían seguirnos. No podíamos esperar. Cabeza Quemada quiso levantarla, obligarla a caminar. Ella vació el cargador sobre Cabeza Quemada. Por suerte estaba majara y ya no veía nada. Las balas se perdieron en el aire. Cabeza Quemada, en un instante de cólera, respondió. Le envió una ráfaga de balas a las piernas y la desarmó. Ella gritó como un ternero, como un cerdo al que

degüellan. Y Cabeza Quemada se convirtió en un desdichado, muy desdichado.

Teníamos que dejarla sola, debíamos abandonarla sola a su triste suerte. Y Cabeza Quemada parecía no poder aceptarlo. Ella gritaba el nombre de su mamá, el nombre de Dios, el de todo, de todo. Cabeza Quemada se acercó a ella, la besó y se puso a llorar. Los dejamos besándose, contorsionándose, llorando, y continuamos la marcha. No nos habíamos alejado mucho cuando vimos a Cabeza Quemada llegar sólo, sollozando. La había dejado sola, junto al tronco, sola en su sangre, con sus heridas. La zorra (chica desagradable, mala) ya no podía andar más. Las hormigas africanas, los buitres, iban a convertirla en su banquete. (Banquete significa «comida suntuosa».)

De acuerdo con mi Larousse, la oración fúnebre es «el discurso en honor de un personaje célebre fallecido». El niño soldado es el personaje más célebre de este final del siglo xx. Cuando un soldado niño muere, debe decirse su oración fúnebre, es decir, cómo pudo en este grande y jodido mundo convertirse en un niño soldado. Yo lo hago cuando quiero, no estoy obligado. Lo hago por Sarah, porque me gusta tengo tiempo y es divertido.

El padre de Sarah se llamaba Buaké; era marinero. Viajaba y viajaba, no hacía otra cosa, y nos preguntamos cómo pudo tener tiempo para fabricar a Sarah en el vientre de su madre. La madre de Sarah vendía pescado podrido en el mercado grande de Monrovia, y de vez en cuando se ocupaba de su hija. Sarah tenía cinco años cuando su madre fue atropellada y asesinada por un automovilista borracho. Su padre, que no sabía qué hacer con una hija, la confió a una prima del pueblo que la colocó en casa de la señora Kokui. La señora Kokui era comerciante y madre de cinco hijos. Convirtió a Sarah en criada y vendedora de plátanos. Cada mañana, después de lavar los platos y hacer la colada, ella iba a vender plátanos a las calles de Monrovia y regresaba a las seis en punto para poner la olla al fuego y lavar al bebé. La señora Kokui era severa y puntillosa con las cuentas, y estricta en cuanto a la hora del regreso. (Puntillosa y estricta significan, ambas, «exigente».)

Una mañana, un pequeño ladrón, un niño de la calle, le rapiñó un racimo de plátanos y huyó a toda carrera. Sarah corrió tras el ladronzuelo pero no pudo atraparlo. Cuando contó en la casa lo que le había sucedido, la señora Kokui no se puso contenta, de eso nada de nada. Tras regañarla, la acusó de haber vendido los plátanos y haber comprado golosinas con la pasta. Sarah insistió en la historia del pequeño ladrón. A la señora Kokui no se le pasó el enfado y no quiso seguir oyéndola. La azotó duro con una rama, la encerró y la dejó sin cena. La amenazó: «La próxima vez te golpearé más fuerte y te encerraré durante un día sin comida».

La próxima vez tuvo lugar al día siguiente. Sarah, como todas las mañanas, salió con su carga de plátanos. El mismo ladronzuelo acudió con una banda de colegas, robó un racimo de plátanos y huyó. Sarah se lanzó en su persecución. Eso era lo que esperaban los pequeños colegas, tan ladrones como él. Cuando Sarah se alejó echaron mano a todos los plátanos. (Echar mano es «robar, apropiarse», según mi Larousse.)

Sarah era desdichada. Lloró toda la jornada, pero cuando vio el sol declinar y que pronto llegaría la hora de lavar al bebé, tomó la decisión de mendigar. Mendigar para conseguir dinero y arreglar las cuentas de la señora Kokui. Pero desgraciadamente los automovilistas no fueron muy generosos y no consiguió suficiente como para arreglar las cuentas con la señora Kokui. A la noche consiguió un sitio entre los fardos de la galería en la tienda de Farah.

Al día siguiente volvió a mendigar y por fin al tercero consiguió arreglar las cuentas con la

señora Kokui. Pero ya era demasiado tarde, había pasado dos noches fuera de la casa, no podía regresar, la señora Kokui la mataría, seguro que la mataría. Siguió mendigando y comenzaba a acostumbrarse a la situación, a encontrarse mejor que en casa de la señora Kokui. Incluso a tener un lugar donde lavarse y arreglarse, otro para ocultar sus ahorros, y el sitio para dormir seguía siendo la galería de la tienda de Farah, en medio de los fardos de mercancías.

Ese lugar había sido observado por un señor que un día fue a buscarla allí. Se presentó, amable y compasivo. (Compasivo, es decir, pareciendo participar en los males de Sarah.) Ofreció caramelos y otras golosinas a Sarah. Sarah lo siguió de buena fe hacia los mercados, lejos de las casas. Allí, él declaró a Sarah enseguida que iba a hacerle el amor con suavidad, sin hacerle daño. Sarah sintió miedo, echó a correr y comenzó a gritar. El señor, más rápido y fuerte, atrapó a Sarah, la tumbó, la inmovilizó en el suelo y la violó. Lo hizo con tanta violencia que dejó a Sarah por muerta.

La llevaron al hospital donde despertó y le preguntaron quiénes eran sus padres. Ella habló de su padre, pero no de la señora Kokui. Buscaron a su padre pero no lo encontraron. Estaba de viaje; siempre de viaje. Enviaron a Sarah con las hermanas a un orfanato en los arrabales del oeste de Monrovia. Ella estaba allí cuando estalló la guerra tribal de Liberia. Cinco hermanas de ese orfanato fueron asesinadas, las otras pudieron abandonar el lugar a toda velocidad sin preocuparse por las demás. Sarah y cuatro de sus compañeras se prostituyeron antes de convertirse en niños soldado para no morir de hambre.

Esa es Sarah, a quien habíamos dejado a las hormigas africanas y a los buitres. (Las hormigas africanas, según el Inventario de las particularidades... son «hormigas negras muy, muy voraces».) Iban a darse un suntuoso banquete. ¡Ñamokodé (bastardía)!

Todos los pueblos que atravesamos estaban abandonados, completamente abandonados. Es así en las guerras tribales: la gente abandona los pueblos donde viven los hombres para refugiarse en la selva donde viven los animales salvajes. Los animales salvajes viven mejor que los hombres. ¡A faforo!

En la entrada de un pueblo abandonado vimos a dos muchachos que de inmediato se largaron como ladrones y desaparecieron. De inmediato nos lanzamos a la caza. Porque es la guerra tribal la que lo quiere así. Cuando vemos a alguien que huye, eso significa que es alguien que quiere hacernos daño. Hay que atraparlo. Nos lanzamos en su persecución disparando. Habían desaparecido en la selva. Disparamos con intensidad, y largo rato. Se formó un bochinche estruendoso, se diría que habían vuelto las guerras samorianas. (Samory era un jefe malinké que se opuso a las conquistas francesas durante la colonización francesa y cuyos sofás —soldados— disparaban mucho.) ¡Walahé (en el nombre de Alá)!

Entre los niños soldado había un chaval que era único y a quien todo el mundo llamaba capitán Kik, el Astuto. Capitán Kik el Astuto era un curioso niño. Mientras nosotros esperábamos a la vera del camino, el capitán Kik el Astuto penetró rápidamente en la selva, giró a la izquierda y quiso cortar el camino del pueblo a los fugitivos. Era astuto. Pero, bruscamente, oímos una explosión seguida de un grito de Kik. Acudimos todos. Kik había saltado sobre una mina. El espectáculo era desolador. Kik aullaba como un ternero, como un cerdo a punto de ser degollado. Llamaba a su mamá a su padre, a todo y a todos. La pierna derecha estaba deshilachada. Se sostenía por un hilo. Era una desdicha ver eso. Sudaba a grandes gotas y gritaba: «¡Voy a reventar! Voy a reventar como una

mosca». Un crío de su ralea entrega el alma de esa manera, no era cosa agradable de ver. Fabricamos una camilla de campaña.

Kik fue transportado en la camilla de campaña hasta el pueblo. Entre los soldados había un antiguo enfermero. El enfermero pensó que era necesario amputar enseguida la pierna a Kik. En el pueblo lo acostaron en una choza. Tres soldados no bastaron para mantener inmóvil a Kik. Aullaba, se resistía, gritaba el nombre de su mamá, y, a pesar de todo, le cortaron la pierna hasta la rodilla. Justo hasta la rodilla. Arrojaron la pierna a un perro que pasaba por allí. Recostaron a Kik junto a la pared de una choza.

Y comenzamos a revisar las chozas del pueblo. Una por una, bien a fondo. Los habitantes habían huido al oír las ráfagas nutridas que nosotros disparamos. Teníamos hambre, necesitábamos comer. Encontramos pollos. Los perseguimos y atrapamos, les partimos el pescuezo, y luego los asamos en las brasas. Unos cabritos pacían por allí. Los abatimos y asamos también. Cogimos todo cuanto era bueno para roer. Alá nunca deja vacía una boca que ha creado.

Buscamos por todos los rincones y recovecos. Aunque creíamos que no había nadie, absolutamente nadie, para nuestra sorpresa descubrimos bajo las ramas a dos niños pequeños a quien su madre no había podido llevarse consigo en su apremiada fuga. («Violenta y extrema», según mi Larousse.) Los había dejado sueltos y los niños se habían ocultado bajo la enramada de un cerco.

Entre los niños soldado había una sola chica llamada Fati. Fati, como todas las chicas soldado, era mala, demasiado mala. Fati, como todas las chicas soldado, abusaba del hachís y estaba todo el tiempo entre brumas. Fati sacó a los niños del agujero bajo las ramas. Les pidió que mostraran dónde ocultaban la comida los del pueblo. Los niños no comprendían nada, nada de nada. Eran demasiado pequeños. Tenían seis años, eran gemelos. Tenían miedo. No podían comprender nada de nada. Fati quiso asustarlos. Quiso disparar al aire, pero como estaba entre las brumas del hachís los ametralló con el kalachnikov. Uno estaba muerto, el otro herido. Le quitamos el arma. Fati se derrumbó entre sollozos. No se hace daño a hermanos gemelos, a pequeños gemelos. Los ñamas de los gemelos, sobre todo de los gemelos jóvenes, son terribles. Esos ñamas no perdonan jamás. (Los ñamas son «almas, las almas vengativas de los muertos».) Era una desgracia, una gran desgracia: Fati perseguida por ñamas, ñamas de jóvenes gemelos en la jodida Liberia de la guerra tribal. Ella estaba acabada; iba a morir de muerte trágica.

Yacuba dijo a Fati que sus grigrís no la protegerían más a causa de los ñamas de los jóvenes gemelos.

Fati lloró, lloró a lágrima viva, lloró como una niña podrida; quería tener grigrís válidos. A pesar de su llanto, Fati estaba jodida; estaba sin grigrí, eso es todo.

Después de la animalada de la muerte de dos niños inocentes no podíamos permanecer en el pueblo. Debíamos marcharnos rápido, partir ñona-ñona. (Lo cual significa, según el Inventario, «a toda prisa».) Apoyamos a Kik contra la pared de una choza y reempredimos la marcha muy rápido.

Habíamos dejado a Kik a los seres humanos del pueblo mientras que Sarah había sido abandonada a los animales salvajes, a los insectos. ¿Quién de los dos había tenido la mejor suerte? Por cierto que Kik no era. Es la guerra civil la que lo quiere así. Los animales tratan mejor a los heridos que los hombres.

¡Bien! Como Kik debía morir, ya estaba muerto, era necesario decir su oración fúnebre. Quiero

decirla porque Kik era un muchacho simpático y su trayectoria no ha sido larga. (Trayectoria es «el camino seguido por un pequeño toda su corta vida sobre la tierra», según mi Larousse.)

En el pueblo de Kik la guerra tribal llegó hacia las diez de la mañana. Los niños estaban en la escuela y los padres en las casas. Kik estaba en la escuela y sus padres en casa. Los niños ganaron la selva a partir de las primeras ráfagas. Kik ganó la selva. Y, mientras hubo ruido en el pueblo, los niños permanecieron en la selva. Kik permaneció en la selva. Fue justo a la mañana siguiente, momento en el que ya no había ruido, cuando los niños se aventuraron hacia su concesión familiar. Kik regresó a la concesión familiar y encontró a su padre degollado, a su hermano degollado, a su madre y hermana violadas y con las cabezas partidas. Muertos todos sus parientes, próximos o lejanos. Y cuando no se tiene a nadie en el mundo, ni padre ni madre ni hermano ni hermana, y se es buen pequeño, un buen pequeño en un jodido y bárbaro país donde todo el mundo se degüella, ¿qué hacer?

Nos convertimos en un niño soldado, un small soldier, un child soldier, para comer y también para degollar a nuestra hora; sólo nos queda eso.

Dicho y hecho (dicho y hecho significa, según el Petit Robert, «el paso progresivo de una idea o palabra al acto, a la acción»), Kik se convirtió en un soldado niño. El soldado niño era astuto. El astuto soldado niño cogió un atajo. Al coger el atajo saltó sobre una mina. Lo transportamos en una camilla de campaña. Moribundo, lo dejamos apoyado contra una pared. Allí lo hemos abandonado. Lo hemos abandonado moribundo a la hora de la siesta, en un jodido pueblo, a la vindicta de los lugareños. (A la vindicta significa «denunciar a alguien como el culpable ante el populacho».) A la vindicta popular, porque es así como Alá ha querido que el pobre muchacho termine en la tierra. Y Alá no está obligado, no necesita ser justo en todas sus cosas, en todas sus creaciones, en todos sus actos, aquí abajo.

Yo tampoco, tampoco estoy obligado a hablar, a contar mi perra vida, a hurgar en un diccionario tras otro. Estoy harto; me paro aquí por hoy. ¡Y vámonos a tomar por culo!

¡Walahé (en el nombre de Alá)! ¡A faforo (culo de mi padre! ¡Ñamokodé (bastardo de bastardía)!

Tres

ULIMO (United Liberian Movement) o Movimiento Unido para la Liberación de Liberia, es la banda de los legitimistas, los herederos del gran bandolero, el presidente dictador Samuel Doe que fue despedazado. Fue despedazado una tarde brumosa en Monrovia la terrible, capital de la República de Liberia, independiente desde 1860. ¡Walahé (en el nombre de Alá)!

El dictador Doe comenzó en el ejército liberiano con el grado de sargento. Él, el sargento Doe, y algunos de sus camaradas, se hartaron de la arrogancia y del desprecio de los oscuros negros afroamericanos, llamados congos, hacia los nativos de Liberia. Los nativos son los oscuros, negros, africanos indígenas del país, que deben diferenciarse de los negros afroamericanos, los descendientes de los esclavos liberados. Esos descendientes de los esclavos, también llamados congos, se comportaban como colonos en la sociedad liberiana. Así es como mi diccionario Harraps define nativos y afroamericanos. Samuel Doe y algunos de sus camaradas se hartaron de la injusticia que padecían los nativos de Liberia en Liberia independiente. Es por esa razón que los nativos se sublevaron y dos nativos organizaron una conspiración de nativos contra los afroamericanos colonialistas y arrogantes.

Los dos nativos, los dos oscuros negros africanos indígenas que organizaron la conspiración se llamaban Samuel Doe, un krahn, y Thomas Quionkpa, un gyo. Los krahns y los gyos son las dos tribus negras africanas principales de Liberia. Por eso se dice que era toda la Liberia independiente la que se había sublevado contra los afroamericanos colonialistas y arrogantes colonos.

Felizmente para ellos (los sublevados), o por sacrificios realizados por ellos y aceptados, la conspiración tuvo completo éxito. (Sacrificios aceptados significa, según el Inventario..., «aquellos sacrificios sangrientos que se realizan para tener suerte. Los oscuros negros africanos hacen muchos sacrificios sangrientos para tener suerte. Cuando se tiene, es porque los sacrificios fueron aceptados».) Después del éxito de la conspiración, los dos sublevados fueron con todos sus partidarios a sacar de la cama a todos los personajes, todos los senadores afroamericanos, a la hora del alba. Los condujeron a la playa. En la playa los pusieron en calzoncillos, los ataron a postes. Y cuando salió el sol, ante la prensa internacional, los fusilaron como conejos. Luego los sublevados regresaron a la ciudad. En la ciudad mataron a las mujeres y a los hijos de los fusilados, e hicieron una gran fiesta con mucha jarana, mucha fantasía y mucha borrachera.

Después, los dos jefes conspiradores se besaron en los labios, como gente correcta, se felicitaron mutuamente. El sargento Doe ascendió al grado de general al sargento Thomas Quionkpa y el sargento Thomas Quionkpa ascendió al grado de general al sargento Samuel Doe. Y como era necesario un solo jefe, un solo y único jefe, Samuel Doe se proclamó presidente y jefe indiscutido e indiscutible de la República unitaria y democrática de Liberia, independiente desde 1860.

Eso cayó bien, cayó tan bien como la sal en la sopa, justamente había una cumbre de jefes de estado de la Comunidad de los Estados de África Occidental, CDEAO. Liberia forma parte de la CDEAO. Samuel Doe, con el grado de general y el título de jefe, con sus ropas de paracaidista y el revólver en la cintura, se subió a un avión. Se subió al avión como jefe de estado para asistir, como

todos los jefes de estado, a la cumbre de la CDEAO. Eso tenía lugar en Lomé. En Lomé las cosas se estropearon. Cuando él llegó armado hasta los dientes, los jefes de estado de la CDEAO se asustaron. Lo consideraron como un loco y no lo aceptaron en la cumbre. Por el contrario, lo encerraron en un hotel. Durante toda la cumbre, y con la prohibición absoluta de asomar la nariz al exterior y de beber alcohol. Después de la cumbre lo despacharon con su avión a Monrovia, a su capital. Como un uya-uya. (Uya-uya significa «un desarrapado, un tiñoso», de acuerdo con el Inventario de las particularidades léxicas del francés en África negra.)

En su capital, Monrovia, Samuel Doe reinó tranquilo durante cinco internadas completas. Iba a todas partes en ropa de paracaidista, con el revólver en la cintura, como un verdadero revolucionario. Pero un día pensó en Thomas Quiorikpa... pensó en Thomas Quiorikpa y de golpe frunció el entrecejo, se sintió mal en su uniforme de paracaidista. No hay que olvidar que Samuel Doe había tenido éxito en el golpe con Thomas Quiorikpa y Thomas Quionkpa todavía estaba allí. Hasta los ladrones de gallinas lo saben y lo dicen: cuando se consigue un golpe maravilloso con un segundo, no se disfruta plenamente del botín hasta después de haber eliminado a ese segundo. Después de cinco años de reinado, la existencia de Thomas Quiorikpa seguía planteando problemas a la moral, a la palabra, a los comportamientos del general Samuel Doe.

Para resolver esos problemas, Samuel Doe inventó una estratagema garantizada. (Estratagema significa «argucia», según mi diccionario Petit Robert.) Era simple; bastaba pensar en ello. Era el golpe de la democracia. La democracia, la voz popular, la voluntad del pueblo soberano. Y todo lo demás...

Un sábado por la mañana Samuel Doe decretó una fiesta. Convocó a todos los oficiales superiores del ejército liberiano, a todos los directores de la administración, a los jefes locales de toda la república, a todos los jefes religiosos. Ante todo ese areópago (areópago significa «reunión de gente sabia»), sostuvo este discurso:

«Yo me vi obligado a tomar el poder por las armas porque había demasiada injusticia en este país. Ahora que la igualdad existe para todos y que la justicia ha retornado, el ejército dejará de gobernar el país. El ejército devuelve la administración del país a los civiles, al pueblo soberano. Y para comenzar yo, solemnemente, renuncio a mi condición de militar, renuncio a mi uniforme militar, a mi revólver. Me convierto en un civil».

Se quitó el revólver, la ropa de paracaidista, la boina roja, la camisa con galones, el pantalón, las botas y los calcetines. Se desvistió hasta quedar en calzoncillos. Luego chasqueó los dedos y se vio llegar a su asistente. Éste le traía un traje, una camisa, una corbata, calcetines, zapatos y un sombrero blando. Y en medio de los aplausos de toda la asistencia, se vistió de civil. Se convirtió en un civil, como el último de los uya-uya del lugar.

A partir de entonces las cosas fueron muy rápido. En tres semanas se hizo redactar una constitución a su medida. Durante dos meses pasó por todos los condados para explicar que era buena. Y la constitución fue votada un domingo por la mañana por el 99,99 % de los votantes. Por el 99,99 % porque el 100 % no parecía muy serio, resultaba uya-uya.

Con la nueva constitución, el país necesitaba un presidente civil. Durante seis semanas fue a todos los condados para decir que se había convertido en civil de palabra y de corazón. Y otro domingo por la mañana votó por él el 99,99 % de los votantes en presencia de los observadores

internacionales. El 99,99 % porque el 100 % resultaba uya-uya; hacía murmurar. (Murmurar es «charlar sin descanso por el placer de decir maledicencias», según el Larousse.)

Y helo ahí buen presidente, ciento por ciento respetable y respetado. El primer acto concreto que emprendió de inmediato, como presidente, fue destituir al general Thomas Quiorikpa como a un indecente. (Destituir significa «privar a un oficial de su empleo». Destituir como un indecente, como a alguien que quería organizar una conspiración.) Pero ahí las cosas se complicaron. Thomas Quionkpa no se entregó. ¡En absoluto!

Con oficiales con cuadros de mando gyos como él, Thomas Quionkpa montó una auténtica y efectiva conspiración. Y faltó poco, un pelo, para que la conspiración tuviera éxito. Faltó poco, un pelo, para que Samuel Doe fuera asesinado. Entonces, Samuel Doe reaccionó mal. Tenía pruebas, una ocasión que buscaba desde hacía mucho tiempo. Torturó espantosamente a Thomas Quionkpa antes de fusilarlo. Su guardia pretoriana se desplegó en la ciudad y asesino a casi todos los cuadros de mando gyos de la República de Liberia, a sus mujeres y a sus hijos.

Y he ahí a Samuel Doe feliz y triunfal, único jefe, rodeado sólo por los cuadros de su etnia krahn. La República de Liberia se convirtió en un estado krahn, totalmente krahn. Eso no duró mucho. Porque, felizmente, una treintena de cuadros gyos habían escapado a sus asesinos. Habían huido a Costa de Marfil y allí, habían llorado ante el dictador del país, Houphouét Boigny. Houphouét Boigny los había consolado y luego enviado al dictador de Libia, el señor Gadafi que siempre tiene un campo de entrenamiento para formar terroristas. Gadafi formó a la treintena de cuadros gyos en el empleo de las armas y en el terrorismo durante dos años enteros. Luego los envió de vuelta a Costa de Marfil. En Costa de Marfil los cuadros bien formados se ocultaron en los pueblos de la frontera entre Costa de Marfil y Liberia. Se volvieron discretos hasta esta fecha fatídica (fatídica significa «marcada por el destino») del 24 de diciembre de 1989, Navidad de 1989. En la Navidad de 1989, por la noche, esperaron a que todos los guarda fronteras del puesto de Butoro (ciudad fronteriza) estuvieran borrachos perdidos, todos inconscientes, para atacarlos. Controlaron rápidamente el puesto fronterizo de Butoro, mataron a todos los guarda fronteras y se quedaron con sus armas. Con todos los guarda fronteras muertos, se hicieron pasar por guarda fronteras, cogieron el teléfono y llamaron al estado mayor de Monrovia. Anunciaron al estado mayor que los guarda fronteras habían rechazado un ataque y pedían refuerzos. El estado mayor envió los refuerzos. Los soldados del contingente de refuerzo cayeron en una emboscada, fueron aniquilados, muertos todos, castrados, y sus armas recuperadas. Los cuadros gyos, los rebeldes, tenían armas, muchas armas. Por eso se dice, o dicen los historiadores, que la guerra tribal llegó a Liberia esa Nochebuena de 1989. La guerra comenzó ese 24 de diciembre de 1989, exactamente diez años antes del golpe de estado militar en el país vecino, Costa de Marfil. A partir de aquella jornada, para Samuel Doe los problemas fueron in crescendo hasta su muerte. (In crescendo significa «de una manera progresiva».) In crescendo hasta su muerte, cuando fue cortado en rodajas. Ya hablaremos un poco más adelante. Por ahora no tengo tiempo. ¡Ñamokodé (bastardo de bastardía)!

Los extranjeros no eran bienvenidos en el ULIMO. Es la guerra tribal la que lo quiere así. Apenas llegamos, nos pusimos a contar la pequeña historia que habíamos preparado sobre Samuel Doe. Sobre su patriotismo, su generosidad. Sobre el mucho bien que hizo a Liberia entera. Sobre su sacrificio por la patria. Etcétera. Ellos oyeron bien ese discurso, religiosamente y largo tiempo.

Después nos pidieron nuestras armas. Les entregamos nuestras armas con toda confianza. Trajeron El Corán, La Biblia y fetiches. Nos hicieron jurar sobre los libros santos y sobre los fetiches. juramos solemnemente que no éramos ladrones, que ninguno de nosotros era ladrón. Porque había demasiados ladrones, ellos ya no querían más, ya estaban hartos. Y luego nos encerraron en cárceles. Cric, crac.

En las cárceles de ULIMO la comida era demasiado asquerosa y demasiado, demasiado insuficiente. (Asquerosa significa «repugnante».) Yacuba fue el primero en quejarse de las malas condiciones. Gritó con fuerza: «Soy un grigriman, un grigriman hábil en la protección contra las balas sibilantes». No lo oyeron. Gritó todavía más fuerte: «Sacadme de aquí. Si no, usaré los fetiches contra vosotros. Los usaré contra todos vosotros». Entonces vinieron a buscarle y él dijo que no se iba sin mí; pidió que yo fuera con él.

Nos enviaron al estado mayor del general Baclay, de Onika Baclay Doe. El general Baclay era una mujer. (Debería decirse generala, en femenino. Pero según mi Larousse, «generala» designa a la mujer de un general y jamás al propio general.) Nos presentaron entonces a Onika Baclay Doe. El general Baclay estaba contenta de tener a Yacuba. Ella ya tenía un grigriman fetichista. Pero no era un grigriman musulmán. Por ciertos hechos ella comenzaba a dudar de la ciencia y de las prácticas de su grigriman fetichista. Con Yacuba tendría dos y eso sería mucho mejor.

Yo fui enviado con los niños soldado. Me mostraron mi kalach. Éramos cinco para una sola arma, y el que me presentaron era más nuevo que el que tenía en el NPFL.

Los niños soldado eran bien tratados en el ULIMO. Se comía bien y era posible tener dinero, dólares, haciendo de guardaespaldas de los buscadores de oro. Quise ganar dinero y ahorrar. No quise tirar en drogas todo lo que ganaba como hacían los otros niños soldado. Con mis ahorros compré oro y conservaba ese oro en un fetiche que llevaba conmigo. Quería llevar algo de regalo a mi tía el día en que la encontrara. ¡Faforo (sexo de mi padre)!

El general Baclay también era una buena pieza. Pero una curiosa mujer, muy justa a su manera. Fusilaba del mismo modo a mujeres y hombres, a todos los ladrones, hubieran robado una aguja o un buey. Un ladrón es un ladrón y los fusilaba a todos. Eso era equitativo.

Sanniquellie, la capital del general, era el refugio de los ladrones. Todos los ladrones de la República de Liberia se habían dado cita en Sanniquellie. Los niños soldado sabían algo sobre el asunto. Ellos, que dormían con frecuencia bajo los efectos de la droga, también con frecuencia se despertaban desnudos, totalmente desnudos. Los ladrones les habían quitado todo, hasta los calzoncillos. Se los encontraba desnudos cerca de su kalach.

Los ladrones cogidos in fraganti (in fraganti es «el delito cometido ante la mirada de aquellos que lo comprueban») eran arrestados esa semana y encadenados en una cárcel. Podían tener hambre, como quiere la ley de la naturaleza humana. Pero nada que hacer, los prevenidos no tenían derecho a la alimentación en las cárceles de Baclay.

El sábado hacia las nueve, conducen en cadenas a esos prevenidos, a la plaza del mercado donde se reúne toda la población. El juicio tiene lugar en la plaza y ante todo el mundo. Consiste en preguntar al prevenido si ha robado o no. Si responde sí es condenado a muerte. Si responde no, es confundido por los testigos y es igualmente condenado a muerte. (Confundir significa «reducir a alguien al silencio probando que ha cometido la falta».) Por lo tanto era más o menos lo mismo. El prevenido siempre era condenado a muerte. Y los condenados pasan illico presto al área de

ejecución. (illico presto significa «inmediatamente».)

Se les entrega arroz humeante y salsa roja con grandes trozos de carne. Se arrojan encima de la comida igual que si fuesen fieras, de tanta hambre que tienen. Es tan bueno, tan bueno, que muchos espectadores sienten ganas de encontrarse entre los condenados. Los condenados comen mucho y fuerte. Comen cuanto pueden, hasta el hartazgo. Dicen adiós a su amigo. Sea el condenado católico o no, siempre pasa un cura que les administra la extremaunción. Los atan a los postes. Les vendan los ojos. Algunos lloran como podridos niños. Es la minoría. La mayoría, la gran mayoría se relame la barbilla riendo a carcajadas, con mucho ruido, de tan, pero que tan contentos que están de haber comido bien. Y los fusilan entre los aplausos de la feliz, alegre multitud.

Y a pesar de eso, sí, a pesar de eso, algunos espectadores comprueban con asombro que durante los aplausos, los ladrones les han deslastrado las billeteras. (Deslastrar significa «aliviar del peso de la billetera», de acuerdo con mi Larousse.) Deslastraban las billeteras porque hay tantos ladrones en el país de Sanniquellie que la ejecución de algunos de éstos no conseguía servir de lección a los otros. ¡Faforo (culo de mi papá)!

Desde el punto de vista de su origen y filiación, Onika era la hermana gemela de Samuel Doe. En el momento de la conspiración de los nativos contra los afroamericanos ella se defendía. (Defenderse, tratándose de una mujer, es «ir de un lugar a otro», es «prostituirse».) Ella se llamaba entonces Onika Dokui. Desde el triunfo de la conspiración de su hermano gemelo, la nombraron sargento del ejército liberiano y ella misma se cambió el nombre y se hizo llamar Baclay. Baclay porque sonaba a oscuro negro afroamericano, y a decir verdad, ser afroamericano en Liberia daba cierto prestigio, era mejor que ser de origen nativo, ser oscuro negro africano indígena.

Al regresar de Lomé, de la conferencia de jefes de estado de la CDEAO, Samuel Doe ascendió a teniente al sargento Baclay y lo destinó a su seguridad personal. Después de la conspiración de los gyos, Samuel Doe la designó comandante de la guardia presidencial. Tras la muerte de Samuel Doe, cuando Samuel Doe fue despedazado, Baclay se designó a sí misma general y jefe de la región de Sanniquellie. Es decir, que el general era una mujer taimada que no dejaba que los uya-uyas de los hombres le lamieran la salsa del fondo de un cacharro. ¡Walahé!

El general Onika era una mujercita enérgica como una cabra a la que le han arrebatado la cría. Lo tenía todo bajo control, con los galones de general y el kalach. Iba a todas partes en su 4 x 4 lleno de guardaespaldas armados hasta los dientes. La administración de Baclay era familiar. La administración corriente estaba en manos de su hijo. Su hijo se llamaba Johnny Baclay Doe. Era coronel y estaba al mando del regimiento más aguerrido. Ese hijo estaba casado con tres mujeres. Esas tres mujeres eran comandantes y dirigían los tres sectores más importantes: las finanzas, la cárcel y los niños soldado.

Sita se llamaba la que se ocupaba de las finanzas. Era una malinké, en el pidgin afroamericano: mandingo. Recibía el alquiler de la tierra que debían pagar los buscadores de oro cada trimestre. Era musulmana, pero no era humanitaria habiendo un céntimo de por medio. Consideraba a los buscadores de oro que trabajan sin autorización como ladrones de la tierra, y éstos eran condenados a muerte los sábados por la mañana. Y fusilados, mientras se reía de ellos a carcajadas.

Monita era el nombre de la comandante que se ocupaba de las cárceles. Era protestante, era humanitaria y tenía un corazón de oro. Daba de comer a los prevenidos que no tenían derecho a

comer nada. Ella daba placer a aquellos a quienes no les quedaban más que unas pocas horas de vida. Esa clase de gestos son vistos por Alá y recompensados en el cielo.

La que tenía bajo su mando a los niños soldado se llamaba Rita Baclay. Rita Baclay me amaba como no está permitido. Ella me llamaba el crío del grigiman Yacuba y el crío del grigiman lo tenía todo y podía permitírsele todo. A veces, sobre todo cuando Baclay estaba ausente, me llevaba a su casa, me guisaba un platito. (Guisar significa «cocer suave y amorosamente».) Yo comía bien, y durante toda la comida ella no dejaba de decirme: «Pequeño Birahima, eres guapo, eres bonito ¿Sabes que eres bonito? ¿Sabes que eres guapo?». Y después de la comida me pedía todo el tiempo que me desnudara. Yo obedecía. Ella me acariciaba el bangala, suave, suavemente. Se me levantaba igual que a un burro y le murmuraba sin cesar.

—Si el coronel Baclay nos ve no se pondrá contento.

—No temas nada, no está aquí —murmuraba ella.

Le daba muchos besos a mi bangala y al final se lo tragaba igual que una serpiente traga una rata. Convertía mi bangala en un mondadientes.

Abandonaba su casa silbando, hinchado y contento. ¡Ñamokodé (bastardo)!

Sanniquellie era una gran aglomeración en la frontera donde se extraían oro y diamantes. A pesar de la guerra tribal, los comerciantes extranjeros se aventuraban hasta Sanniquellie cebados por el precio regalado del oro. (Aventurarse significa «librarse al azar, correr un riesgo». Y cebados es «atraídos».) En Sanniquellie todo el mundo estaba a las órdenes del general Baclay. El general Baclay tenía derecho de vida y de muerte sobre todo el mundo en Sanniquellie y ella usaba ese derecho. Y abusaba de él.

Sanniquellie comprendía cuatro barrios. El barrio de los nativos, el de los extranjeros, y entre los dos estaba el mercado. Era en el mercado donde los sábados se ejecutaba a los ladrones. En el otro extremo, al pie de la colina, el barrio de los refugiados, y sobre la colina, el campamento militar donde vivíamos nosotros. El campamento militar estaba jalonado por calaveras sostenidas en estacas. Es la guerra tribal la que lo quiere así. Mucho más allá de las colinas, en la llanura, están el arroyo y las minas. Todos los sitios estaban vigilados por niños soldado. Las minas y el arroyo donde se lavaba el mineral eran un burdel al cuadrado. Me niego a describirlos porque soy un niño de la calle y hago lo que quiero, y paso de todo el mundo. Hablaré de los patronos asociados que son los auténticos dueños de las minas y de todo.

Los patronos asociados son los verdaderos jefes, los verdaderos amos del lugar. Viven donde trabajan, y su habitación, su alojamiento, es una auténtica fortaleza. Una auténtica fortaleza custodiada por niños soldado armados hasta los dientes, y siempre drogados. Totalmente drogados. Donde hay niños soldado hay calaveras levantadas sobre estacas. Los patronos asociados tienen dinero. Todo buscador de oro depende de un patrón asociado.

Al principio, además de sus calzoncillos, el buscador de oro no tiene nada. Es el patrón asociado quien se lo financia todo. Le financia las azadas, el cedazo, las comilonas, y paga el derecho de medio dólar mensual por explotar la tierra.

Cuando el buscador de oro da un golpe mirífico, es decir, si tiene la suerte de dar con una pepita, paga al patrón asociado todo cuanto le debe. Lo cual sucede con poca frecuencia porque el golpe mirífico llega después de que el buscador de oro esté endeudado hasta las cejas con el patrón

asociado. Es decir, que está siempre y permanentemente a disposición del patrón asociado. El patrón asociado con frecuencia es un libanés y se comprende que con frecuencia sea asesinado. Sí, está bien que se los asesine de manera espantosa, son vampiros. (Los vampiros son «gente que se enriquece con el trabajo de otro», según el Petit Robert.)

Hay que ver cuando un buscador da con una pepita. Eso vale el viaje hasta allí. Es un zafarrancho, da un alarido para pedir la protección de los niños soldado. Y los niños soldado, siempre drogados, acuden, lo rodean y lo conducen a casa de su patrón asociado. El patrón asociado descuenta lo que le debe, paga las tasas, paga a los niños soldado que han asegurado la protección. Y el resto, si— es que lo hay, lo entrega al buscador. El buscador se convierte en un desgraciado, está obligado a tener guardaespaldas hasta que se lo haya gastado todo, y dicho guardaespaldas es forzosamente un soldado niño totalmente drogado. ¡Walahé! El niño soldado siempre tiene necesidad de droga y el hachís no se regala, cuesta caro.

Una noche, los bandoleros armados hasta los dientes entraron en Sanniquellie. Aprovecharon la oscuridad para deslizarse entre las chozas como rateros. Entraron en el barrio de los patrones asociados. Cercaron dos casas de patrones asociados. (Cercar una casa es «rodearla cortando todas las comunicaciones».) Fue fácil, los small soldiers estaban drogados, los soldados también lo estaban. Los bandidos sorprendieron a los patrones asociados durante el sueño. Bajo la amenaza de los kalach, pidieron a los patrones asociados que les entregaran las llaves de las arcas. Los patrones asociados entregaron las llaves. Los bandoleros se sirvieron, se sirvieron copiosamente. Fue en el momento de partir, cuando quisieron llevarse consigo a los patrones asociados y uno de éstos se negó, cuando hubo un estruendo. Un soldado niño despertó y disparó. Es lo único que saben hacer, disparar, sólo disparar. Y se montó una gresca generalizada. Nutrido fuego de fusilería, y como resultado: muertos, numerosos muertos. ¡Walahé! Se cargaron a cinco niños soldado y tres soldados. Las arcas saqueadas, totalmente saqueadas, se lo llevaron todo, y los bandoleros desaparecieron a la carrera con dos patrones asociados. ¡Había que verlo! El espectáculo era desolador. Muertos por todas partes, soldados, soldados niños muertos, arcas destripadas y dos patrones asociados desaparecidos. Los niños soldado que estaban muertos no eran compañeros míos. No los conocía por eso no digo sus oraciones fúnebres. No estoy obligado. ¡Namokodé!

Onika Baclay se presentó en el lugar de los hechos. No pudo contener las lágrimas. Había que verlo. Valía el desplazamiento. Una criminal como Onika llorando a los muertos. ¡Lágrimas de cocodrilo! No lloraba a los cadáveres, sino al dinero que todo aquello amenazaba hacerle perder.

La política de Onika era la seguridad de los patrones asociados. Sin patrones asociados no había buscadores de oro ni explotación de las minas, y en consecuencia, no había dólares. Ella garantizaba la seguridad de los patrones asociados y se jactaba de ello. Y hete aquí que habían secuestrado a patrones asociados, que desaparecieron en plena noche y en el centro de Sanniquellie. Todos los patrones asociados querían marcharse, todos cerraron sus tiendas. El sistema de Onika se derrumbaba.

Onika estaba como loca. Había que verlo. La pequeña mujer con todo lo que llevaba encima, aullaba: «¡Quedaos, quedaos! Voy a buscarlos, los haré regresar. Están en Niangbo, lo sé. Están en Niangbo. En Niangbo».

Era la primera vez que oía el nombre Niangbo; Niangbo, donde estaba mi tía. Los dos bandoleros

venían de Niangbo.

Dos días después del secuestro llegaban las exigencias de rescate. Pedían diez mil dólares americanos, ni uno menos, por cada uno de los patronos asociados rehenes.

«Diez mil dólares americanos es demasiado. ¿Dónde encontrarlos, dónde conseguirlos?», vociferaba el general Onika.

Las negociaciones comenzaron de inmediato. Baclay podía dar dos mil dólares por patrón asociado. Los bandidos querían ser comprensivos, reclamaron ocho mil dólares, pero ni un dólar menos, de lo contrario degollarían a los dos patronos asociados.

Las negociaciones eran difíciles y largas, puesto que Niangbo se encontraba a dos días de marcha de Sanniquellie.

Niangbo era una ciudad abierta, libre, que no pertenecía a ninguna de las facciones. Debía permanecer neutral. No podía autorizar acciones como la toma de rehenes. Pero las había autorizado. Se trataba de una falta que era preciso hacer pagar a los habitantes de Niangbo. Lo iban a pagar muy caro, murmuraba sin cesar el general Onika.

Mientras proseguían las negociaciones, el general Onika preparaba en secreto la toma de Niangbo por la fuerza. Nosotros, los niños soldado, habíamos comenzado la marcha hacia Niangbo al cuarto día después del secuestro. La marcha se realizaba durante la noche; a lo largo del día permanecíamos ocultos en la selva. Para impedir que hiciéramos gilipollecas en el camino, nos privaron de hachís. De modo que estábamos flojos como gusanos de tierra, minados por la necesidad de hachís. íbamos extraviados, sin saber qué hacer, pidiendo un poco de hachís. Pero durante los dos días y dos noches que duró el viaje, la consigna fue respetada.

Y al fin, el domingo por la mañana nos sentimos felices de encontrarnos en los alrededores de Niangbo. Nos instalaron y nos sirvieron hachís en cantidad. Éramos los primeros, la vanguardia, los exploradores. Estábamos impacientes por combatir. Estábamos todos fuertes por el hachís, como toros, y todos teníamos confianza en nuestros fetiches. Detrás de nosotros, el regimiento de los soldados, y algo más lejos, el estado mayor con el general Onika en persona. La operación estaba dirigida por el general. Ella quiso estar allí para castigar a la gente de Niangbo. A su lado estaban los fetichistas, los dos fetichistas, Yacuba y el antiguo, llamado Sogu. Sogu era un fetichista de raza kralin. Llevaba la cadera y la cabeza ceñidas con bandas de plumas. Y tenía el cuerpo coloreado con caolín.

El ataque comenzó al amanecer. Nos habíamos infiltrado hasta las inmediaciones de las primeras chozas. Cada kalachnikov estaba servido por cinco niños soldado. El primer grupo atacó. Para nuestra sorpresa, las primeras ráfagas de los kalach fueron respondidas por otras ráfagas. Los habitantes y los soldados de Niangbo nos esperaban. No había habido sorpresa. El primer servidor cayó. Lo reemplazó otro, éste cayó, abatido a su vez. Y luego llegó el turno del tercero. Y ya era el cuarto quien arrancaba. Nos replegamos, dejando a nuestros muertos sobre el terreno. La entera estrategia elaborada por el general Onika era cuestionable. Los soldados ocuparon nuestras posiciones en la vanguardia del combate. Ellos recogieron los cadáveres.

Nosotros, los niños soldado, debíamos ir hasta el estado mayor para verificar nuestras protecciones mediante fetiches. Estaba claro que habíamos hechos gilipollecas para que nuestras protecciones resultaran tan inútiles: tres caídos con las primeras ráfagas. Y en efecto, después de las

investigaciones, supimos que los niños soldado habían transgredido prohibiciones. (Transgredir significa «violar, infringir».) Habíamos cometido transgresión consumiendo cabrito. Eso no está permitido en tiempos de guerra, cuando se está equipado con fetiches de guerra.

Estaba rojo de cólera. No... un negro como yo nunca se pone rojo de cólera, eso está reservado a los blancos. Los negro! se crispan. Yo estaba crispado de cólera, rabioso. Los fetichistas son unos farsantes. (Farsante significa «persona poco seria, fantasiosa», según mi Larousse.) ¡No es una broma! Según los fetichistas, allí teníamos tres muertos por haber consumido cabrito. Salirnos con gilipolces de ese tamaño... ¡Es increíble!

Yo lloraba por sus madres. Lloraba por todo lo que ellos no habían vivido. Entre los cadáveres reconocí a Sekú, el Terrible.

Él, Sekú Uedraogo, el Terrible, había tenido una asignación escolar que lo arrojó a las fauces del cocodrilo, a los niños soldado. (Asignación escolar significa «gastos de escolaridad».)

Su padre era guardián de una de las villas acomodadas de la región de Las Dos Mesetas, allí en el gran Abidján. Los bandoleros atacaron al burgués acomodado y éste acusó a su guardián de complicidad. (Acomodado significa «rico»).

Como para el pobre no hay justicia en esta tierra, el padre de Sekú fue torturado y encarcelado. La asignación escolar de Sekú no llegó durante un mes, dos meses... Cuando se llegó a los tres meses, el director de la escuela llamó a Sekú y le dijo: «Sekú, estás expulsado, vendrás cuando tengas asignación escolar».

La mamá de Sekú se llamaba Bitá. Bitá pidió a Sekú: «Espera, voy a buscar la asignación escolar, voy a darte la asignación escolar». Ella vendía arroz cocido y los operarios de una obra en construcción le debían quince mil francos. Con quince mil francos tenía bastante para pagar la asignación mensual de cinco mil francos. Pero Sekú esperó una semana, y aún otra semana completa, pero al ver que no llegaba nada, Sekú pensó en su tío de Burkina. Su padre le había hablado con frecuencia de Bukari, uno de sus hermanos, un tío de Sekú que era chófer, tenía una moto y una concesión allí en Ouagadougou. Sekú decidió ir a buscar su asignación escolar a casa de su tío que tiene una moto y una concesión en Ouagadougou. Se coló en el tren. (Colarse es «subirse a un transporte sin pagar».) Pero lo trincaron cuando llegó a Ouagadougou, y fue enviado a la comisaría central de Ouagadougou.

—¿Dónde están tus padres?

—Mi tío se llama Bukari, tiene una moto y una concesión.

Pero encontrar a Bukari que tiene una moto y una concesión en Ouagadougou es como buscar un grano de mijo con una mancha negra en un saco de mijo. Sekú pasó una semana en la comisaría central esperando que encontraran a su tío. La segunda semana, mientras proseguían la búsqueda, Sekú aprovechó un descuido de quienes le vigilaban para coger la tangente y desaparecer en la gran Ouagadougou. (Coger la tangente es «esquivar».) En esa gran Ouagadougou, comenzó a divagar. (Divagar significa «errar a la ventura».) En su peregrinación descubrió un camión de Abidján. El chófer estaba solo en la cabina, su muchacho aprendiz lo había abandonado porque no le pagaba. Sekú se apresuró en presentarse como un pequeño que trabaja sin cobrar. Llegaron a un acuerdo, Sekú se convirtió en aprendiz de chófer y boy del camionero que se llamaba Mamadú. Mamadú arrastró a Sekú a la caja del camión y en voz baja le explicó la misión del transporte. Una misión

secreta, muy secreta, de la cual Sekú nunca debía hablar. El camión transportaba armas ocultas para los partidarios de Taylor en Liberia. El camión no se dirigía directamente a Abidján.

Y en efecto, durante la noche, llegaron militares con ropas de paisano, alojaron a Mamadú y a Sekú en un hotel, y partieron para cargar el camión. El cargamento estaba bien embalado. Despertaron a Sekú y a Mamadú. En la cabina del camión, junto a Mamadú, subió un oficial de paisano, y otro, también de paisano, se encaramó sobre los bultos bien embalados junto a Sekú. Iban hacia la frontera entre Liberia y Costa de Marfil. Allí se detuvieron y enseguida comenzaron a salir los guerrilleros de la selva. (Un guerrillero es «el combatiente de una guerrilla».) Un guerrillero reemplazó a Mamadú al volante y tres subieron encima de la carga. Partieron con los oficiales. Sekú y Mamadú fueron invitados a esperar en una taberna.

El propietario de la taberna era un borracho gracioso. Reía a carcajadas, golpeaba los hombros de los clientes y de vez en cuando soltaba pedos. Mientras hacía esas gilipolces, de la selva surgieron cuatro audaces encapuchados. (Encapuchados significa «que llevan capuchas agujereadas a la altura de los ojos».) Redujeron a Sekú y Mamadú. Antes de llevárselos, dijeron al propietario de la taberna que temblaba como una hoja:

—Nos los llevamos como rehenes. Contra cinco millones de francos franceses pagables por el gobierno de Burkina. El rescate debe pagarse en un plazo máximo de cinco días, ni un día más. Si no, las cabezas de los rehenes os serán presentadas en las puntas de las horquillas. ¿Está bien claro?

—Sí —respondió el propietario todavía temblando.

Sekú y Mamadú fueron conducidos a través de la selva, con los ojos vendados, hasta una pequeña choza de paja donde los ataron a unas estacas. Durante las tres primeras jornadas hubo tres guardianes que parecían vigilantes. Al cuarto día sólo quedaba uno, y éste se echó a dormir. Sekú y Mamadú pudieron desatarse y desaparecer en la selva. Sekú, a través de la selva, fue a parar a un camino. Era un camino recto. Marchó sin mirar a la derecha ni a la izquierda. Al final había un pueblo, y en dicho pueblo, niños soldado. Se presentó al jefe de la organización: «Soy Sekú Uedraogo, quiero ser un niño soldado».

Cómo fue que Sekú mereció el calificativo de terrible es otra historia, una larga historia. Que no tendré el gusto de contar porque no estoy obligado a hacerlo; me sentía mal, muy mal. Lloraba a lágrima viva viendo a Sekú tendido, muerto de aquella manera. Y todo, pretenden los fetichistas farsantes, a causa de un cabrito. ¡Faforo (culo de mi papá)!

Junto a Sekú estaba el cadáver de Soso, la Pantera.

Soso la Pantera era un niño de la ciudad liberiana de Salala. Tenía un padre y una madre. El padre era guardián y obrero, lo hacía todo y de todo en la tienda de un libanés, pero sobre todo bebía mucho vino de palma y whisky. Regresaba cada noche a casa completamente borracho. Borracho hasta el punto de no poder diferenciar a su mujer de su hijo. En casa aullaba como un chacal, lo rompía todo y sobre todo golpeaba a su mujer y a su único hijo. Cada noche, cuando el sol comenzaba a ponerse, Soso y su madre temblaban de miedo porque el jefe de familia iba a regresar borracho, completamente borracho, borracho hasta el punto de no diferenciar un toro de una cabra. Y ésa iba a ser la fiesta.

Una noche, cuando lo oyeron venir desde la distancia, acercarse cantando, riendo a carcajadas y blasfemando (blasfemar significa «decir palabras injuriosas»), Soso y su mamá pensaron en lo que

les esperaba y fueron a refugiarse al fondo de la cocina. Y cuando él llegó y no vio a su mujer e hijo en la casa, entró en una cólera todavía más exasperada, y se puso a romperlo todo. La madre de Soso salió de la cocina temblando y llorando para detener la destrucción. Y el padre lanzó una cacerola a la mamá de Soso, que comenzó a sangrar. Soso, llorando, cogió un cuchillo de la cocina y pinchó a su padre, que aulló como una hiena y murió.

A Soso el parricida (parricida significa «aquel que ha matado a su padre») no le quedó otra cosa que unirse a los niños soldado.

Cuando no se tiene padre, madre, hermano, hermana, tía, tío, cuando no se tiene nada de nada, lo mejor es convertirse en un niño soldado. Los niños soldado están para quienes no tienen en la tierra ni en el cielo de Alá ni una jodida cosa.

Cómo Soso mereció el mote de pantera es otra historia, una larga historia. No tendré el gusto de contarla porque no estoy obligado a hacerlo y me hace sentir mal, muy mal. Lloraba a lágrima viva al ver a Soso tirado, muerto de esa manera. Y cuando pensaba en la gilipollez de los fetichistas que pretendían que todo era a causa de un cabrito comido en mal momento, me ponía más rabioso todavía. ¡Faforo!

Los enterramos a todos en una fosa común. Una vez tapada la fosa, disparamos ráfagas de kalach. En el frente no se hacen funerales a los muertos.

Onika creía al ciento por ciento en las idioteces de los fetichistas que decían que la muerte de los tres que habían sido abatidos era a causa del cabrito consumido en mal momento. Era necesario rehabilitar nuestros fetiches, los fetiches que teníamos nosotros, los niños soldado. La rehabilitación se realizó a orillas de un arroyuelo y la elección del arroyuelo no fue cosa fácil. La elección, hecha por uno de los grigriman era automáticamente rechazada por el otro. Onika se vio obligada a hablar y amenazar antes que el grigriman fetichista y el grigriman musulmán pudieran ponerse de acuerdo.

Onika se instaló con su hijo y sus nueras, las otras miembros del estado mayor se mantuvieron firmes alrededor de ellos. Hicieron que acudieran los niños soldado, todos los niños soldado, unos treinta. Yo dudaba, como algunos de mis camaradas, de las gilipolleces de los fetichistas y nos reíamos, solapados, durante toda la operación de rehabilitación. (Solapados quiere decir «ocultamente», según Larousse.) Nos alinearon. Luego, nos hicieron recitar, uno tras otro, una corta plegaria que decía:

Manes de los antepasados, manes de todos los antepasados. Espíritus del agua, espíritus de la selva, espíritus de la montaña, espíritus todos de la naturaleza, declaro humildemente que he faltado.

Os pido perdón de día y de noche también.

He comido cabrito en plena guerra.

Nos quitamos los fetiches e hicimos con ellos un montón. El montón fue encendido, los objetos en las llamas fueron reducidos a cenizas. Las cenizas fueron arrojadas al agua.

Luego, todos los niños soldado se desnudaron, totalmente desnudos. No era muy púdico, puesto que había mujeres. Estaban Sita Baclay, Monita Baclay y Rita Baclay. Esta última, al vernos desnudos, al verme desnudo, debió de pensar en los momentos agradables que habíamos pasado juntos. ¡Ñamokodé (bastardo)!

Los fetichistas pasaron ante cada niño soldado. Escupieron sobre la cabeza de cada uno y friccionaron la cabeza con el escupitajo. Y se ordenó a los niños soldado que se echaran al agua.

Cosa que hicieron con alegría, y mucha bulla. Después de haberse lanzado al agua y haber hecho mucho ruido, se dio la orden de salir del agua. Los niños soldado salieron todos por la orilla derecha. Se secaron y todavía desnudos descendieron por el arroyo hasta un pequeño puente que atravesaron para pasar a la orilla izquierda, donde habían dejado las armas. Se vistieron y se alinearon otra vez. Les entregaron nuevos fetiches. Yo y algunos de mis camaradas que dudábamos de la eficacia de sus fetiches de farsantes nos reímos solapadamente. ¡Ñamokodé (bastardía)!

Eso duró veinticuatro horas. Habíamos hecho creer a la gente de Niangbo que nos habíamos marchado con nuestros muertos, que habíamos desaparecido en la selva. Y luego, por la mañana, muy temprano por la mañana, fue el combate. Un fuego nutrido, loco. Pero una vez más no los sorprendimos. Respondieron a nuestro ataque con ráfagas bien nutridas: tac tac. Estábamos otra vez pegados al suelo. Tuvimos dos soldados alcanzados por las balas a pesar de las gilipolleces del fetiche musulmán y del fetiche fetichista. El primero, muerto en el acto, el segundo, herido mortalmente. Esta vez no había niños soldado, puesto que los niños soldado no estaban en primera línea. No obstante era por el sur del pueblo, del lado del arroyo por donde habíamos atacado, y no por el norte como la primera vez. Habían emplazado soldados con kalach alrededor de todo el pueblo. Una vez más estábamos pegados al suelo.

Era necesario encontrar una nueva estrategia, diferente a nuestra gilipollez de los fetiches. Y Onika, en vez de exprimirse los sesos, llamó una vez más a esos gilipollas al cuadrado de los fetichistas. Reunieron algunos soldados con algunos niños soldado, entre éstos Cabeza Quemada, y discutieron acerca de la estrategia que debía adoptarse. La reunión duró hasta la noche.

Equipado con numerosos collares de grigrís, empuñando el kalachnikov, Cabeza Quemada avanzó con brusquedad hacia las primeras chozas del pueblo. Avanzó ametrallando como un majara, ametrallando sin tregua, ametrallando como diez. (Sin tregua significa «sin cesar».) Sin tregua y a pesar de la respuesta de los soldados de enfrente que de todas maneras respondían a las ráfagas con más ráfagas. ¡Había que verlo para creerlo, Walahé! Avanzó en medio del fuego cruzado con tanto aplomo, con tantos cojones entre las piernas, que los ametralladoristas de enfrente se retiraron. Para largarse. Estaban tan aterrados que hasta abandonaron las armas en el lugar.

Eso era lo que esperaban los nuestros. Gritaron todos juntos y corrieron hacia las primeras chozas. Y, para su total sorpresa, de esas chozas salieron con las manos en alto y con banderas blancas los habitantes atemorizados. En todas partes, todos los habitantes del pueblo se presentaban con las manos en alto e izando banderas blancas. (Izar significa «desplegar, levantar».)

Cabeza Quemada, con su coraje y los fetiches acababa de Conquistar el pueblo de Niangbo. Cuando los tiradores de enfrente vieron a Cabeza Quemada avanzar en medio de la metralla, se dijeron que las protecciones de Cabeza Quemada eran más fuertes que los grigrís que tenían ellos. Entraron en pánico y abandonaron las armas.

Entonces yo comencé a no comprender nada de este jodido universo. A no entender un carajo de este puto mundo. A no enterarme de nada de esta mierda de sociedad humana. ¡Cabeza Quemada acababa de conquistar Niangbo con los fetiches! ¿Es verdad o es mentira esta mugre de grigrí? ¿Quién puede responderme? ¿Dónde encontrar la respuesta? En ninguna parte. Por lo tanto, tal vez el grigrí es verdadero... o tal vez es falso, un camelo, una trampa a todo lo largo y ancho de África. ¡A faforo (culo de mi padre)!

Todo el pueblo de Niangbo había sido convertido en rehén por cuatro bandoleros. Los mismos cuatro que se habían apoderado de los propietarios asociados de Sanniquellie. Habían encerrado al jefe del pueblo y a los principales de la ciudad de Niangbo. Los cuatro se habían situado en los cuatro puntos cardinales. Fueron ellos quienes mataron a los niños soldado. Los habitantes del pueblo salieron de sus casas tan pronto como ellos desaparecieron en la selva.

Organizaron fiestas. Nosotros éramos los libertadores. En la plaza del pueblo se animó el baile.

Había que ver a una guarra como Onika representar el papel de liberadora. ¡Eso solo valía el esfuerzo! Se había sentado en el centro, con su hijo y nueras a los lados, y estaba en el trono como un nabab, un patrón. El tocador de tam tam avanzó hacia ella, se inclinó a sus pies y tocó en su honor. Entonces Onika aulló gritos de salvaje y se lanzó al círculo de la danza. Con todo lo que tenía: sus galones, el kalach, los grigrís, con todo. Su hijo y nueras la imitaron, la siguieron en el círculo de la danza. Las mujeres levantaron los brazos. Dos por cada una. Y todos se pusieron a aplaudir como majaras, a reír y a cantar como descerebrados. Las nueras y el hijo la abandonaron en el centro del círculo. Ella comenzó la danza del mono. Había que ver a esa gilipollas al cuadrado de Onika saltar como un mono, dar volteretas como un niño de la calle con sus galones de general, de tan borracha que estaba, mucho, mucho. Estaba muy contenta y muy orgullosa de su victoria. Estaba borracha de vino de palma.

Después de su vuelta al círculo de la danza volvió a sentarse, con las nueras y el hijo rodeándola. Se besaron en los labios. La algarabía paró. Y Onika habló.

Hizo salir al centro del círculo a los dos grigrimen: Yacuba y Sogu. Los felicitó públicamente. Fue gracias a sus oficios que Niangbo había sido tomada sin muchos muertos. Los grigrimen estaban orgullosos y contentos. Dieron la vuelta al círculo de danza haciendo el gilipollas con los fetiches.

Onika hizo salir al centro del círculo de danza a los dos propietarios asociados que habían sido liberados. Onika explicó por qué no habían podido matarlos: ¡había sido a causa de los fetiches y de los sacrificios! Continuó su discurso. Los cuatro bandidos que habían ocupado la ciudad de Niangbo serán perseguidos y arrestados. Serán despedazados, los trozos de sus cuerpos serán expuestos en todos los sitios donde hayan cometido fechorías, para aplacar la furia de los fetiches que han provocado. Ya han salido soldados en su búsqueda. Ellos acabarán dándoles alcance. ¡Si Dios lo quiere así, claro está, si Dios lo quiere, amén!

De pronto, dos mandingos con sus bubús sucios se acercaron a Yacuba y gritaron tan fuerte como para atraer la atención de todo el mundo:

—A ti te conozco. Tú estabas antes en Abidján, transportador, multiplicador de billetes, curandero, y todo lo que se quiera. ¡Walahé! Yo te conozco, te llamas Yacuba...

—¡Gilipollas, gilipollas! —replicó Yacuba, que no lo dejó seguir— Gritáis fuerte, todo el mundo va a oíros —los atrajo junto a él, agregó—: Si me conocéis, después de todo... No necesitáis gritarlo a los cuatro vientos. Onika lo oirá, y eso no es bueno para mí.

Yacuba no quería que Onika supiera todo cuanto había hecho en esta porquería de vida.

Por otra parte, Yacuba había advertido que uno de los dos mandingos era su amigo Sekú. Sekú, quien acudiera a visitarlo en Mercedes al CHU de Yopugon en Abidján. Estaba tan delgado que Yacuba no lo había reconocido a primera vista. Yacuba y Sekú se abrazaron. Y después desgranaron las kilométricas saluciones que intercambian los Diulas al reencontrarse: «¿Cómo está el primo de

la cuñada de tu hermano...?»), etcétera.

Después de un minuto de silencio, Sekú y su compañero hablaron de la gente de ese pueblo de la jodida Liberia donde se encontraban. Y el compañero de Sekú anunció que estaban Mahan y su marido.

—¡Pero si Mahan es mi tía! —grité yo.

Entonces ambos saltamos como hienas sorprendidas robando una cabra.

—¡Mahan, Mahan! —exclamó Yacuba, señalándome con el dedo—, es la tía de ese pequeño a quien estoy buscando. ¿Dónde está su casa, donde está su casa?

Y nos lanzamos aprisa como majaras, como diarreicos. (Diarreico significa «aquél apremiado por la diarrea».) Había que ver a un bandido cojo como Yacuba lanzado en carrera. Y registramos concesión tras concesión, choza tras choza. Frente a algunas chozas había cadáveres, toda clase de cadáveres, algunos con los ojos abiertos como cerdos mal degollados. Registramos las concesiones del norte y las del sur, hasta fatigarnos. Y comenzamos a desmoralizarnos. (Desmoralizarse significa «no tener ya la voluntad de acción, no querer hacer nada más».) Estábamos allí mirando las moscas volar a izquierda y derecha, sin decir nada. Y de golpe el compañero de Sekú se detuvo, se inclinó, en una de las concesiones dio vueltas alrededor de una choza y aulló como un buey: «¡Walahé, Walahé! Es la choza de Mahan. ¡Mahan está ahí dentro!».

La puerta estaba entreabierta. Yacuba la empujó. En la choza no había nada y continuamos hasta el cercado, y allí, ñamokodé (mi puta madre)!, había moscas, más gordas que abejas, aglutinadas sobre un cadáver. (Aglutinar significa «que hay en todas partes, a montones».) Las moscas volaron con el estrépito de un avión que pasa a vuelo rasante, dejando al descubierto un cadáver ensangrentado. Hecho polvo de una manera soberbia, el cráneo aplastado, la lengua arrancada, el sexo finamente cortado. Era, ¡faforo (el culo de mi padre)! el cuerpo del marido de tita Mahan. Nos quedamos parados, comenzamos a llorar como niños malcriados que todavía se hacen pipí en la cama. Estábamos allí, llorando como gilipollas al cuadrado, cuando vimos a un hombre salir y acercarse con sigilo. El hombre era un nativo, un oscuro negro africano indígena. Todavía temblaba como una hoja en lo peor de la tormenta.

—Fueron los krahns —dijo—. No quieren a los mandingos. No quieren ver mandingos en Liberia. Llegaron los krahns.

Le aplastaron la cabeza, le arrancaron la lengua y el culo. La lengua y el sexo para volver más fuertes a los fetiches. Su mujer, la buena Mahan, vio eso y corrió rápido y se escondió en mi casa. Cuando los krahns se fueron, cuando se fueron definitivamente, la conduje al borde de la selva. Se marchó rápido hacia el sur... Es tan buena Mahan, es demasiado buena.

Y el tipo también rompió a llorar.

—¿Hacia dónde, adónde se ha ido? —gritó Yacuba, dispuesto a saltar para lanzarse en su persecución.

—Hace dos días que se ha ido. No la alcanzaréis, no volveréis a encontrarla.

Nos quedamos boquiabiertos. (Boquiabierto significa «mudo de estupor».) Estábamos desmoralizados. A mi tía las cosas no le iban bien, estaba en un gran peligro. (Peligro: «Situación, estado en que algo amenaza la existencia de una persona», de acuerdo con mi Larousse.)

Regresamos al lugar donde un rato antes bailábamos la voltereta del mono. ¡Sorpresa! La fiesta

se había acabado. El enloquecimiento era general, había zafarrancho de combate. Gritaban, juraban, corrían en todas las direcciones.

Acababan de informar a Onika que las tropas del NPFL habían aprovechado su ausencia y la ausencia de su estado mayor para atacar Sanniquellie. Y sin combate se habían apoderado de la fortaleza y de todas sus riquezas. (Sin combate significa, en el Petit Robert, «sin dificultad».) Sin dificultad, sin resistencia alguna frente a frente, ocuparon Sanniquellie. Sanniquellie se encontraba a sus órdenes. Onika se había puesto como loca. La mujercita iba y venía. Gritaba, injuriaba y mandaba con sus galones, su kalachnikov y sus fétiches, con todo.

Los del NPFL siempre habían querido mandar en la ciudad aurífera de Sanniquellie. Muchas veces la habían atacado, y cada vez fueron rechazados con pérdidas.

«Ahora han aprovechado mi ausencia para perpetrar la mala pasada. Es una cobardía. Los del NPFL son cobardes.

No son hombres son muy cobardes!», vociferaba Onika. ¿Qué podía hacer ahora Onika? Su base estaba invadida, su organización decapitada. Ya no tenía armas. Ya no tenía ejército, salvo el pequeño destacamento que llevara consigo para las operaciones de Niangbo. Con todo el arsenal de Sanniquellie, el NPFL había organizado una buena defensa. Todos los bienes de Onika, todo el oro de Onika había caído en las manos del enemigo.

Onika se retiró, se sentó, y sus hijos y nueras la rodearon. Soldados y niños soldado se sumaron a ellos. Toda esa gente se reunió, formó un círculo, y entonces se organizó un concierto de llantos. Toda esa gente se puso a llorar. ¡Un grupo de bandoleros, de criminales de la peor especie llorando de esa manera! ¡Había que verlo, eso bien valía el viaje!

Después de una larga tarde de llanto, tuvieron hambre y sed. Se recuperaron y se pusieron de pie. El pequeño ejército se alineó en dos hileras con Onika al frente. Se pusieron en marcha hacia el norte para encontrarse con otros grupos del ULIMO. Allí era donde se encontraban las tropas del ULIMO, a montones.

Nosotros (Yacuba, el bandido cojo, y yo, el niño de la calle), tomamos el camino del sur. Hacia allí había partido la tía Mahan. Sólo teníamos nuestros kalach para subsistir, porque Alá nunca deja vacía una boca que ha creado.

Hoy, este 15 de septiembre de 199... estoy harto. Harto de contar mi vida, harto de compilar los diccionarios, harto de todo. Que os den por culo a todos. Yo me callo, no digo más nada por hoy... ¡A ñamokodé (mi puta madre)! ¡A faforo (sexo de mi padre)!

Cuatro

Nosotros, es decir, el bandido cojo, el multiplicador de los billetes de banco, el fetichista musulmán y yo, Birahima, el niño de la calle sin miedo ni tacha, the small soldier, íbamos hacia el sur cuando nos encontramos con nuestro amigo Sekú, que con un bulto sobre la cabeza ascendía desde el Sur hacia el Norte. Nos separamos en Niangbo sin decirnos adiós. Como cuando los Diulas se encuentran en la selva liberiana, saludo tras saludo, alineamos saluciones kilométricas. Y al final de las saluciones, Sekú nos reveló algo maravilloso. Todos los hombres del universo entero estaban hartos de ver a los oscuros negros africanos indígenas de Liberia degollarse como bestias salvajes borrachos de sangre. El mundo entero estaba harto de ver a los bandoleros que se repartieron Liberia cometer atrocidades. (Atrocidad significa «crimen horrible».) La gente del mundo ya no quería permitírsele a los bandidos. Los estados se dirigieron a la ONU y la ONU pidió a la CDEAO (Comunidad de Estados de África Occidental) que interviniera. Y la CDEAO pidió a Nigeria que aplicara las normas de ingerencia humanitaria en Liberia. (Ingerencia humanitaria es el derecho que tienen los estados de enviar soldados a otro estado para que vayan a matar inocentes a su propia casa, en su propio país, en su propio pueblo, en su propia choza, sobre su propia esterilla.) Y Nigeria, el país más poblado de África y que tiene muchos militares, al no saber qué hacer, envió a Liberia a los militares que le sobraban con el derecho de matanza de la población civil inocente y de todo el mundo. Las tropas de Nigéria, llamadas tropas de interposición del ECOMOG, las tropas del ECOMOG operan ahora en toda Liberia y hasta en Sierra Leona, en nombre de la ingerencia humanitaria matan cuanto les parece. Dicen que se interponen entre las facciones rivales.

Saludamos todavía más a nuestro informante Sekú, le dimos las gracias y lo dejamos. No habíamos caminado mucho, ni siquiera una jornada completa, cuando estuvimos en un campamento ocupado por los partidarios de Prince Johnson. El campamento estaba jalonado con calaveras humanas izadas sobre estacas, igual que todos los cuarteles de la guerra tribal.

Prince Johnson era el tercero de los bandoleros que poseía —como dueño una buena parte de Liberia. Pero era un príncipe.¹⁶¹ es decir, un bandido simpático, porque tenía principios. Sí grandes principios. Porque era un hombre de la Iglesia. Ese bandido se había metido en la cabeza principios increíbles de gran señor, principios de honesto y desinteresado combatiente de la libertad. Estableció como ley que el jefe militar que con las armas en la mano ha liberado Liberia no puede además solicitar los votos de los liberianos. Eso sería contrario a la ética (la ética, según el Petit Robert, es «la ciencia de la moral»), eso sería contrario a la decencia (la decencia, de acuerdo con el Petit Robert, es «el respeto de las buenas costumbres, de las conveniencias, del decoro»). Él se metió en la cabeza otro principio de gran señor. Un combatiente no saquea, no roba; pide comida a los habitantes. Y lo más divertido (apuesto a que vosotros no lo creéis) es que aplica ese principio. ¡Walahé (en el nombre de Alá)!

Además, todo guerrillero que llega a su territorio es encerrado y permanece encerrado: lo obligan a jurar que combatirá hasta la muerte al jefe militar que quiera presentarse al sufragio universal, al jefe militar que quiera ser presidente, al jefe militar que quiera dirigir Liberia, la patria

amada libre.

Yacuba y yo habíamos sido encerrados en condiciones espantosas durante una semana. Al final de la semana habíamos hecho el jodido juramento que no compromete a nadie. No compromete a nadie porque nadie tendría tiempo ni ocasión de juzgar a un guerrillero por perjurio en ese burdel al cuadrado de la Liberia de la guerra tribal. (Perjurio significa, según mi Larousse, «falso juramento».) Después del falso juramento, los grigrimen someten a exámenes al recién llegado, a una increíble cantidad de exámenes. Lo desnudan como un gusano y lo rocían con un cocimiento. El cocimiento apesta a orines. Alrededor de su cabeza hacen girar un fetiche y una cruz. Los dos oficiantes sujetan con fuerza el fetiche. Los oficiantes llevan un gran crucifijo con un Cristo moribundo colgando del cuello. El oficiante se estremece, se sacude de manera convulsiva. Y otras gilipolleces de esa clase. ¿Para qué todo eso? Para comprobar que el recién llegado no es un comedor de almas. A los comedores de almas no los quieren. El Príncipe Johnson ya tenía demasiados en su zona. Era un refugio de comedores de almas. («Los oscuros negros africanos indígenas creen que los negros africanos se transforman en búhos durante la noche y cogen el alma del prójimo y van a comérsela en medio del follaje de las grandes ceibas, de los grandes árboles del pueblo». Definición de comedor de almas según el Inventario de las particularidades...)

Yacuba y yo habíamos pasado los exámenes y, felizmente, estábamos libres de la sospecha de ser comedores de almas. (Sospecha significa «duda desfavorable, inspirada o concebida».) Porque los comedores de almas son golpeados y expulsados o encerrados y torturados hasta que vomiten la bola de sangre que cada comedor de almas tiene en su interior. Y eso no es fácil, no es para nada fácil para un comedor de almas escupir su bola de sangre. Lo azotan como a un perro ladrón y le administran un vomitivo como para hacer cagar a dos caballos. (Para los negros africanos indígenas que no comprenden bien el francés, administrar significa «hacer tomar un medicamento».)

Cuando Yacuba se presentó como un gran grigriman, Johnson hizo una corta y piadosa plegaria cristiana que terminó con: «Que Jesucristo y el Espíritu Santo velen para que tus fetiches sigan siendo siempre eficaces». Johnson era profundamente cristiano. Yacuba respondió: «Chi Alá la ho, lo serán». (Chi Alá la ho significa, de acuerdo con el Inventario de las particularidades... «que Alá lo quiera así».) Él, Yacuba, era profundamente musulmán.

Johnson tenía un fetichista, un fetichista cristiano. En las recetas de ese fetichista siempre había citas de La Biblia, y siempre, en alguna parte, un crucifijo. (Receta significa «procedimiento para conseguir alguna cosa».) Johnson estaba contento de encontrarse a Yacuba, un fetichista musulmán. Era la primera vez que trataba con un musulmán. Los combatientes iban a completar los fetiches cristianos con amuletos constituidos por versículos de El Corán garrapateados en árabe. (Garrapateados significa «escritos sin pulcritud, sin esmero».)

Yo fui automáticamente integrado en la brigada de los niños soldado, de los small soldiers, de los children soldiers, con todo lo que tenía. Kalach y ropa de paracaidista demasiado ancha y larga para mí. Pero comíamos mal entonces, muy mal. Mandioca hervida, y no en cantidad suficiente. Yo busqué enseguida una solución. Comencé por hacer numerosos compañeros. Y con los compañeros montamos la argucia. Pillamos y sisamos alimentos. Sisar alimentos no es robar, porque Alá, en su excesiva bondad, Alá nunca ha querido dejar vacía durante dos días una boca que ha creado. ¡Walahé (en el nombre de Alá)!

A decir verdad, el Príncipe Johnson era un iluminado. (Según mi Larousse, iluminado significa «visionario».) Y no se discute con un visionario. No hay que poner las manos en el fuego por las palabras de un visionario. (Poner las manos en el fuego es «creer ingenuamente en lo que ha sido dicho o prometido».) Samuel Doe, el dictador, lo supo demasiado tarde. ¡Demasiado tarde, desgraciadamente! Lo supo cuando vio, cuando él mismo vio, con sus propios ojos, estando vivo, que partían sus miembros en pedazos, un pedazo tras otro. Como las piezas de un aparato que se quiere desmontar.

¡Walahé! Era mediodía, exactamente las doce y diez, cuando un oficial del ECOMOG se presentó ante el campamento de Johnson, ante el santuario de Johnson en el puerto de Monrovia. El Príncipe Johnson, tal como era su costumbre cada mediodía, rezaba, en penitencia. Oraba arrodillado sobre las piedras, las rodillas lastimadas por los pedruscos. Estaba automatizándose.

El oficial anunció que Samuel Doe estaba en el estado mayor del ECOMOG en carne y hueso, allí, en el centro de Monrovia. El estado mayor del ECOMOG era un sitio neutral donde todo jefe militar antes de entrar debía ser desarmado. Samuel Doe había entrado en el estado mayor del ECOMOG por sí mismo, sin arma y seguido por sus veinticuatro guardaespaldas igualmente desarmados, con las manos vacías, con los brazos colgando. Samuel Doe había entrado en el estado mayor del ECOMOG para pedir al general comandante que sirviera de intermediario entre él, Samuel Doe y el Príncipe Johnson. Sólo pedía una cosa a Johnson, una sola cosa: reunirse con él. Porque Liberia estaba cansada de la guerra de sus hijos. Puesto que Johnson había roto con Taylor, Samuel Doe podía entenderse con Johnson. Quería poner fin a la guerra por medio de la negociación con Johnson. La guerra había hecho mucho daño a la querida patria bienamada.

Johnson gritó: «¡Señor Jesucristo! ¡Señor Jesucristo!». Y se relamió. No podía creérselo, se negaba a pensar que Samuel Doe en persona estuviera en el campamento del ECOMOG. Dio gracias a Jesucristo y a todos los santos. Y en un instante se calmó y mantuvo ante el oficial un discurso en el mismo tono en que antes le hablara Samuel Doe. Él, el Príncipe Johnson, también estaba cansado de la guerra. Samuel Doe era un patriota, él apreciaba la iniciativa del patriota, el Príncipe Johnson iba a besarlo, a besarlo en la boca como a un amigo. Iban a entrevistarse cara a cara como amigos, como patriotas, para tratar los asuntos de la patria bienamada y bendita de Liberia. Etcétera.

El oficial podía adelantarse y en el campamento del ECOMOG informar a Samuel Doe acerca de las buenas palabras de Johnson. Fue lo que hizo el oficial. Samuel Doe oyó esas melosas palabras y las creyó. Esperó tranquilamente a Johnson fumando sobre una silla en el estado mayor del ECOMOG.

Cuando el oficial le dio la espalda, Johnson fue poseído por una carcajada, por una risa delirante. Se dijo en un susurro:

«He aquí al hombre que había hecho tanto mal al pueblo liberiano, un hombre del demonio. Estaba sin protección en el centro de Monrovia. Y él, Johnson, un hombre de la Iglesia que había entrado en la guerra tribal a las órdenes de Dios. Dios le había ordenado a él, a Johnson, hacer la guerra tribal. Hacer la guerra tribal para matar a los hombres del demonio. Los hombres del demonio que hacían mucho daño al pueblo liberiano. Y el primero de esos hombres del demonio era Samuel Doe. Y Dios, siempre en su infinita bondad acababa de ofrecerle de ese modo una oportunidad única a Johnson para acabar con ese demonio de Samuel Doe. La voz del Señor era buena, la voz del Señor

lo acuciaba».

Preparó un comando de una veintena de soldados muy aguerridos. Él mismo tomó el mando del grupo. Ocultaron las armas bajo los asientos del jeep. Las armas estaban bien ocultas, pudieron pasar la primera barrera del ECOMOG donde los recién llegados depositaban las armas. Tan pronto como se encontraron en el interior del campamento del ECOMOG, sacaron las armas y comenzaron por aniquilar a los veinticuatro guardaespaldas de Samuel Doe, subieron al primer piso donde conversaban Samuel Doe y un general de Ghana, comandante del ECOMOG. El comando hizo que todo el mundo se echase al suelo, y apresaron a Samuel Doe. Johnson hizo que le ataran las manos a la espalda, lo hizo descender y lo arrojó a un jeep, en medio de soldados armados hasta los dientes. Todo eso se hizo rápido, con presteza, los soldados del ECOMOG no tuvieron tiempo para organizarse, para reaccionar. El comando pudo forzar el control de entrada y salida del ECOMOG sin disparar. El comando condujo a Samuel Doe al puerto en el santuario de Johnson (santuario significa «lugar cerrado, secreto y sagrado»). Y allí, éste lo hizo desatar y lo arrojó al suelo.

Y una vez en el suelo, patadas, puñetazos, en medio de un delirante arrebató de risa (delirante significa «presa de una exaltación y un entusiasmo extremados»), Johnson se cebó con Samuel Doe gritando: «¡El presidente de Liberia, quien hace la guerra para seguir siendo presidente eres tú, un hombre del demonio! Un hombre guiado por el demonio. Quieres seguir siendo presidente por medio de las armas. Presidente de la República, el presidente de todos los liberianos. ¡Mi Señor Jesús!».

Lo cogió por la oreja y lo hizo sentar. Le cortó las orejas, la oreja derecha, después la oreja izquierda: «Quieres discutir conmigo. Mira cómo discuto con un hombre del demonio». Cuanta más sangre corría más reía Johnson a carcajadas, más deliraba. El Príncipe Johnson ordenó que le cortaran los dedos a Samuel Doe, uno después del otro, y cuando el suplicante gritaba como un ternero, le hizo cortar la lengua. En medio de un charco de sangre, Johnson se encarnizaba en los brazos, uno después del otro. Cuando quiso cortarle la pierna izquierda el suplicante ya tenía bastante: entregó el alma. (Entregar el alma es «reventar».)

Fue en ese momento, recién entonces, cuando llegaron los oficiales del ECOMOG al campamento de Johnson. Acudían para negociar la liberación de Samuel Doe. Llegaban demasiado tarde. Comprobaron el suplicio y asistieron a la continuación. (Suplicio significa «castigo corporal aplicado por la justicia».)

Johnson, delirante, en medio de grandes carcajadas, dio las órdenes. Arrancaron el corazón a Samuel Doe. Para resultar más cruel, más feroz, más bárbaro e inhumano, uno de los oficiales de Johnson comía carne humana, sí, auténtica carne humana. El corazón de Samuel Doe fue reservado a dicho oficial que se preparó con él un pincho delicado y delicioso. A continuación montaron rápidamente un alto y oscilante tablado en las afueras de la ciudad, junto al camino del cementerio. Llevaron allí la carroña del dictador. Que arrojaron sobre el tablado. La dejaron expuesta a los carroñeros durante dos días y dos noches. Hasta que el buitre real acudió, majestuoso, para proceder por sí mismo a la operación final. Acudió para arrancarle los ojos de las órbitas, los dos ojos. De esa manera, el buitre real volvía inoperante la fuerza inmanente de Samuel Doe y los poderes inmanentes de sus numerosos fétiches. (Inmanente significa «que está contenido en un ser, que resulta de la propia naturaleza del ser».)

Después de eso levantaron la carroña que apestaba a un kilómetro a la redonda. La arrojaron a la

jauría de perros. La jauría de perros, impacientes durante los dos días y las dos noches, combatieron a ladridos y mordiscos bajo el tablado. Los perros se abalanzaron sobre la carroña, la atraparon y se la repartieron. Hicieron una buena comida, un muy delicioso almuerzo.

¡Faforo (sexo de mi padre)! ¡Ñamokodé (bastardía)!

La santa, la madre superiora Marie Béatrice hacía el amor como todas las mujeres del universo. Sólo que costaba imaginar a la santa debajo de un hombre recibiendo amor, de tan pero que tan marimacho que era. (Marimacho significa «mujer de aspecto y modales masculinos».) Ella era realmente sólida y de gran, de excesiva talla. Tenía la nariz muy ancha, los labios demasiado gruesos y los arcos superciliares de un gorila. Y además, llevaba la cabeza rapada. Y además tenía el cuello lleno de michelines, como un hombre. Y además llevaba una sotana. Y además, bajo la sotana, colgaba un kalachnikov. Y eso es la guerra tribal que lo quiere así. Sí, realmente, costaba imaginar a la santa besando en la boca al Príncipe Johnson y acostándose debajo de él para recibir amor. ¡Walalié (en el nombre de Alá)!

Comencemos por el principio.

Marie Béatrice era la madre superiora de la mayor institución religiosa de Monrovia cuando llegó la guerra tribal a la capital. El episcopado envió a diez soldados y a dieciocho niños soldado al mando de un capitán para proteger a la institución. El capitán desplegó a sus hombres. Y hete aquí que llegaron grupos de saqueadores y atacaron la Institución. Los defensores entraron en pánico y fueron desbordados enseguida. Los saqueadores comenzaron por echar mano a todas las cosas santas. (Echar mano es «robar, apoderarse de algo», según el Petit Robert.) Y entonces Marie Béatrice se enfadó, se quitó la cofia, arrancó el kalachnikov de las manos de un soldado. Se echó cuerpo a tierra. Y ametralló y ametralló. Cinco saqueadores fueron abatidos y los otros se largaron, se largaron sin pedir más. A partir de entonces la santa Marie Béatrice tomó la defensa de la Institución en sus manos, en sus manos de hierro. Explicó al capitán que él y todos sus hombres debían obedecerla a ella, y sólo a ella.

Antes de atacar la Institución, los saqueadores habían ocupado el episcopado. Y antes de asesinar al obispo y a cinco sacerdotes, los habían torturado de manera espantosa, los otros habían huido, desaparecido como ladrones. De manera que en el centro de Monrovia sólo funcionaba la institución de Marie Béatrice. Todas las otras obras católicas, todas las casas de los alrededores de la institución habían sido saqueadas, abandonadas por sus moradores. Fue allí donde Marie Béatrice demostró estar a la altura de las circunstancias, fue allí donde realizó proezas (proezas significa, según Larousse, «actos de heroísmo»), fue allí donde se ganó los galones de verdadera, verdadera santa.

Para la santa Marie Béatrice siempre era la misma cosa, las jornadas de veinticuatro horas parecían demasiado cortas, unas tras otras. Siempre le quedaba trabajo a la santa para el día siguiente.

Marie Béatrice se despertaba a las cuatro de la mañana, cogía el kalach que siempre tenía al alcance de la mano, todas las noches. Es la guerra tribal la que lo quiere así. Llevaba la cofia, la sotana, se ataba los cordones de los zapatos. Luego iba con pasos sigilosos a visitar los puestos de guardia para sorprender a los centinelas. (Pasos sigilosos significa «con los ruidos apagados».) Siempre sorprendía a centinelas gilipollas roncando. Los despertaba dándoles patadas en el culo.

Luego regresaba, hacía sonar la campanilla. Las hermanas, todo el establecimiento despertaba para la plegaria matinal. Después de eso todo el mundo desayunaba porque la colecta de la víspera había sido fructífera. (La colecta significa «lo que se había recogido».)

Ella hacía venir el 4 x 4 descubierto, se instalaba a la derecha del chófer, con el kalach y la cofia, por supuesto. Regresaba hacia las diez u once horas. Y cada día se producía el mismo milagro, el 4 x 4 llegaba lleno de vituallas. (Vituallas significa «víveres, provisiones alimentarias».) Ella pasaba a las curaciones. Los jodidos, los lisiados, los ciegos se reunían alrededor de ella y de sus hermanas. Ellas los curaban vigorosamente. Luego entraban bajo el cobertizo, donde estaban acostados y revueltos, hasta en el suelo, los enfermos a punto de palmarla. Las hermanas los curaban y la propia santa Marie Béatrice administraba la extremaunción. Se daba una vuelta por la cocina y allí siempre sorprendía a algunos listillos que se colaban entre los cocineros, sisaban y comían legumbres crudas. Les daba el garrotazo que se da a los perros ladrones. Ellos gritaban y desaparecían.

Luego se pasaba a la comida, pero antes se daban gracias al buen Dios por haber provisto el pan cotidiano. Después de la comida venía la enseñanza religiosa. Todo el mundo escuchaba las clases de enseñanza religiosa, incluidos los jodidos, los lisiados, los ciegos y los a punto de palmarla. Luego se pasaba a las curaciones. Entre los heridos siempre había gente que necesitaba las dos curas diarias. Luego se pasaba a la comida de la noche si la colecta de la víspera había sido muy fructífera. Y llegaba la interminable plegaria de la noche. Antes de irse a la cama, ella visitaba por última vez los puestos vigilados por golfos que siempre dormitaban un poco. Y cuando ella quería quitarse la cofia y colocar el kalachnikov al alcance de la mano y meterse por fin en la cama para un bien merecido sueño, ya eran las cuatro de la mañana y el puto sol estaba listo para despuntar en el maldito país de la Liberia de la guerra tribal.

El hecho de que la Institución de Marie Béatrice hubiera podido resistir durante cuatro meses a los saqueadores era extraordinario, rozaba el milagro. Alimentar a unas cincuenta personas en la Monrovia saqueada, abandonada durante cuatro meses, era extraordinario, rozaba el milagro. Todo lo que había conseguido Marie Béatrice durante los cuatro meses de sitio era extraordinario, rozaba el milagro. Marie Béatrice habla realizado actos milagrosos. Era una santa, la santa Marie Béatrice.

A pesar de que se sabe y se dice que Alá nunca deja vacía una boca que ha creado, todo el mundo se asombró y todo el mundo sostuvo que Marie Béatrice era una verdadera santa por haber alimentado a tanta gente durante cuatro meses. Adelante pues, no entremos en polémicas, digamos como todo el mundo «la santa Marie Béatrice». ¡Una verdadera santa! ¡Una santa con cofia y kalachnikov! ¡Ñamokodé (bastardía)!

Al principio, en la Liberia de la guerra civil, de la guerra tribal, sólo había dos bandos, el bando de Taylor y el bando de Samuel Doe. Los dos bandos se odiaban a muerte, se combatían en todos los frentes. La facción del Príncipe Johnson no existía. (Facción significa «grupo sedicioso en el seno de un grupo más importante».) El Príncipe formaba parte del bando de Taylor; el Príncipe era el general más aguerrido, el más eficaz, el más prestigioso de Taylor. Eso hasta el día en que el Príncipe tuvo una revelación. La revelación de que tenía una misión. La misión de salvar a Liberia. De salvar a Liberia oponiéndose a la toma del poder por un jefe militar que armado hubiera combatido por la liberación de Liberia.

A partir de ese día rompió con Taylor. Porque Taylor quería convertirse en presidente. Se retiró con los mejores oficiales de Taylor y se declaró enemigo jurado de Taylor. (Enemigo jurado significa, de acuerdo con el Larousse, «adversario encarnizado».) Samuel Doe el dictador oyó esas fulminaciones contra Taylor. (Fulminaciones significa «amenazas».) Y Samuel Doe las creyó y pensó que en Johnson tendría un aliado natural, un amigo con el cual negociar. Ya se sabe lo que sucedió, lo que eso le costó. Un oficial hizo un pincho moruno delicioso con el corazón de Samuel Doe, y el buitre real una tarde, bajo el cielo siempre brumoso de Monrovia, hizo de sus ojos un refinado almuerzo.

Después de la ruptura con Taylor, el Príncipe Johnson tenía que encontrar medios de subsistencia para todos aquellos que lo habían seguido. Todos aquellos que confiaban en él, un auténtico batallón. Cada uno con los suyos y sus familias. Y aunque Alá nunca deja vacía una boca que ha creado, eso no fue fácil. ¡De eso nada de nada! ¡Faforo (bangala de papá)!

Comenzó por atacar un puesto fronterizo del NPFL (el Frente Nacional Patriótico), para percibir él también los derechos aduaneros, los derechos de aduana de Liberia independiente. Atacó con medios poderosos, numerosas oleadas de combatientes, granadas ofensivas, morteros, cañones. El ataque duró tantos días que las fuerzas de interposición del ECOMOG fueron alertadas y tuvieron tiempo para llegar. (Alertadas significa «advertidas para estar dispuestas».) Llegaron con medios más poderosos todavía. Esas fuerzas no se interpusieron, no corrieron ningún riesgo inútil. (Explico a los africanos la palabra riesgo: significa «peligro, posible inconveniente».) No prestaron atención a los detalles, cañonearon en bloque a sitiados y sitiadores. Bombardearon en montón, en confusión. En un día hicieron muchas víctimas inocentes. Más víctimas que las producidas durante una semana de combates entre las facciones rivales. Cuando cesó el estruendo, las fuerzas de interposición relevaron a los heridos. Los heridos fueron evacuados a los hospitales de campaña del ECOMOG. Y éste procedió a estudiar el estado del terreno, tal como mandaba su papel y misión. Establecieron que era Johnson quien ocupaba el territorio. Que él era el más fuerte. Por lo tanto era Johnson quien debía explotar el puesto. Bajo la vigilancia del ECOMOG.

A partir de entonces Johnson podía ocuparse de los muertos. Nosotros habíamos cavado una fosa común para nuestros muertos, que eran numerosos. Entre los muertos había tres niños soldado. Tres niños del buen Dios, dijo la santa. No eran amigos míos. Se llamaban Mamadú el Loco, John el Orgullosa y Bukary el Maldito. Murieron porque Alá lo ha querido. Y Alá no está obligado a ser justo en todas sus cosas. Y yo no estoy obligado a decir la oración fúnebre de estos tres niños soldado.

La plegaria del enterramiento fue dirigida por Johnson en persona. Después de la plegaria nosotros rodeamos la fosa común y levantamos nuestras armas. Disparamos la salva de despedida. (Salva significa, de acuerdo con el Petit Robert, «descarga simultánea de armas de fuego».)

Pero los ecos del combate para la conquista del puesto fronterizo llegaron a todas partes. (Eco significa «ruido, noticia».) Había tantos muertos, tanta sangre, tanto follón, que todos los comerciantes extranjeros evitaron el puesto fronterizo.

Nosotros, es decir, los miembros de la banda de Johnson, habíamos pensado que sería provisional. Habíamos esperado largas semanas... Nadie se presentó en el puesto fronterizo. No había nada que robar, no nos pagaban y seguíamos comiendo mal. Comenzábamos a refunfuñar. Los

soldados comenzaban a desertar. (Desertar significa abandonar el puesto»..) Johnson comprendió; el Príncipe «abandonó el puesto fronterizo. Abandonó el puesto al igual que las tumbas de aquellos que habían muerto para conquistarlo. ¡Faforo (culo de mi padre)!

Seguía planteándose el problema de los recursos permanentes y seguros. Era necesario resolverlo. Hasta los grigrimen como Yacuba comenzaban a quejarse, porque comían mal y no se les pagaban los grigrís que fabricaban. Esta vez Johnson atacó una ciudad aurífera y diamantífera ocupada por los partidarios de Samuel Doe, los de ULIMO (United Liberian Movement). Y lo hizo a su manera (el perro no abandona nunca su manera desvergonzada de sentarse). Lo hizo con medios poderosos. Granadas, morteros, oleada tras oleada. Los sitiados resistieron heroicamente. Hubo sangre, numerosos muertos. El combate duró muchos días. Las fuerzas de interposición del ECOMOG fueron alertadas. Pudieron llegar. Esas fuerzas no se interpusieron, no corrieron ningún riesgo inútil. No entraron en los detalles, bombardearon a todo el mundo, a los sitiados y a los sitiadores, el barrio de los nativos, de los oscuros negros africanos indígenas y el barrio de los trabajadores. Cuando todo estuvo aplastado, cuando ya no había acción de parte de los atacantes ni de los atacados, las fuerzas de interposición detuvieron la matanza. Las fuerzas del ECOMOG relevaron a los heridos. Éstos fueron evacuados a sus hospitales de campaña. Y el ECOMOG evaluó las posiciones de las fuerzas enfrentadas. Ése es su papel y su misión, su deber. Establecieron que era Johnson quien ocupaba el terreno. Por lo tanto era Johnson quien debía conservar la ciudad, dirigir la explotación de las minas.

Recogieron a los muertos. Muchos muertos. A pesar de los fetiches musulmanes y cristianos, cuatro niños soldado fueron triturados, fragmentados por los obuses. Estaban más que muertos, dos veces muertos. Sus restos fueron enterrados en la fosa común, con los muertos. En el momento de tapar la fosa común, Johnson lloró. Era gracioso ver a un bandolero, un criminal como Johnson llorar a lágrima viva, de tan pero que tan enfadado que estaba contra el ECOMOG. Vistió el hábito de monje para la ocasión, oró y habló. Dijo, como la santa Marie Béatrice, que los niños soldado, eran los niños del buen Dios. Dios los había dado, Dios los había retomado. Dios no está obligado a ser siempre justo. Demos gracias al buen Dios. Eso valía una oración fúnebre, eso me ahorra hacer una oración fúnebre, cosa que no tengo ganas de hacer. Sí, gracias buen Dios.

Pero la toma de la ciudad diamantífera y aurífera había producido tantos muertos, tanta sangre, que todo el mundo había abandonado la región. Nadie quería regresar. Los patrones asociados no querían regresar. Y sin patrones asociados no hay explotación, ni tasas, ni dólares americanos, Johnson se encontraba en la misma situación que antes del ataque a la ciudad diamantífera. Y el tiempo apremiaba, los soldados y sus familias, los niños soldado, los hombres del batallón comenzaban a refunfuñar. Habían hecho demasiados sacrificios inútiles, estaban impacientes. Había que hacer algo, encontrar alguna cosa ñona-ñona.

Johnson regresó a Monrovia. En Monrovia todo estaba saqueado, destruido, sólo quedaba la Institución de santa Marie Béatrice. Sólo se mantenía en pie la Institución de la madre superiora Marie Béatrice. Ella estaba orgullosa, estaba provocadora. (Es decir, provocaba, lo cual significa «incitar a alguien, desafiar de manera que se consiga una reacción violenta».).

Y corrían... corrían mil rumores acerca de lo que se guardaba en la Institución. Llena de comida, llena de oro, y de muchos fajos de dólares americanos. Todo eso enterrado en sótanos enormes que

se extendían, se alargaban.

El Príncipe Johnson quiso tener la conciencia clara. (Tener la conciencia clara es «saber lo que hay de verdad en cuanto se dice».) Johnson decidió tomar la Institución. Comenzó por enviar un ultimátum a la madre superiora, a la santa Marie Béatrice. (Ultimátum significa «propuesta precisa que no admite discusión alguna».) Dicho ultimátum exigía a la madre declararse oficialmente partidaria de la única fuerza legítima de Liberia, dirigida por Johnson. La madre respondió que su Institución no tenía más que niños, mujeres, hermanas y algunos pobres desgraciados. (Desgraciado significa «pobre hombre, miserable».) Lo único que ella pedía a todo liberiano digno de ese nombre era una pequeña limosna, un poco de misericordia. Ella no debía tomar partido.

Ésa no era una respuesta, era un rechazo. Era una fruslería, una afrenta. (Afrenta significa «injuria pública, ofensa».) El Príncipe Johnson se enfadó y, como represalia, condenó a la Institución a pagar a su gobierno impuestos de contribución al esfuerzo de guerra, una suma que ascendía a trescientos dólares americanos. Y de inmediato.

Eso no era justo, era la razón del más fuerte, como en la fábula de La Fontaine «El lobo y el cordero» que habíamos aprendido en la escuela. Y llegó el turno de enfadarse a la santa. Gritó, arrojó la cofia al suelo, mandó a paseo a los emisarios (mandar a paseo es «despedir»):

«Id a decir a Johnson que no tengo trescientos dólares y que me deje en paz, que me deje buscar comida para los niños, las mujeres y los ancianos. Y eso es todo».

Ésa era la respuesta que esperaba el Príncipe. El Príncipe decidió atacar.

Yo, Birahima, el niño de la calle convertido en niño soldado, formaba parte de la primera brigada encargada del ataque a la Institución de la madre Marie Béatrice. Éramos una decena de niños soldado. Nos habían drogado, pero no mucho. Porque debíamos ir suavemente, sin llamar la atención de las fuerzas de interposición. Si nos hubieran drogado demasiado, habríamos hecho mucho ruido, muchas tonterías. Estábamos fuertes porque creíamos en nuestros fetiches. Tomamos por asalto la Institución a las tres de la mañana, a la luz de la luna. ¡Ah, pero no hubo sorpresa, la santa estaba informada! Nos encontramos con una fuerte resistencia. Tres asaltantes fueron abatidos y los otros obligados a echarse cuerpo a tierra y retroceder, de tanta y tan bien nutrida como era la metralla que salía de la Institución. Era la madre en persona, la propia santa con todo lo que tenía quien estaba ametrallándonos.

Johnson hizo recoger los muertos doni-doni (lo cual significa «suave, suavemente») y se retiró. Se había equivocado, había creído que se trataba de un simple paseo para sus niños soldado. No, no era así. Era necesario prepararse, atacar con mayores medios, y sobre todo con más método e inteligencia.

Tres niños soldado acababan de morir a pesar de los fetiches musulmanes y cristianos. ¡Walahé! Los habíamos enterrado al amanecer, a escondidas. Johnson lloró y rezó en sotana. La santa llamaba a los niños soldado los niños de Dios. Tres niños del buen Dios acababan de morir. Debería decir sus oraciones fúnebres, ésa es la norma. No había vivido mucho tiempo con ellos. No los conocía bastante. Por lo poco que sabía de ellos eran más bien los niños del diablo que los del buen Dios. Los tres eran unos pillos al cuadrado, drogotas, criminales, mentirosos. Para decirlo todo, malditos. Yo no quiero decir las oraciones fúnebres de los malditos. No estoy obligado a hacerlo. No estoy obligado y no lo haré. iÑamokodé (bastardía)!

Johnson pensó en la situación durante dos mediodías. Cada mediodía pensó en la institución de santa Marie Béatrice, arrodillado sobre pedruscos, con las rodillas magulladas por los pedruscos. Apareció la solución.

La tercera noche volvió al ataque, siempre a escondidas para no llamar la atención, para no despertar las sospechas de las fuerzas de interposición del ECOMOG. Unos veinte soldados, en vez de atacar de frente tomaron la Institución por detrás... ¡Y por sorpresa! Pero ¡ay! La sorpresa no funcionó. Siempre era la propia madre, la santa, quien estaba con la ametralladora. Ametralló fuerte y durante largo tiempo, sin tregua, infligió grandes pérdidas a los asaltantes. (Infligir es «hacer sufrir alguna cosa desagradable».) Ese segundo asalto terminó en un fracaso, igual que el primero. Hubo un tercer asalto durante la noche, a escondidas, que como el primero y el segundo fue un fiasco. (Fiasco significa, según Larousse, «fracaso completo».)

Entonces el Príncipe se enfadó, se ajustó fuerte el cinturón. (Ajustarse fuerte el cinturón es una expresión de los oscuros negros africanos que significa, según el Inventario... «tornar las cosas en serio, coger al toro por los cuernos».) A plena luz del sol, exactamente a las doce de la mañana, empleó la artillería. Los cañones le dieron al campanario de la iglesia que hicieron saltar, y destruyeron el gran edificio central de tres plantas de la Institución. Entonces la santa fue obligada a rendirse. Ella salió de la Institución humeante izando una bandera blanca. Iba seguida por dos columnas de hermanas con cofias y muchos rosarios y todo lo demás, que a su vez iban seguidas de una horda de pordioseros.

Las fuerzas del ECOMOG resultaron sorprendidas por la brutalidad y lo súbito del ataque. (Súbito es «el carácter de aquello que se produce, que se hace de pronto».) Creyeron que se trataba de un ataque de envergadura entre las facciones. (Un ataque de envergadura significa «un ataque de amplitud y poder».) Y tocaron a rebato. Llamaron a reunión a todos los soldados, y se reunió el estado mayor en pleno.

Durante toda una tarde. Cuando la reunión llegó a su fin, para su sorpresa, Monrovia la terrible estaba en calma. Despacharon una patrulla motorizada y bien armada para que viera lo que sucedía. La patrulla llegó y encontró a Johnson y a la santa cogidos de la mano. Conversaban como dos compañeros que hubieran hecho juntos la iniciación.

El Príncipe Johnson había dejado que la columna avanzara hasta una decena de metros de él, y había advertido, ¡oh sorpresa!, que la madre se parecía tanto a él, a Johnson, como si fuera un otro él mismo. La había hecho parar y la había mirado largo rato, de pies a cofia. No había nada que hacer: ella se le parecía. Le había hecho arrancar la cofia, la semejanza resultaba todavía más sorprendente. Ambos tenían la misma corpulencia, la misma nariz, la misma frente, el mismo cuello. El Príncipe se quedó un momento maku, boquiabierto. (Quedarse maku, lo explico por segunda vez, es «resultar conmovido por la admiración, el asombro, el estupor», de acuerdo con mi Inventario de las particularidades léxicas...)

Johnson había reflexionado un instante y luego se había liberado arrojándose al cuello de la santa, besándola en la boca. Después de los cálidos besos, Johnson y la santa se habían cogido de la mano y habían charlado como si se conocieran desde hacia mucho, mucho tiempo.

Fue en ese momento cuando llegó la patrulla del ECOMOG armada hasta los dientes.

Johnson y la santa charlaban como si siempre hubieran vivido —juntos. Ante todo el mundo, los

pobres pordioseros, las hermanas con cofias, los guerrilleros en armas. Toda esa gente tan pero que tan pasmada. (Pasmado significa «muy sorprendido, estupefacto», de acuerdo con mi Larousse.)

El general Príncipe Johnson explicó que desde hacía mucho tiempo buscaba un jefe para su brigada femenina. Ofreció el cargo a la santa y la nombró coronel. Y acto seguido, quiso colocarle los galones. (Acto seguido significa «inmediatamente».) Ella rechazó el grado de coronel. No, no era ése su objetivo. Ella era santa, ella prefería seguir santa. Prefería ocuparse de los pobres, de los viejos, de las viejas, de las madres sin recursos, de sus hermanas y de todos los desgraciados que la guerra tribal había arrojado a las calles. Johnson no podía negarle nada a la santa, él comprendió a la madre superiora, a la santa Marie Béatrice.

Ambos, todavía cogidos de la mano, se dirigieron hacia la Institución. La visitaron, comprobaron los enormes daños causados por el cañoneo. Johnson se declaró desconsolado, expresó su sincero pesar. Estaba muy afectado, se puso a orar y a punto estuvo de llorar. Después de haber dado tres vueltas por la Institución, Johnson no vio sótano alguno, seguía sin ver una entrada al sótano. Nada. Planteó la pregunta con resolución. Ahora que la santa había reconocido su poder, ahora que la santa se había convertido en una amiga, la buena administración (significa «la gestión») quiere que todas las riquezas de la Institución sean transferidas al gobierno de Johnson. La buena administración quería que todas las riquezas fueran llevadas por el gobierno.

—¿De qué riquezas hablas?

—Del oro, de los fajos de dólares americanos, de los alimentos que tenéis en los sótanos de la Institución. ¿Dónde está la entrada de los sótanos?

—Nosotros no tenemos sótanos.

—¡Cómo! ¿No tenéis sótanos?

La madre superiora repitió que —la Institución no tenía sótanos. Respondió que eran falsas las patrañas que corrían acerca de la Institución. La Institución no tenía nada que ocultar. Nada. Ella invitó a Johnson a verificarlo. Johnson hizo revisar la Institución de arriba abajo. (De arriba abajo significa «por completo».) Los hombres no encontraron ningún dólar. Ni un solo dólar.

Johnson, todavía escéptico (escéptico significa «que duda de cuanto no está probado de manera evidente»), preguntó: ¿De dónde sacabas los dólares que usabas todos los días para hacer las compras?

—De las limosnas de la buena gente, de las limosnas de los creyentes. Dios nunca deja vacía la boca que ha creado.

—Pero entonces, pero entonces... —Johnson dio varias vueltas en torno a sí mismo— ¡No puede ser, no puede ser...!

Johnson aún se mantenía escéptico, siempre escéptico. ¡Faforo (sexo del padre)! ¡Ñamokodé (bastardía)!

La toma de la Institución no había resuelto el problema de los recursos seguros y permanentes para la banda de Johnson. Por el contrario, había sumado centenares de bocas que alimentar sin que aumentasen las riquezas. Las organizaciones no gubernamentales, todos los buenos corazones que intervenían cuando la madre era independiente, dudaron en ayudar a una Institución afiliada a la banda de Johnson. Los pobres pordioseros, las madres de los niños y los propios niños gritaban de hambre sin parar. Johnson tenía una deuda moral hacia la Institución, la santa madre y todos sus

pensionistas. Johnson habría querido dar a la santa madre la independencia, la libertad. Pero ya era demasiado tarde. Todo el país había asistido al heroico combate de la santa y a su subordinación. (Subordinación significa, de acuerdo con el Larousse, «dependencia de una persona en relación con otra».) A causa de dicha subordinación, él debía una ayuda la santa.

Era necesario hacer algo ñona-ñona (a toda prisa) para la banda de Johnson, encontrar alguna cosa.

La compañía americana de caucho era la mayor plantación de África. Abarcaba casi cien kilómetros cuadrados en un solo latifundio. De hecho, todo el sudeste del país pertenecía a la empresa. Y ésta pagaba muchos royalties. (Royalties significa «regalías debidas al propietario de una patente o de un suelo cuyas riquezas se explotan».) Los royalties se repartían entre las dos antiguas facciones, la banda de Taylor y la banda de Samuel Doe. Cuando Johnson acabó de romper con Taylor, pidió enseguida que los royalties se repartieran en tres partes. Hizo prevalecer el derecho de su facción a una parte. (Hacer prevalecer es «hacer que se consiga un beneficio».) Los dirigentes de la sociedad no quisieron hacerlo así. Vacilaban, temían represalias de parte de ambas facciones. (Represalias significa, de acuerdo con el Petit Robert, «medidas represivas infligidas a un adversario para vengarse del mal que éste ha causado».) Tergiversaban y tergiversaban (Tergiversar significa «desviarse, vacilar para retrasar una decisión. Entonces Johnson decidió actuar como un hombre, como un hombre que tiene un bangala empinado. (Actuar como un hombre, de acuerdo con el Inventario de las particularidades léxicas... es «actuar como un valiente».)

Secuestró a dos ejecutivos blancos de la plantación. Cuando los tuvo en un lugar seguro, envió un ultimátum a los directivos de la plantación. ¿Con qué los amenazaba en dicho ultimátum? Decía que si en veinticuatro horas no tenía su parte en los royalties, iban a recibir las dos cabezas de los dos blancos en la punta de dos horquillas llevadas por dos personas. ¡Sin duda alguna, sin duda alguna! Y todo el mundo sabía que el iluminado Johnson era capaz, que iba a hacerlo.

¡Walahé! Esa misma noche otros tres ejecutivos blancos procedentes de la plantación se presentaron en el portal del campamento de Johnson. Llegaron como amigos, pero no con las manos vacías. Traían consigo unos maletines, seis maletines, dos por persona. Nosotros no vimos lo que contenían, lo que contenían esos maletines...

Tenían prisa, querían ser recibidos por Johnson ñonañona. Eran como diarreicos que van al estercolero, tras las chozas. Johnson los recibió bien. Discutieron como verdaderos amigos. Bebieron cerveza juntos, Johnson, con grandes carcajadas, les palmeó los hombros. Luego fueron cinco los blancos que salieron del campamento, tres más dos. Tenían las cinco cabezas sobre los diez hombros. ¡Faforo (culo del padre)!

Los royalties llegaban justo a final de mes, todos los finales de mes. Johnson decidió que eso merecía ser celebrado. Se organizó una gran fiesta en el campamento. Pagó los salarios con retraso. Hasta los niños soldado tuvieron dólares para comprar hachís. Bailamos, bebimos, comimos, nos drogamos. En medio de la fiesta Johnson hizo parar las festividades. Era necesario pensar en los muertos, en los numerosos muertos que habíamos dejado en la ciudad fronteriza y en la ciudad diamantífera. La santa había sido invitada en su calidad de coronel. Se negó a asistir, no tenía tiempo. Ella se ocupaba todo el tiempo de sus pensionistas. Prefirió recibir los dólares que iban a gastar para invitarla. Tenía otros empleos más útiles para esos dólares. Se le enviaron. Dólares

americanos y no liberianos.

Ahora todo iba bien. Los recursos no eran suficientes, pero sí regulares, y permitían que todo el mundo comiera algo una vez al día.

Pero también estaba la morralla de los bandidos que quería hacerse reconocer como facciones. Como facciones con derecho a una parte de los royalties y, por ello, se divertían entrando en la plantación, secuestrando ejecutivos y pidiendo rescates. Los rescates les eran pagados por los dirigentes de la plantación en dólares americanos nuevos flamantes. (Nuevos flamantes significa «billetes nuevos».)

Esta práctica condenable de la morralla de bandidos dio ideas a Johnson. Johnson podía poner fin a esa práctica de la morralla de bandidos y obtener salarios por su protección. Cobrar el tercio de los royalties estaba bien, pero proteger la plantación entera contra la morralla de bandidos podía reportar mucho. Pensó acerca de ello durante las largas sesiones de penitencia del mediodía.

Una mañana, Johnson en persona, flanqueado por cinco 4 x 4 delante y tres por detrás, llenos de guerrilleros armados hasta los dientes, se presentó en la entrada principal de la plantación. Quería ser recibido por el presidente. Lo condujeron hasta el presidente. Habló con el presidente como amigo. Le habló de las acciones de las bandas de la morralla de bandidos. Condenó esas acciones que dañan la reputación de Liberia en bloque. Era necesario poner fin a dichas acciones y él, Johnson, podía impedirles hacer daño. Ofreció sus servicios para poner fin a la práctica de la morralla de bandidos.

El presidente explicó a Johnson con paciencia que confiarle la protección de la plantación a él, Johnson, era equivalente a tomar partido, equivalía a reconocer a Johnson como la única autoridad de Liberia. Y no quería hacerlo. Las otras facciones no iban a aceptarlo.

Johnson respondió que su protección sería secreta, que el acuerdo sería secreto. Nadie sabría que la plantación estaba bajo la protección de Johnson. El presidente explicó que no tenía derecho a firmar un acuerdo secreto con una facción y que a la larga, de todas maneras, lo que era secreto sería conocido por todo el mundo.

Johnson no pareció convencido. Nada convencido. Regresó al campamento pensativo. Durante tres jornadas, al mediodía, durante las sesiones de oración, de penitencia, se puso a reflexionar (recordamos que a diario, al mediodía, rezaba arrodillado sobre pedruscos, con las rodillas magulladas por los pedruscos). Se puso a buscar otros medios para obtener la protección de la plantación contra la morralla de bandidos mediante un acuerdo secreto. Dicho acuerdo secreto era necesario djogo-djogo (djogo-djogo significa «cueste lo que cueste»). Durante los tres días de plegaria, el leitmotiv «djogo-djogo» se repetía tanto como Jesucristo Nuestro Señor. (Leitmotiv significa «palabras, una fórmula que se repite sin cesar».) Al final del tercer día, una sonrisa le iluminó el rostro. Acababa de obtener la solución.

Dos semanas después, en la plantación comprobaron que tres operarios habían desaparecido. Los buscaron por todas partes en vano. Una mañana vieron a Johnson en persona llegar a la plantación. Con él estaban los tres pobres operarios. Los tres operarios estaban en calzoncillos. Johnson declaró riendo y bebiendo cerveza con el presidente que sus hombres, en el transcurso de una patrulla de rutina, habían rescatado a los operarios en poder de la morralla de bandidos. Johnson devolvió los operarios al presidente de la plantación, con gran pompa. (Pompa significa «despliegue de boato en

una ceremonia».) El presidente dio las gracias a Johnson, calurosamente, y quiso darle muchos dólares. Johnson rechazó los dólares. El presidente no había comprendido nada.

Un mes más tarde desaparecieron tres operarios y dos ejecutivos negros africanos de la plantación. Los buscaron en vano por todas partes. Una mañana Johnson en persona acudió a la plantación. En un 4 x 4 de su escolta estaban las cinco personas, pero completamente desnudas. Johnson declaró que sus hombres habían conseguido sustraerlos in extremis al suplicio de la morralla de bandidos. (In extremis significa «en el último momento».) Johnson los devolvió al presidente con compasión, porque los tres operarios estaban incompletos: les habían amputado la mano derecha, y a los dos ejecutivos negros, las dos orejas. El presidente agradeció a Johnson dos veces, por su compasión, y por haber podido rescatar a los ejecutivos y a sus hombres de la morralla de bandidos. Esta vez quiso recompensar a Johnson. Insistía en ello absolutamente. Johnson, una vez más, desdeñó los dólares americanos nuevos flamantes. Miraba más allá, esperaba más. El presidente seguía sin comprender.

Un mes y dos semanas más tarde desaparecieron cuatro operarios, tres ejecutivos negros africanos y un blanco americano de la plantación. Un auténtico blanco. Los buscaron en vano por todos los rincones de la selva liberiana. Una mañana Johnson en persona acudió a la plantación. En su escolta, en un 4 x 4 había dos ejecutivos africanos. Estaban desnudos, y no estaban completos: les faltaban las manos y las orejas, les habían amputado las manos y las orejas. También había un operario que estaba incompleto: le habían amputado todo el cuerpo, sólo estaba la cabeza del operario puesta en la punta de una pértiga, faltaba todo el cuerpo. El presidente gritó fuerte, gritó muy fuerte su espanto, indignación y horror. (Horror significa «Impresión violenta que da la vista de una cosa espantosa y repugnante»). Y Johnson, con una sonrisa, declaró tranquilamente que eso no era todo, que la morralla de los bandidos aún tenía a cuatro negros y a un blanco. Y si sus hombres no intervenían con fuerza, no redoblaban sus esfuerzos, sería demasiado tarde. No encontrarían más que las cabezas, las cinco cabezas en la punta de cinco horquillas. Entonces el presidente captó el mensaje dos más dos son cuatro. (Recibir un mensaje dos más dos son cuatro es «comprender, entender por completo».)

El presidente cogió a Johnson por la mano y lo condujo a un despacho. Discutieron mucho y largo tiempo, y al final ambos firmaron un acuerdo secreto. En nombre de ese acuerdo, la facción de Johnson, a cambio de muchos dólares protegería toda la plantación contra la morralla de bandidos. Esa misma noche Johnson acudió a la plantación acompañado de los otros cinco empleados que faltaban. Eran cinco personas, eran cinco personas desnudas, pero enteras. No faltaban orejas ni manos ni cuerpos enteros. Los hombres de Johnson habían duplicado el esfuerzo. Y djogo-djogo Johnson había conseguido su acuerdo secreto.

Hubo una fiesta en el campamento. Bailó todo el mundo. Johnson en sotana, de sacerdote con el kalachnikov se meneó cinco veces y acabó por hacer volteretas, hacer la danza del mono. ¡Walahé (en el nombre de Alá)! ¡Faforo (culo de mi pobre padre)!

El secreto, como tal secreto, duró cinco días, al sexto todo Liberia, desde Monrovia hasta el último rincón del país, sabía que Johnson había firmado un acuerdo secreto con el presidente de la plantación.

Las otras facciones no lo aceptaron. De eso nada. Los jefes de esas facciones se presentaron en la

plantación y se hicieron recibir por el presidente. Presentaron sus ultimátums escritos en debida forma. (En debida forma significa «redactados de acuerdo con la ley y revestidos de todas las formalidades necesarias».) Para quitarse el problema de encima, el presidente decidió repartir la vigilancia de los alrededores de la plantación en tres o cuatro partes, cada parte debía ser atribuida a una facción. Pero entonces fue la delimitación de dichas partes la que planteó un nuevo problema. (Delimitación significa «marcado, deslinde».) Ante la imposibilidad de conseguir un acuerdo con las razonables propuestas que procedían de él, el presidente declaró a las facciones que se arreglasen entre sí. Eso era arrojar un hueso a tres o cuatro mastines crispados de impaciencia. (Mastín significa «perro guardián grande».) Estalló la guerra generalizada en toda la extensión de la plantación.

Llegaron las fuerzas de interposición del ECOMOG. Aplastaron a todo el mundo bajo las bombas. Y todo el mundo se dispersó. Nosotros, es decir, el fetichista musulmán, el bandido cojo Yacuba, y yo, el niño de la calle, el niño soldado sin miedo ni tacha, nos encontramos arrojados por sacrificios aceptados (significa, «por suerte»), en un jodido pueblo de los alrededores de la plantación. Porque Alá no está obligado a ser justo en todas sus cosas.

En ese jodido pueblo, ¡oh sorpresa!, nos encontramos con nuestro amigo Sekú. Sekú, el amigo de Yacuba, el multiplicador de billetes, como Yacuba. Sekú nos dio noticias de mi tía. Se había marchado a pie a Sierra Leona, a casa de su tío de Sierra Leona. Entonces ya no quisimos, ya no pudimos regresar con la gente de Johnson. Había que ir a Sierra Leona fuera como fuese.

Cinco

Sierra Leona es un burdel, sí, un burdel al cuadrado. Decimos que un país es un burdel simple cuando los bandoleros se reparten el país, como en Liberia; pero cuando, además de los bandidos, se mezclan asociaciones y demócratas, se convierte en algo más que un simple burdel. En Sierra Leona estaban en la danza la asociación de cazadores, el Kamajor, y el demócrata Kabbah, además de los bandidos Foday Sankoh, Johnny Koroma y cierta morralla de bandidos. Por eso digo que en Sierra Leona reina algo más que un burdel, reina un burdel al cuadrado. En pidgin se llama Kamajor a la respetable asociación de los cazadores tradicionales y profesionales. ¡Faforo (culo de mi padre)!

¡En el nombre de Alá el clemente y el misericordioso (Walahe)! Comencemos por el principio.

Sierra Leona es un pequeño estado africano jodido y perdido entre Guinea y Liberia. Ese país ha sido un abra de paz, estabilidad y seguridad durante más de un siglo y medio, desde el comienzo de la colonización inglesa, en 1808, hasta la independencia, el 27 de abril de 1961. (Un abra de paz significa «un refugio, un abrigo de paz».) Las cosas eran simples durante este largo período. Desde el punto de vista administrativo, en el país había dos categorías de individuos: en primer lugar, los sujetos británicos, que comprendían los tubabs colonos colonialistas ingleses y los criollos; y luego los sujetos protegidos, constituidos por los oscuros negros indígenas salvajes de la selva. Los criollos eran los descendientes de los esclavos liberados venidos de América. ¡Walahé! Los oscuros negros indígenas trabajan duro, como bestias salvajes. Los criollos detentaban los empleos de funcionarios en la administración y en los establecimientos comerciales. Y los colonos colonialistas ingleses y los libaneses ladrones y corrompidos se echaban al bolsillo las ganancias. Los libaneses llegaron bastante más tarde, entre las dos guerras. Los criollos eran oscuros negros ricos inteligentes y superiores a los negros indígenas y salvajes. Entre ellos había muchos licenciados en derecho y otros diplomados superiores como doctores en medicina.

Con la independencia, el 27 de abril de 1961, los oscuros negros indígenas salvajes tuvieron el derecho de sufragio. Y a partir de entonces, en Sierra Leona no hubo más que golpes de estado, asesinatos, ahorcamientos, ejecuciones y desórdenes de toda clase: el burdel al cuadrado. Porque el país es rico en diamantes, oro, en todas las fuentes de corrupción. ¡Faforo (sexo de mi padre)!

Desde que los oscuros negros indígenas tuvieron la independencia y el derecho de sufragio, condujeron al poder al único oscuro negro africano del país que era universitario, el único que poseía una licenciatura en derecho. Se llamaba Milton Margái estaba casado con una inglesa blanca para demostrar a todos que había roto definitivamente con todas las costumbres, con todos los caracteres de los oscuros negros indígenas y salvajes.

Cuando lo pusieron en el poder, Milton Margái ya era viejo y algo honesto. Bajo su reinado como primer ministro de Su Majestad hubo mucho tribalismo, pero una corrupción tolerable. Los mendés, los semejantes de la etnia del primer ministro, eran favorecidos. Eso era normal, seguimos al elefante en la maleza para que no nos moje el rocío (lo cual significa que cuando estamos cerca de un grande estamos protegidos).

Cuando murió Milton, el 28 de abril de 1964, lo sucedió su hermano Albert Margái, llamado Big

Albert. Con Big Albert aumentaron el tribalismo y la corrupción; se llevaron a un grado tal que el 26 de marzo de 1967 tuvo lugar un golpe de estado. Albert fue reemplazado por el coronel Juxton Smith, un no-mendé.

La corrupción siguió haciendo estragos con el coronel Juxton y los acontecimientos no se demoraron. El 19 de abril de 1968 el coronel Juxton fue derrocado por una conspiración de suboficiales que crearon un movimiento revolucionario anticorrupción (ACRM). ¡Anticorrupción! (¡Nada menos que eso, Walahé!) Eso no detuvo la corrupción.

El 16 de abril de 1968 fue el día del advenimiento de Siaka Stevens, de la etnia timba. Él quiso poner fin a la corrupción y no lo consiguió. En mayo de 1971 tuvo lugar un golpe de estado que expulsó a Siaka Stevens de la capital y de su palacio. Fue repuesto por paracaidistas guineanos. Con la protección de los paracaidistas guineanos, Siaka Stevens pudo mantenerse a gusto.

Creó una dictadura con partido único y mucha corrupción. Siaka ahorca, ejecuta, y tortura a los opositores. A pesar de la corrupción, consigue una apariencia de estabilidad. Siaka Stevens viejo, muy viejo, aprovecha para traspasar sus poderes. Se hace reemplazar en la cabeza del partido y del estado por el general y comandante del estado mayor, Saidou Joseph Momoh. El general pierde la protección del contingente guineano. El propio general reconoce en agosto de 1985 que «no posee los medios para eliminar el tráfico de diamantes». Es decir, la corrupción.,

Por lo tanto, mientras la corrupción continuaba y los golpes de estado se sucedían como las cuentas de un rosario, contra el régimen podrido y criminal de Sierra Leona se preparaba una sorpresa en catimini, ¡Walahé! realmente en catimini (en catimini significa «en secreto»), aquel que muerde sin tener dientes. (Entre los negros africanos se dice aquel que muerde sin tener dientes para hablar de una sorpresa desagradable.) Aquel que iba a morder Sierra Leona sin tener dientes se llamaba Foday Sankoh, el cabo Foday Sankoh. El cabo Foday Sankoh introdujo un tercer protagonista en la danza de Sierra Leona. Hasta aquí las cosas eran simples, muy simples: no había más que dos putos protagonistas, dos únicos putos protagonistas, el poder y el ejército. Cuando el dictador que detentaba el poder se volvía demasiado podrido, demasiado rico, lo reemplazaba un militar por medio de un golpe de estado. Cuando no lo asesinaban, el dictador reemplazado huía con la pasta como un ladrón, sin pedir más nada. Ese reemplazante se convertía a su vez en muy podrido, demasiado rico, y otro, mediante otro golpe de estado lo reemplazaba y, si no era asesinado, huía con el liriki (liriki significa «pasta»). Y así sucesivamente. Y fue ese mano a mano solitario lo que Foday Sankoh vino a romper introduciendo un tercer puto en la danza, el pueblo, el pueblo menudo, los indígenas oscuros negros africanos salvajes de la selva de Sierra Leona.

Pero para empezar ¿quién es Foday Sankoh, el cabo Foday Sankoh? ¡Ñamokodé (mi puta madre)!

Foday Sankoh, de la etnia temné, ingresó en el ejército sierraleonés en 1956. En 1962. obtuvo el grado de cabo (no conseguirá ningún otro en su larga y extraordinaria carrera) y en 1963 formó parte del contingente de soldados de Sierra Leona encargados de mantener la paz en el Congo. La forma francamente escandalosa en que fue eliminado Patrice Lumumba (el primer presidente del Congo) le dio náuseas, y también le dio qué pensar. Llegó a la conclusión de que la enorme maquinaria de la ONU sirve a los intereses de los tubabs europeos colonos y colonialistas y nunca a los intereses de los pobres oscuros negros salvajes e indígenas.

De vuelta a su país fue sensible a la gran miseria del pueblo llano y a la corrupción escandalosa

que reinaba en su país. Y decidió comprometerse en las operaciones políticas.

En 1965 resultó sospechoso de haber participado en la conspiración del coronel John Bangoura contra Margaj. Fue arrestado y liberado. En 1971 estuvo implicado en el golpe de estado de Momoh contra Siaka Stevens. Fue arrestado y encarcelado durante seis largos años. A lo largo de ese tiempo leyó a Mao Tse Tung y a los teóricos de la guerra popular y reflexionó. Reflexionó mucho y llegó a una conclusión. No es un golpe militar en la cumbre lo que puede poner fin al régimen podrido y sucio de Sierra Leona. No hacen falta más golpes, lo que hace falta es una revolución popular. Y se puso al servicio de esa revolución popular.

Se estrenó en el este del país y al fin se instaló en Bó, la segunda ciudad de Sierra Leona. Encubierto en la profesión de fotógrafo, propagó sus ideas hasta 1990. A principios de 1991 reunió un ejército de trescientas personas. Sus hombres recibieron el nombre de combatientes de la libertad, el ejército del Frente Revolucionario Unido (en pidgin, la sigla es RUF). Formó a sus hombres, éstos se convirtieron en auténticos combatientes. Mediante una serie de emboscadas, dichos combatientes se procuraron armamento moderno. El armamento moderno reemplaza los machetes. En la mañana del 23 de marzo de 1991 desata la guerra civil en la frontera de Liberia con la complicidad de Taylor, el bandido de ese país.

El sorprendido presidente Joseph Momoh, se alarma. Protesta contra Taylor y pide ayuda a los otros estados de la CDEAO, envía miles de soldados a la frontera para rechazar a los rebeldes del RUF, y expulsar a los «invasores». Los soldados desertan, se unen a los combatientes de la libertad del RUF. Ya nada funciona. Sierra Leona está a punto de ser jodida. Joseph Momoh no se sostiene: es expulsado del poder por un golpe de estado. Se marcha ñona-ñona con la pasta. Quien lo reemplaza es el capitán Valentine Strasser.

El programa del capitán Strasser es, primo, la lucha contra la hidra de la corrupción (hidra significa «peligro que amenaza sin cesar»). Y secundo, la lucha contra Foday Sankoh y SU RUF. Para combatir a Foday Sankoh, Strasser hace incorporar al ejército a catorce mil jóvenes. Esos jóvenes mal alimentados se convierten en sobels. Es decir, soldados durante el día y rebeldes (bandidos ladrones) durante la noche. Se unen a los combatientes del RUF y en la mañana del 15 de abril de 1995, Foday Sankoh lanza una ofensiva hacia el oeste, en dirección a la capital, Freetown. Y Foday Sankoh con su RUF ocupa sin el menor esfuerzo la estratégica ciudad de Mile-Thirty-Eight y toda la región diamantífera y aurífera, y las zonas de producción de café, cacao y aceite de palma. A partir de ese día pasará de todo lo demás: ya tiene en su poder a la Sierra Leona útil.

¡Walahé! Valentine Strasser no tiene nada, ni un duro, absolutamente nada. Está fastidiado, muy fastidiado, juega al juego de la democracia. Autoriza los partidos políticos, organiza una conferencia nacional (la conferencia nacional es la gran feria política que se organizó en todos los países africanos hacia 1994, en cuyo transcurso cada cual contó lo que le pasó por la cabeza). junto con la ONU, decide la organización de elecciones libres y honestas. Foday Sankoh no se deja pillar en el juego de la democracia. No y no. Lo rechaza todo. No quiere conferencia nacional, no quiere elecciones democráticas y libres. No quiere nada. Tiene la región diamantífera del país, tiene la Sierra Leona útil. Pasa de todo lo demás. Lo que en principio pide es la expulsión del representante de la ONU, su bestia negra, desde los días del Congo. (Bestia negra significa «aquello que más se detesta».) No entregará las minas de diamantes y de oro que tiene en su poder mientras el

representante de la ONU reside en Sierra Leona.

Valentine Strasser está en apuros, no sabe qué hacer. En principio piensa proteger la capital y el trozo de territorio que aún conserva bajo su autoridad. Para ello, primero convoca a los gurkas nepaleses y a continuación a los mercenarios sudafricanos, los «executive outcomes» de la sociedad sudafricana, los boers. No tiene tiempo de llegar más lejos, porque es derrocado por Julius Manada Bio, el vicepresidente del consejo provisional de gobierno, su segundo. El capitán Strasser se larga a su vez ñona-ñona con la hucha, como un ladrón.

Y he aquí a Manada Bio en palacio, el 16 de enero de 1996, en el palacio de Lumbey Beach (esa es la residencia de los presidentes, de los señores de Sierra Leona). La ONU Y IOS estados de la CDEAO presionan a Manada Bio. Lo obligan a mantener el proceso electoral del 26 de febrero como lo prometiera Strasser. El 28 de enero comienza a negociar con una delegación de Foday Sankoh. Foday Sankoh no quiere elecciones democráticas. No las quiere en absoluto (pasa de ellas, tiene la región útil de Sierra Leona).

La primera vuelta de las elecciones presidenciales tiene lugar de todas maneras a pesar de las protestas de Foday Sankoh. Éste las fulmina (fulminar es «dejarse llevar por una violenta explosión de cólera, prodigarse en injurias y amenazas»). Antes de la conclusión de las negociaciones, no quiere elecciones libres, no quiere segunda vuelta. ¿Cómo impedir las elecciones libres? ¿Cómo impedir la segunda vuelta? Reflexiona acerca de ello, y cuando Foday reflexiona seriamente ya no consume tabaco, alcohol ni mujeres, ¡Walahe (en el nombre de Alá)!, se pone a régimen seco, se encierra en solitario durante días y días.

Al final del quinto día de ese régimen de drástico ayuno (drástico significa «de un rigor y severidad excesivos»), la solución le llega naturalmente a la boca, en forma de expresión lapidaria: «Si no hay brazos no hay elecciones». (Lapidaria significa «simple y concisa».) Eso era evidente: aquel que no tenía brazos no podía votar. (Evidente significa «de una certeza fácil de comprender, clara y manifiesta».) Es necesario cortar las manos al mayor número de personas, al mayor número de ciudadanos sierraleoneses. Es necesario cortar las manos a todo sierraleonés apresado, antes de devolverlo a la zona ocupada por las fuerzas gubernamentales. Foday dio las órdenes y los métodos, y las órdenes y los métodos fueron aplicados. Se procedió a las «mangas cortas» y a las «mangas largas». Las «mangas cortas» era cuando se cortaban los antebrazos del paciente en el codo, las «mangas largas» cuando se amputaban ambos brazos en la muñeca.

Las amputaciones fueron generales, sin excepción y sin piedad. Cuando una mujer se presentaba con su hijo a la espalda, se amputaba a la mujer y también al niño de pecho, cualquiera que fuese la edad del lactante. A los ciudadanos bebés había que amputarlos igualmente puesto que eran futuros electores.

Las organizaciones no gubernamentales que vieron afluir (afluir es «ir en masa, llegar en gran número») tanto a mancos de mangas cortas como largas, entraron en pánico y ejercieron presión sobre Manada Bio. (Entrar en pánico, según el Petit Robert, es «ser presa de miedo y angustia».) Manada Bio se alarmó, quiso negociar, necesitó una persona a quien Foday Sankoh pudiera escuchar. Una persona cuya autoridad moral fuera reconocida por todo el mundo. Fue a llamar a la puerta del sabio de África negra de Yamousoukro.

Ese sabio se llama Houphouét Boigny. Es un dictador, un respetable anciano blanqueado y

chamuscado, en primer lugar por la corrupción, luego por la edad y su mucha sabiduría. Houphouét se tomó las cosas en serio, era urgente (urgir significa «apremiar»). Houphouét envió a su ministro de Relaciones Exteriores, Amara, a recoger ñona-ñona a Foday Sankoh en su monte (monte significa «lugar poco accesible donde se agrupan los resistentes»), a la selva tropical impenetrable y salvaje.

Amara condujo intacto a Foday Sankoh en carne y hueso hasta el viejo dictador de Yamoussoukro. El viejo dictador lo besó en la boca y lo recibió con un lujo insolente (insolente significa «que por su carácter extraordinario aparece como un desafío a la condición del común de las personas».) Lo puso todo a su disposición, le dio mucho dinero y lo acogió con un lujo insolente que sólo un viejo y auténtico dictador puede ofrecer. Foday, que en toda su vida nunca había franqueado el umbral de un hotel de lujo; Foday, quien había vivido toda su vida duramente, sintió júbilo y se puso contento (sentir júbilo es «experimentar una viva alegría»). Foday tuvo de todo, en profusión, y consumió en profusión (en grandes cantidades) de todo. Consumió de manera profusa cigarrillos, alcohol, teléfonos sin hilo y sobre todo realizó un consumo desmesurado de mujeres. (Desmesurado significa «que supera la medida».) Foday, en esas buenas condiciones, aceptó el cese del fuego.

La segunda vuelta de las presidenciales se realizó de todas maneras. A pesar de las amputaciones de las manos de numerosos ciudadanos sierraleoneses, el pueblo llano de Sierra Leona se entusiasmó con el voto. Creían que el sufragio pondría fin a su martirio. (Martirio significa «pena cruel, gran sufrimiento físico y moral».) Fue una ilusión. Todo el mundo acudió a las urnas. Incluso los numerosos mancos, sobre todo los mancos. Los mancos votaron de todas maneras. Entraron en los cuartos oscuros con un amigo o un hermano para cumplir con su deber cívico.

Ahmad Tejan Kabbah fue elegido con el sesenta por ciento de los votos el 17 de marzo de 1996. El presidente elegido democráticamente se instaló en el palacio de Lumbey Beach. Y enseguida envió una delegación a Yamoussoukro para participar en las negociaciones.

Foday Sankoh no quiso reconocerlo. Para él no había habido elecciones y no había presidente. (Él pasaba de todo, tenía en su poder la Sierra Leona útil.)

Después de un mes de largas discusiones consiguieron hacerlo entrar en razones. Discutieron los puntos del comunicado final. Dicho comunicado se publicó. Foday Sankoh lo aceptó todo. Lo dejaron regresar al hotel de lujo insolente, al alcohol, los cigarrillos, las mujeres y el teléfono sin hilo.

Un mes más tarde, en una declaración estruendosa (estruendosa significa «que hace mucho ruido, que escandaliza»), lo rechaza todo. No acepta nada, nunca había reconocido las elecciones, nunca había reconocido a Ahmad Tejan Kabbah. Pondrá fin al alto al fuego.

Las negociaciones comienzan por segunda vez. Se ajustan (se llevan con precisión, con rigor). Acaban por dar frutos. Se discute largamente el comunicado final, punto por punto, coma por coma. El comunicado final es aceptado por Foday Sankoh con entusiasmo. Todo el mundo felicita a Foday Sankoh. El viejo dictador Boigny lo besa en la boca. Lo envían al hotel, al lujo insolente. Recupera sus costumbres, sus defectos, sus vicios. (Vicio significa «desarreglo en la vida sexual, desviación en relación con la moral».) Un mes después, paf, Todo vuelve a ser cuestionado. Foday nunca ha reconocido las elecciones, nunca ha reconocido a las autoridades surgidas de las elecciones. ¡Nunca, nunca reconocerá como presidente a Ahmad Tejan Kabbah! (¡Pasa de todo, tiene a la Sierra Leona útil!)

Aquellos que han participado en las negociaciones acuden (acudir es «ir corriendo, dándose prisa»). Las negociaciones se retoman penosamente. Discuten con fuerza y punto por punto todos los aspectos del acuerdo. Por fin llegan al comunicado final. Las discusiones son más ajustadas que nunca. Es para bien, por eso es preciso ponerse de acuerdo en todo, acerca de las menores disposiciones. Todo el mundo está contento. Las discusiones han sido difíciles, pero de todos modos se llegó a resultados definitivos.

¡Faforo (culo de mi padre)! Dos meses después, cuando se creía que todo estaba hecho, el alto al fuego, el proceso de las negociaciones, Foday sale a la superficie con una declaración atronadora. (Salir a la superficie, de acuerdo con el Larousse, es «emerger».) No está de acuerdo acerca de nada, no ha firmado nada, no reconoce nada: ni las elecciones ni al presidente. Sus combatientes reinician el combate. (¡Él pasa de todo, tiene a la Sierra Leona útil!)

Los negociadores acuden. Se dirigen al hotel Marfil, al palacio donde Foday Sankoh está alojado con todos sus vicios. ¡Foday no está! Lo buscan un poco por todas partes, en todos los lugares malfamados, en los más podridos de Treichville. (Treichville, barrio caliente de Abidján, capital de Costa de Marfil.) Foday no está. Se cree que ha sido secuestrado. Los policías van de cabeza. Todo el mundo teme por su vida. El dictador Houphouét Boigny está muy molesto. Es él quien lo acogió. Él es el responsable. Critica con dureza a su policía. Buscan y rebuscan. ¡Foday sigue sin aparecer!

Tres semanas más tarde, mientras proseguían las búsquedas, se supo que Foday Sankoh había sido arrestado en Lagos, Nigeria, por tráfico de armas. ¿Qué había ido a buscar a Nigeria? ¡Walahé! El dictador de Nigeria, Sani Abacha, es el enemigo jurado de Foday Sankoh. ¿Por qué éste ha ido a joderse a las fauces del caimán? ¿A las de ese caimán dictador llamado Sani Abacha?

Las explicaciones se encuentran en los celos entre ambos dictadores: el dictador Houphouét Boigny y el dictador Sani Abacha. Eran las tropas de Sani Abacha las que combatían en Sierra Leona y era en el país de Houphouét Boigny donde se desarrollaban las negociaciones de paz. Eran los compatriotas de Sani Abacha quienes morían en Sierra Leona pero en la prensa internacional se hablaba de Houphouét, y era a éste a quien se consideraba el sabio de África negra. Como dice un proverbio de los oscuros negros indígenas, era Sani Abacha quien estaba bajo la lluvia y era Houphouét Boigny quien sacaba los peces del río. O, como se dice en francés, era Houphouét quien sacaba las castañas del fuego. Para poner fin a esta situación, el dictador Sani Abacha tendió una verdadera emboscada a Foday Sankoh. Envío a Abidjan a un agente secreto que catimini propuso a Foday un negocio de primos (personas engañadas). El agente pidió a Foday Sankoh que subiera a Lagos en secreto. Sani Abacha lo recibiría para que discutiera en secreto con él las mejores condiciones para hacer salir de Sierra Leona a las tropas nigerianas del ECOMOG. Foday Sankoh se dejó pillar en la trampa. Cuando llegó a Lagos fue detenido como traficante de armas. Y encerrado, ¡crac, crac! Con doble llave. Una vez que Foday estuvo tras los cerrojos, eliminado, comenzaron a hablar de inmediato con sus segundos. Pensaban que éstos serían más maleables (maleable significa «dócil»). Pero sus segundos se negaron a colaborar. Rechazaron la menor discusión sin su líder. Y Foday desde la cárcel hizo oír el gran tambor de su voz. Ella es áspera y resonante, ella siempre dice no, no y no.

El dictador Sani Abacha, fastidiado y sin saber qué debía hacer con el fastidioso Foday Sankoh (de acuerdo con el Petit Robert, fastidioso significa «que molesta»), lo entrega a las autoridades

sierraleonesas, al presidente electo de Sierra Leona, Ahmad Tejan Kabbah. Kabbah pone a Foday Sankoh a régimen duro y seco. Lo encierra bajo doble cerrojo y le quita todo: las mujeres, los cigarrillos, el alcohol y las visitas. Foday sigue diciendo siempre no y no. No quiere comprender nada ni ceder en nada. Se llama al nuevo sabio de África, al nuevo decano venerable de los dictadores africanos, el dictador Eyadema. El viejo dictador Houphouët Boigny, que tenía esa función desde hacía varios lustros, había estirado la pata. (Estirar la pata es «palmarla».) Dejó tras él a sus derecho habientes, una de las fortunas más colosales de África negra, ¡más de tres billones y medio de francos franceses!

Ahora estamos en 1994, anticipemos (anticipar es «decir antes de tiempo»).

El nuevo sabio de África, el dictador Eyadema, hará que Foday Sankoh viaje a Lomé, la capital de Togo. Allí lo restablecerá en todos sus derechos y vicios. Le dará de todo: las mujeres, los cigarrillos, el teléfono sin hilo y la gran conferencia. Tendrá libertad de movimiento. Recomenzará las discusiones desde cero. El bandido Foday Sankoh dirá todavía no, siempre no. No querrá reconocer a las autoridades electas. No querrá el alto el fuego. No querrá nada. (Pasará de todo, tiene la Sierra Leona útil.)

Entonces el dictador Eyadema tendrá una idea genial, una idea mirífica. Dicha idea será activamente apoyada por los Estados Unidos, Francia, Inglaterra y la ONU. Esa idea consistirá en proponer un cambio en el cambio sin cambiar nada en absoluto. Eyadema, con el apoyo de la comunidad internacional ofrecerá al bandido Foday Sankoh el cargo de vicepresidente de la República de Sierra Leona, con autoridad sobre todas las minas que Foday Sankoh había adquirido por medio de las armas, con autoridad sobre la Sierra Leona útil que él ya tenía. Es decir, un gran cambio en el cambio sin cambio. Sin cambio en el estatuto del bandido: contra el bandido no se intentará proceso alguno. Sin cambio en la riqueza del bandido. En la medida en que habrá una amnistía general, Foday responderá sí, de inmediato sí y sí. No le romperán los oídos, no le tocarán los colones con historias judiciales, responderá sí. Reconocerá a las autoridades. Aceptará el alto el fuego. Aceptará el desarme de los combatientes de la libertad. ¡Qué lástima las «mangas cortas» y las «mangas largas», qué lástima los pobres desgraciados!

Fue así, fue a ese precio que el bandido Foday Sankoh regresó a Freetown con la doble corona de vicepresidente de la República Democrática y Unitaria de Sierra Leona y de administrador de las minas de Sierra Leona. Fue por medio de esa estratagema política como se consiguió poner fin a la guerra tribal en Sierra Leona. ¡Faforo (sexo de mi padre)! ¡Ñamokodé (bastardía)! Pero todavía no estamos ahí.

Todo eso llegó mucho después, bastante después. Después de que nosotros nos la jugáramos en la zona ocupada por Foday Sankoh y sus combatientes de la libertad. (Jugársela, de acuerdo con el Larousse, significa «llevar una vida de aventuras».) Y nosotros somos nosotros (es decir, Yacuba, el bandido cojo, el multiplicador de billetes de banco, el fetichista musulmán, y yo, Birahima, el niño de la calle, sin miedo ni tacha, the small soldier).

Íbamos en busca de la tía. Ella había abandonado Liberia, había querido ir a casa del tío de Sierra Leona. ¡Walahé!

Habíamos empezado a jugárnosla en esta zona, justo dos semanas después del 15 de abril de 1995. El 15 de abril es la fecha de la ofensiva relámpago de Foday Sankoh, que le permitió dejar

K.O. a las autoridades de Sierra Leona y echar mano a la Sierra Leona útil. A nosotros nos habían apresado los combatientes de la libertad, los del RUF, en la ciudad llamada Mile-Thirty-Eight, a unas treinta y ocho millas de Freetown. Freetown es la capital de ese jodido y maldito país de Sierra Leona.

El general amo absoluto del lugar y de los hombres que nos capturaron en Mile-Thirty-Elght se llamaba Tieffi. El general Tieffi se parecía a Foday Sankoh en todos los rasgos. La misma barba grisácea, el mismo gorro frigio de cazador, la misma alegría de vivir bien, las mismas sonrisas y carcajadas espeluznantes. (Espeluznante significa «que es extraordinario hasta el punto de disgustar».)

De inmediato quiso enviarnos al matadero, al sitio donde cortaban las manos y los brazos de los ciudadanos sierraleoneses para impedirles votar. Por suerte, Yacuba lo oyó. Se olvidó de sus funciones de grigri eficaz contra las balas y en cambio presentó su falso documento de identidad de ciudadano de Costa de Marfil. Tieffi se puso contento al sabernos de Costa de Marfil. Quería a Houphouét Boigny, el presidente de Costa de Marfil. Porque Houphouét Boigny era rico, sabio y había construido una basílica. Nos dijo que teníamos suerte, que si hubiéramos sido guineanos, aunque extranjeros, nos habrían cortado las manos de todas maneras, porque Guinea se inmiscuía en los asuntos internos de Sierra Leona. Yacuba se cuidó de ocultar muy bien nuestros documentos de identidad guineanos que había tenido el olfato de no presentar. (Olfato significa «aptitud instintiva para prever».)

A Yacuba lo enviaron, tranquilo, a las casas de los grigrimen donde se come bien. Se puso a trabajar. Hizo un grigri incomparable para el general Tieffi.

Yo, el niño de la calle sin miedo ni tacha, fui incorporado de inmediato a las brigadas de los niños soldado, con kalach y todo lo demás.

Quise convertirme en cachorro de licaón revolucionario. Éstos eran niños soldado encargados de las tareas inhumanas. Tareas tan duras como poner una abeja en los ojos de un paciente, dice un proverbio de los oscuros negros indígenas y salvajes. Tieffi con su desbordante sonrisa me preguntó:

—¿Sabes lo que es un licaón?

Respondí que no.

—Pues bien,, los licaones son perros salvajes que cazan en bandas. Se lo comen todo, padre, madre, todo, todo. Cuando terminan de repartirse una víctima, cada licaón se retira para limpiarse. Aquel que regresa con sangre sobre el pelaje, aunque sea sólo una gota de sangre, es considerado como herido y los demás se lo zampan de inmediato. De eso se trata. ¿Has espabilado? No tienen piedad. ¿Tienes madre?

—No.

—¿Tienes padre?

Respondí que no una vez más.

Tieffi soltó una carcajada.

—No tienes suerte, pequeño Birahima, nunca podrás convertirte en un buen cachorro de licaón revolucionario. Tu padre y tu madre ya están muertos y bien enterrados. Para convertirse en un buen cachorro de licaón revolucionario es necesario en principio matar con las propias manos, ¿me comprendes, con tus propias manos?, matar a uno de tus propios padres (padre o madre) y luego ser

iniciado.

—Podría ser iniciado como todos los cachorros de licaón.

Otra vez soltó una carcajada y declaró: No y no. No eres un mendé, no comprendes el mendé, eres un malinké. Las ceremonias de la iniciación se bailan y cantan en mendé. Al final de la ceremonia el joven iniciado consume una bola de carne. Esa bola es preparada por los hechiceros con muchos ingredientes y seguramente con carne humana. A los malinkés les repugna (repugnar es «experimentar aversión, disgusto») tragarse esa bola, a los mendés no. En las guerras tribales se necesita un poco de carne humana. Eso endurece el corazón y protege contra las balas. La mejor protección contra las balas que silban es tal vez un poco de carne de hombre. Yo, Tieffi, por ejemplo, nunca voy al frente, nunca voy al combate sin una calabaza (un cuenco) de sangre humana. Una calabaza de sangre humana revitaliza, te vuelve feroz, te vuelve cruel y te protege contra las balas que silban.

La iniciación del cachorro de licaón se realiza en un bosque. El iniciado lleva faldas de rafia, canta, baila y corta con fuerza las manos y los brazos de los ciudadanos sierraleoneses. Después consume una bola de carne, una bola de carne que seguramente es carne humana. Esa bola sirve de delicada y deliciosa comida de final de fiesta a los iniciados. ¡Ñamokodé (mi puta madre)!

Yo no podía formar parte del círculo de los niños soldado elegidos, los cachorros de licaón. No tenía derecho a la doble ración de alimento, a las drogas en cantidad, y al salario triplicado de los licaones. Yo era un pringado, un golfo.

Estaba en la brigada que tenía a su cargo la seguridad de las minas. Quienes trabajaban en las minas eran semiesclavos. Se les pagaba, pero no tenían libertad de movimiento.

Volvamos al gobierno, a la política general de ese jodido país de malditos y de cacabas (locos).

Ahmad Tejan Kabbah fue elegido con el sesenta por ciento el 17 de marzo de 1996. El presidente elegido democráticamente se instaló en el palacio Lumbey Beach el 15 de abril. En dicho palacio se encontró solo ante su destino, es decir, como todos los presidentes democráticamente electos, solo ante el ejército sierraleonés. Los fantasmas de todos los predecesores que se fugaron o que fueron asesinados en ese lugar frecuentan el palacio. No puede dormir, sólo duerme con el sueño del cocodrilo, con un ojo abierto a medias. Reflexiona mucho acerca de los medios necesarios para dar fin al enojoso enfrentamiento con el caprichoso ejército sierraleonés. (Enojoso, «que resulta molesto».)

Ahora bien, desde el siglo X en Sierra Leona, al igual que en todos los países de África occidental, se encuentra una francmasonería (francmasonería significa «asociación esotérica e iniciática») que agrupa a los cazadores, esos grandes iniciados, esos poderosos magos y adivinos, es el Kamajor. El presidente piensa en el Kamajor esa asociación de cazadores tradicionales y profesionales. Los hace visitar el palacio. Kabbah conversa seriamente con los cazadores. Los cazadores aceptan ponerse al servicio del palacio. Los antiguos fusiles de un solo cartucho de los cazadores son reemplazados por modernos kalachnikov. A partir de ese día, Kabbah, el presidente electo puede dormir con los ojos completamente cerrados, dormir el sueño del hijo de la lechera. (El hijo de la lechera duerme en paz porque sabe que pase lo que pase siempre tendrá leche.) Desde aquel día en el país hubo dos bandos y cinco protagonistas. En el primer bando, el poder democráticamente elegido, el ejército sierraleonés al mando del jefe del estado mayor Johnny

Koroma, el ECOMOG (las fuerzas de interposición que no se interponen) y el Kamajor o los cazadores tradicionales. El segundo bando estaba constituido por el RUF de Foday Sankoh. En otras palabras: todo el mundo contra Foday Sankoh. Había cinco protagonistas y dos bandos. Pero cada protagonista iba y venía en esa vasta Sierra Leona. Cada protagonista oprimía al pueblo sierraleonés hasta la última gota. (Oprimir es «explotar».)

Estábamos en Mile-Thirty-Eight. (Nosotros, es decir, el bandido cojo y yo, el niño de la calle sin miedo ni tacha.) En el feudo del RUF, en el feudo de Foday Sankoh.

Una noche, desde la salida de la luna, comenzaron a producirse cuchicheos y silbidos en las selvas de los alrededores y en los accesos a las barracas. Los centinelas dispararon. Nadie les hizo caso. Todo el mundo siguió durmiendo con el sueño del campeón de lucha senegalés que ha vencido a todos los de su generación. Disparos los había todas las noches, porque todas las noches había ladrones que merodeaban en torno a las minas. Esos disparos esporádicos no detuvieron los cuchicheos. (Esporádico significa «que existe de tanto en tanto».)

Con las primeras luces del alba en torno al pueblo nutridos disparos de kalachnikov se hicieron oír al mismo tiempo que resonaban los cánticos de los cazadores repetidos a coro por miles de voces. Estábamos cercados y atacados por los kamajors. Habían llegado durante la noche y nos habían rodeado a su manera, antes de lanzarse al asalto con el amanecer. Nos habían sorprendido. Nosotros sabíamos que las balas no atravesaban a los cazadores. Los soldados niños de la brigada gritaban por todas partes, enloquecidos: «¡Las balas no los atraviesan! ¡Las balas no les importan nada!» Y la gente huía en desbandada, en un sálvese quien pueda gigante, un gran follón. Antes del mediodía cerraron todos los caminos. ocuparon todas las instalaciones. Nuestros jefes habían desaparecido.

Los cazadores, los kamajors organizaron una fiesta como lo hacen siempre después de una victoria. Tenían fusiles kalachnikov, eso es lo único moderno que tenían. Sus ropas consistían en túnicas a las cuales habían enganchado millares de amuletos, grigrís, garras y pieles de animales, y todos ellos estaban tocados con gorros frigios. Cantaban a voz en grito y bailaban disparando al aire.

Después de la fiesta ocuparon el lugar, las barracas, las minas. Y nos reagruparon a nosotros, los prisioneros. Yo era un prisionero al igual que mi protector, Yacuba. Éramos prisioneros de los kamajors.

El asalto de los cazadores tradicionales y profesionales costó la vida a seis niños soldado. Me impongo el deber de decir la oración fúnebre de uno de esos seis, de aquel que era mi amigo. Por la noche, en la barraca, tuvo la oportunidad de contarme su itinerario. (Itinerario significa, de acuerdo con el Petit Robert, «el trayecto seguido por alguien».) Digo la oración fúnebre sólo para él porque no estoy obligado a decir las oraciones fúnebres de los demás. No estoy obligado, así como Alá no está obligado a ser siempre justo en todas sus cosas.

Entre los muertos estaba el cuerpo de Johnny el Rayo.

¡No es broma, de verdad que no es broma! A él, a Johnny el Rayo lo perdió el ñusu-ñusu de su maestra, que lo condujo a los niños soldado. (Ñusu-ñusu significa, de acuerdo con el Inventario de las particularidades..., «el coño, el sexo de la mujer».) Sí, fue el sexo de su maestra quien lo condujo a los niños soldado. Y he aquí como fueron las cosas.

El verdadero nombre de Johnny el Rayo era Jean Bazon. Se llamaba Jean Bazon cuando estaba en

la escuela de Man, antes de ingresar en los niños soldado. En el curso elemental dos había una tarima. El escritorio de la maestra se encontraba sobre la tarima. Hacía calor, mucho calor, y la maestra se dejaba llevar, tomaba aire en la entrepierna, abría las piernas. Demasiado ampliamente las abría. Y los niños se divertían pasando por debajo de los pupitres para admirar el espectáculo que se les ofrecía. Todas las ocasiones eran buenas. Reían durante los recreos a mandíbula batiente (significa «ruidosamente, sin contención»).

Una mañana, en plena clase, el lápiz de Jean cayó. De manera natural, sin ninguna mala intención (en absoluto), se agachó para recoger el lápiz. Pero ese día no era su día de suerte, ésa era la ocasión que esperaba la maestra. Acababan de informarla, o ella acababa de descubrir la maniobra. Se puso histérica, rabiosa. (Histeria significa «gran excitación llevada hasta el delirio».) «¡Vicioso! ¡Guarro! ¡Vicioso!», gritaba. Y valió todo: la regla, las manos, los pies. La maestra golpeó con violencia a Bazon, como una bruta. Jean Bazon huyó. La maestra lanzó en su persecución a un patoso llamado Touré. Jean Bazon se detuvo a unos cien metros, cogió una piedra y, ¡pam!, la envió directa a la cara de Touré. Touré cayó, cayó como un fruto maduro, cayó muerto. Jean siguió su loca carrera hasta la casa de su tía. «He matado a un compañero, he matado a alguien.» La tía, enloquecida, ocultó a Jean en casa de un vecino. La policía acudió a buscar al joven delincuente. «No se le ha visto aquí desde ayer», dijo la tía.

Por la noche Jean abandonó la ciudad de Man para refugiarse en un pueblo vecino en el camino hacia Guinea. Allí pudo coger de incógnito un camión para ir a N'Zérékoré, en Guinea, a casa de un tío. (Incógnito significa «sin darse a conocer».) El viaje no fue tranquilo. El camión fue detenido por los cortadores de camino con kalach en la frontera liberiano-guineana. Y los cortadores de camino lo cogieron todo. Incluso se quedaron con las piezas del camión. En ese momento llegaron los guerrilleros. Los cortadores de camino se dieron a la fuga. Los pasajeros fueron recuperados por los hombres de la guerrilla y conducidos a su campamento. Los guerrilleros preguntaron a los pasajeros quiénes eran los que deseaban regresar a Man, que estaba a dos días de marcha, caminando. Bazon se dijo: «Yo a Man, nunca, nunca, quiero ser un soldado niño». Y así fue como Jean Bazon entró en los niños soldado, donde se convirtió en Johnny el Rayo.

Cómo fue que Jean Bazon se convirtió en Johnny el Rayo es otra historia, y una larga historia. No quiero contarla porque no estoy obligado a hacerlo. El cuerpo de Johnny el Rayo estaba acostado ahí, y eso me hacía daño, mucho daño. Lloraba a lágrima viva al ver a Johnny tirado, muerto de esa manera. Y todo porque las balas no atraviesan a los cazadores y porque Johnny no supo un poco antes que eran los cazadores quienes atacaban. ¡Walahé! ¡Walahé! Bis; milai ramilai (en el nombre de Alá el clemente y el misericordioso)!

En Mile-Thirty-Eight había chicas y mujeres. Las mujeres cocinaban, las chicas eran niños soldado como nosotros. Las chicas constituían una brigada especial. La brigada estaba al mando de una zorra matrona rápida con la metralleta (matrona, «mujer corpulenta de modales vulgares»). Se llamaba la hermana Hadja Gabrielle Aminata.

La hermana Hadja Gabrielle Aminata era un tercio musulmana, un tercio católica y un tercio fetichista. Tenía el grado de coronel porque contaba con una gran experiencia en niñas, por haber hecho la ablación a casi mil de ellas durante unos veinte años. (Hacer la ablación, es, en el transcurso de la iniciación, amputar el clítoris a las niñas.)

Las niñas estaban reagrupadas y vivían en un antiguo colegio de señoritas y en el internado de Mile-Thirty-Eight. El conjunto reunía una decena de edificios construidos sobre una concesión rectangular. (Concesión significa «terreno, cercado o no, que sirve para vivienda», de acuerdo con el Inventario de las particularidades léxicas...) La concesión estaba limitada, en cada uno de los ángulos, por un puesto de combate sostenido día y noche por niñas soldado. La totalidad estaba demarcada, y el conjunto rodeado de estacas rematadas en calaveras. Es la guerra tribal la que lo quiere así. Era una especie de pensionado donde la hermana Aminata hacía que reinase una disciplina de hierro.

La diana tenía lugar a las cuatro de la madrugada. Todas las niñas hacían sus abluciones (lavado del cuerpo para la purificación religiosa) y emprendían la plegarla musulmana, fuese la interna musulmana o no. Porque madrugar revitaliza a las niñas y las abluciones matinales eliminan el persistente olor a pipí que exhalan siempre las niñas oscuras negras e indígenas. Después de la plegarla colectiva pasaban a las tareas de limpieza del establecimiento, y luego a los ejercicios físicos seguidos de sesiones de instrucción con armas. La hermana Aminata vociferaba mucho durante las sesiones de instrucción con armas y zamarreaba a las niñas que maniobraban de manera remolona. (Maniobrar es «manejar de una manera que haga funcionar».) Después, todas las niñas se alineaban y, marcando el paso, iban hasta el río mientras cantaban marchas patrióticas sierraleonesas. Allí todo el mundo se metía en el agua jugando. Regresaban al campo atrincherado marcando el paso y cantando canciones patrióticas, tal como habían ido. Después de la comida las niñas pasaban a la rutina: curso de alfabetización, de costura y de cocina. La hermana Aminata, armada con el kalach, tenía el ojo puesto en todo.

Durante su rica carrera de extirpadora de clítoris, la hermana Gabrielle Aminata se había negado, negado rotundamente, a practicar la ablación a toda niña que hubiese perdido la virginidad. Por eso durante este turbio período de la guerra tribal, se le había metido en la cabeza proteger la virginidad de las niñas en espera del retorno de la paz a la bien amada patria de Sierra Leona, pasara lo que pasase. Y esa protección la consumaba con el kalachnikov. Esa misión de protección de la virginidad con el kalach era consumada con gran rigor y sin el menor atisbo de piedad. Para las niñas de la brigada ella era una suerte de hermana mayor y madre. Era celosa y protegía a las niñas de la brigada contra todo acercamiento y proximidad, incluso el de aquellos jefes como Tieffi. Y ametrallaba a las chicas que se dejaban llevar. Y ametrallaba sin piedad a quienes violaban a las chicas.

Un día descubrieron a una niña violada y decapitada en un lugar situado entre tres campamentos de trabajadores de las minas. Acabaron sabiendo que la desgraciada se llamaba Sita y que tenía ocho años. Sita había sido asesinada de una manera que era mejor no ver, abominable. Incluso una persona que vive en medio de la sangre, como la hermana Hadja Gabrielle Aminata, lloró a lágrima viva al verla.

Buscaron de inmediato al responsable del crimen, durante una semana, durante una semana entera. En vano, de las investigaciones no salió nada. (Investigaciones significa «búsquedas atentas y continuadas».)

A principios de la semana siguiente las cosas comenzaron a ponerse feas. Los trabajadores de los tres campamentos que se aventuraban fuera de sus moradas durante la noche para satisfacer necesidades apremiantes no regresaban más, nunca más. A la mañana siguiente se los encontraba

muerdos, asexuados (sin sexo) y decapitados, como la desgraciada Sita, y además sosteniendo un mensaje: «Por el dja, el alma vengativa de Sita». Los habitantes de los campamentos enloquecieron. Se enviaron niños soldado para protegerlos. Pero nada detuvo las matanzas. Los niños soldado cada noche resultaban reducidos por gente enmascarada que acudía para llevarse a los moradores de los campamentos. Los secuestrados se encontraban a la mañana siguiente asexuados y decapitados, como la pequeña Sita, con el mensaje de regalo: «Por el dja de Sita».

Los obreros hicieron huelga, algunos fueron a refugiarse a otros campamentos vecinos. Pero. eso no fue suficiente, eso no funcionó: la muerte les pisaba los talones allí donde fueran.

Eran los tiempos del general Tieffi. Y el general Tieffi, que era el amo absoluto de hombres y tierras, llevó adelante su propia investigación, y acabó por comprender. Convocó en asamblea a los ocupantes de las barracas. Invitó a esa asamblea a la hermana Gabrielle Aminata y a sus más cercanas colaboradoras. Todas ellas llegaron con sus kalachnikov, la coronel vestía de hadja, es decir, con la ropa de una mujer musulmana que regresa de La Meca. Llevaba el fusil bajo la tela de sus muchas prendas. Es la guerra tribal la que lo quiere así.

Discutieron duro durante toda una tarde. A la caída del sol, los habitantes de las barracas acabaron por elegir de entre todos ellos a un pobre desgraciado. Ése era el responsable de la muerte de la pequeña Sita. Era él y no otro cualquiera. Lo entregaron a la hermana Gabrielle Aminata. Lo que ella hizo con el pobre desgraciado no necesita ser dicho. No estoy obligado a desvelarlo todo en este blablablá, ¡fáforo (bangala del papá)!

Cuando los kamajors llegaron a Mile-Thirty-Eight, algunos de ellos, al ver a tantas muchachas vírgenes reunidas en un solo lugar, babearon de ganas, saltaron de alegría. Había allí muchas doncellas casaderas. La hermana Gabrielle Aminata enseguida se hizo recibir en audiencia por el general maestro cazador que tenía el mando del regimiento de los cazadores. Ella le explicó que no había jóvenes casaderas, sino niñas a mantener en el buen camino. Que ella quería salvaguardar la virginidad de todas sus pupilas hasta que llegara la paz. Cuando la paz llegase, ella les iba a practicar la ablación antes de devolverlas a sus familias. Entonces estarían preparadas para unas bodas decentes («decorosas, convenientes», de acuerdo con el Petit Robert). Ella estaba en guardia. Ella daría muerte sin intimidación y sin piedad a todo cazador que intentase deshonar a una de sus niñas. La amenaza provocó las carcajadas de los cazadores libidinosos. (Libidinoso, «que busca los placeres sexuales sin pudor, y de manera constante».)

Un día una niña se aventuró fuera del recinto, iba a acompañar a su madre que acababa de visitarla. Cazadores libidinosos la pillaron, la detuvieron, la condujeron a un cacaotal. En el cacaotal la violaron, en una violación colectiva. La hermana Aminata encontró a la niña abandonada y en medio M charco de su propia sangre. La niña se llamaba Mirta y tenía doce años. La hermana Gabrielle Aminata fue a ver al generalísimo maestro cazador y comandante de todos los cazadores de Sierra Leona. El generalísimo prometió una investigación. Pero ésta no avanzaba. Día y noche un cazador rondaba (dar vueltas sin objetivo preciso) junto al cuartel de las niñas. La hermana Aminata sospechó mucho de él. Lo hicieron caer en el lazo. (Hacer caer en el lazo es «atraer, seducir».) Hicieron salir a una niña, ella se puso a gandulear alrededor del cuartel. El cazador, amenazándola con el kalachnikov la condujo al cacaotal. Y en el momento en que el libidinoso iba a arrojar sobre la gandula, chicas fuertemente armadas salieron de la selva y lo arrestaron. Torturaron al cazador y

lo hicieron confesar. Había participado, y muy bien que había participado, en la violación colectiva de Mirta. La hermana Aminata Gabrielle lo hizo callar con una ráfaga, de manera definitiva. Arrojaron el cuerpo por encima de la muralla, en una calle cercana, gritando a quien quisiera oír: «¡Este ha participado en la violación de Mirta!». (Gritar a quien quisiera oír es «gritar sin dirigirse a una persona en particular».) Los cazadores, al ver el cuerpo de su compañero, formaron un escándalo (denunciar algo como irritante, insoportable). Se rebelaron y se dirigieron al campamento fortificado de la hermana Gabrielle. La sitiaron noche y día. Tres veces en una sola noche la hermana Gabrielle en persona salió al campo fortificado y sembró el terror entre los cazadores. En cada salida mató al menos a tres cazadores. Los cazadores encolerizados regresaron con una ametralladora montada sobre un vehículo. La hermana Aminata, en sus vestiduras de hadja con el kalachnikov en la mano, pudo arrastrarse hasta el vehículo, subir a él y matar al hombre que servía el arma. Pero un cazador emboscado disparó contra ella. Cayó muerta. Había muerto como una valiente.

El cuerpo de la hermana Aminata Gabrielle puso a la asociación de cazadores sierraleoneses en una situación por demás embarazosa. La hermana Aminata Gabrielle era una mujer, pero una mujer que había muerto como heroína de guerra. El código de honor de los cazadores exige que quienes mueren como héroes de guerra sean tratados como maestros cazadores, y sean enterrados con los honores de los maestros cazadores. Ahora bien, por regla general, una mujer no podía ser enterrada como un maestro cazador. El problema fue expuesto al generalísimo de los cazadores. Su respuesta no tuvo ambigüedad alguna (fue inequívoca, sin oscuridad). Aunque mujer, ella había sostenido un sitio de dos semanas contra dos regimientos de cazadores; había matado a nueve cazadores en salidas nocturnas de combate y había muerto sobre un vehículo artillado. Merecía ampliamente los funerales de los héroes, de los maestros cazadores. Y ello, fuera cual fuese su sexo.

Ésa es la razón por la cual la hermana Aminata tuvo funerales de maestro cazador, de gran maestro cazador.

A partir del momento en que estuvo considerada como maestro cazador, se le atribuía la posesión de muchas nyamans. (Nyamans significa «las almas vengativas de las personas y de los animales que se mataron».) Era necesario recogerlos y se los recogió en una pequeña calabaza. El sora, el griot de los cazadores, acudió para declamar la oración fúnebre. Los cazadores por orden de antigüedad dieron la vuelta en torno al cadáver. Mientras el sora cantaba versículos esotéricos, los cazadores siguieron dando vueltas en torno al cadáver con el fusil de un solo tiro dispuesto en diagonal sobre el pecho y marcando el ritmo del cántico con movimientos de torso, ora a la izquierda, ora a la derecha.

Acabada la danza, el cadáver fue inmediatamente llevado al borde de la tumba. Tres maestros cazadores fueron a inclinarse sobre la tumba de la hermana Aminata. Le extrajeron el corazón, que guardaron. Salieron de la ceremonia llevando el corazón. Y fuera ya de la ceremonia frieron el corazón (freír significa «cocer en aceite») y lo pusieron en un baño de aceite en el interior de un cacharro (cacharro significa «recipiente de barro cocido»). Y el cacharro fue herméticamente cerrado y enterrado en el suelo.

Tan pronto como los tres maestros cazadores se marcharon, los cazadores se despidieron de la hermana Hadja Gabrielle Aminata, la extirpadora de clítoris, la valiente que había sido enterrada con los honores de maestro cazador. Todos los cazadores se despidieron de ella descargando los fusiles de un solo tiro en una fosa paralela a la tumba. Acción que produjo una extraordinaria nube de humo.

Mientras la tumba se mantuvo humeante y todo el mundo estaba perdido en medio del humo, echaron tierra sobre el cuerpo de la hermana Aminata Gabrielle.

Con el crepúsculo comenzó el velatorio en el lugar donde había vivido la hermana Aminata Gabrielle. En el transcurso del velatorio los cazadores hablaron de la difunta como si todavía estuviera viva. Cuarenta días después del deceso, tuvo lugar un rito destinado a purificar y refrescar el alma de la difunta: la calabaza fue quemada.

Cada año, entre principios de marzo y finales de mayo, la cofradía de los cazadores organiza el donkun cela. El donkun cela o rito de las encrucijadas es la fiesta más importante de la cofradía. Cuando termina la comida se desentierran los dagas conons. Los dagas conons son los cacharros que contienen los corazones fritos de los valientes cazadores. La asamblea de los cazadores se come dichos corazones, en secreto. Eso proporciona pasión y valentía.

Por esa razón se dice, todo el mundo dice, que el corazón de la hermana Aminata Gabrielle, coronel del ejército sierraleonés, ha servido como postre delicado y delicioso de un final de fiesta bien regado. (Comida bien regada significa «comida en cuyo transcurso se ha bebido mucha cerveza de mijo».) ¡Faforo! iÑamokodé!

Seis

Desde el momento en que los cazadores tradicionales y profesionales echaron mano a la región de Mile-Thirty-Eight, nosotros y la felicidad ya no estuvimos en el mismo pueblo. (Es así como dicen los indígenas oscuros negros africanos para contar que han perdido la felicidad.) Nosotros quiere decir el bandido cojo Yacuba, el grigriman, el multiplicador de billetes y yo, vuestro servidor, el niño de la calle sin miedo ni tacha. Nos quitaron todo revisándonos hasta los calzoncillos. Cuando llegaron a los calzoncillos de Yacuba, en vez de descubrir un gran culo dieron con las bolsitas que contenían diamantes y oro. Era ahí, debajo del bubú y en el pantalón bombacho donde Yacuba, el bandido cojo, guardaba sus ahorros. Yo también. Al revisar mi calzón encontraron igualmente oro y diamantes. Pero no era nada en comparación con lo de Yacuba, que había terminado pareciéndose, cuando caminaba, a alguien que tiene grandes testículos con hernias, una voluminosa hernia. (Hernia significa «tumefacción formada por un órgano parcial o totalmente salido de lugar».) De tantas pero que tantas bolsas que tenía alrededor de la cintura y en el pantalón bombacho. Los cazadores se lo quitaron todo, nos lo quitaron todo.

Nos encerraron en corrales. Éramos muchos, soldados, niños soldado y hasta mujeres. Éramos muchos, toda esa legión de muertos de hambre que sigue a las tropas de las guerras tribales para conseguir un trozo de mandioca que roer.

Nos encerraron en un corral donde no nos daban de comer. Llegamos a gritar de hambre. Yacuba hizo valer su oficio de grigriman. No fue suficiente, no funcionó. Como cada vez teníamos más hambre y gritábamos cada vez más fuerte y ellos no encontraban nada para darnos de comer, nos liberaron. Después de los interrogatorios sumarlos nos liberaron. Estábamos libres, sin la pasta y sin armas para oprimir a la población.

Los cazadores tradicionales no tenían necesidad de Yacuba el grigriman, todos ellos eran grigrimen. Yo también estaba libre. Los cazadores profesionales y tradicionales, los kamajors no necesitaban niños soldado. Su código les prohibía utilizar niños en la guerra. Para participar en la guerra junto a ellos era necesario ser iniciado como cazador. De manera que por primera vez, nosotros (Yacuba y yo), nos enfrentábamos a la realidad, a la precariedad de la guerra tribal.

Fue en esta situación donde pude admirar la desenvoltura de Yacuba para defenderse en la precariedad. Habíamos dejado Mile-Thirty-Eight para dirigirnos a Freetown. Allí, él cogió tres troncos de árbol y un poco de paja, montó una choza. (Choza, según el Inventario... es «una construcción ligera».) Se instaló en su interior como fetichista, como grigriman hábil en convertir en agua las balas sibilantes. El comienzo fue difícil. Yo hacía de coadjutor. (Coadjutor significa «ayudante de un fetichista».) Pero al fin comenzamos a tener nuestros pedazos de mandioca que comer. No estábamos en un hotel de cuatro estrellas, pero de todas maneras teníamos a diario donde hincar el diente. Fue en ese momento cuando todo llegó, demostrando una vez más que Alá nunca duerme, que vela sobre toda la tierra, que vela sobre los desgraciados como nosotros.

Habían acabado por encontrar un equilibrio entre los hombres del demócrata Tejan Kabbah y los de los cuatro bandoleros que pirateaban en Sierra Leona: los hombres del bandido general nigeriano,

comandante de las fuerzas del ECOMOG, los del bandido comandante de las fuerzas sierraleonesas, los del bandido Foday Sankoh y los del bandido Higham Norman, ministro de Defensa y comandante de los karnajors, los cazadores tradicionales. Sí, había un equilibrio entre todos esos combatientes distintos, esas distintas bandas, cuando el FMI metió las narices allí adentro. El equilibrio se había establecido sobre unos efectivos de ochocientos cazadores tradicionales, quince mil soldados, veinte mil guerrilleros de Foday Sankoh y un número secreto de hombres del ECOMOG. Los soldados del ejército regular recibían una asignación mensual de cuarenta mil sacos de arroz que constituía una parte de su sueldo y un dólar por recluta (recluta significa «soldado»). Los cazadores tradicionales tenían una asignación mensual de veinte sacos de arroz. El FMI descubrió (¡Walahé! ¡Los banqueros no tienen piedad, no tienen corazón!) que los militares tragaban demasiado arroz, salían demasiado caros a la comunidad internacional. Y el FMI quiso reducir el número de soldados de quince a siete mil, y la asignación mensual de cuarenta mil sacos a treinta mil. Los militares protestaron y juraron por todos sus dioses que no comían en exceso. Sólo que, cuando comenzaban a tragarse su humilde ración de arroz, los miembros de sus familias y sus conocidos tenían la fastidiosa costumbre de encontrarse en el lugar, allí donde ellos masticaban. Y a causa de la vieja solidaridad africana, la ración de arroz se repartía entre un número infinito de consumidores. El FMI no tenía en cuenta la solidaridad africana en un jodido país como Sierra Leona. Y los militares debían decir la última palabra. Éstos se negaron a reducir sus efectivos, se negaron categóricamente a descender por debajo de los treinta y cuatro mil sacos mensuales de arroz.

Para encontrar y servir los cuatro mil sacos suplementarios de arroz (la diferencia entre treinta y cuatro mil y treinta mil), el pobre gobierno democrático del pobre Tejan Kabbah se vio obligado a aumentar el precio de los combustibles en todo el país. Y el aumento del precio de los combustibles no reportó gran cosa. El primer mes pudo pagar tres mil sacos de arroz, el segundo no llegó más que a dos mil, y el tercero, el mes de mayo de 1997, no obtuvo más que el precio de quinientos sacos. Quinientos sacos. Después de que se sirvieran los oficiales, no quedó nada para la soldadesca. Las consecuencias no se hicieron esperar: el 25 de mayo estalló el cuartelazo. (Cuartelazo significa «sublevación, golpe de un grupo armado».) Ese 25 de mayo estalló el golpe con tanta mayor facilidad por cuanto había desviacionismo étnico por parte de Tejan Kabbah. (Desviacionismo significa que el gobierno de Kabbah favorecía a la etnia mendé.)

Al alba del 25 de mayo comenzaron los enfrentamientos mortíferos entre las tropas del ECOMOG y los elementos del ejército regular de Sierra Leona. Luego, todo Freetown ardió. El presidente electo Tejan Kabbah saltó, djona-djona, a un helicóptero del ECOMOG. El helicóptero lo llevó a Conakry, capital de Guinea, junto al dictador Lassana Conté, donde había más tranquilidad. Allí tuvo un tiempo formidable para pedir a los estados miembros de la CDEAO la restitución del poder. Y había hecho bien en levantar el campamento (levantar el campamento es «darse a la fuga»). Porque después de su salida, en Freetown todo el mundo disparó contra todo el mundo. Desde el mar, las naves del ECOMOG de Nigeria martillaron el gran follón. El bombardeo duró dos días y consiguió el mejor de los golpes de estado, es decir, el más mortífero de ese jodido país, de Sierra Leona, que viera tantos otros: cerca de cien muertos. Después de dos días de matanza, las cosas se organizaron. La nueva junta (consejo militar revolucionario) disolvió el parlamento, suspendió la constitución, prohibió los partidos políticos e instituyó el toque de queda. La junta instaló el gobierno

del consejo revolucionario de las fuerzas armadas (AFRIC).

Los golpistas (grupo de personas armadas que se apoderan del gobierno) adoptaron como jefe, como presidente, a Johnny Koroma. Johnny Koroma aceptó. Lo liberaron de la cárcel donde estaba encerrado a consecuencia de una primera tentativa de golpe de estado. Como vicepresidente designaron a Foday Sankoh, y Foday Sankoh, desde la cárcel en Nigeria, pidió a sus guerrilleros perdidos en la maleza y en la selva que obedecieran a la junta.

Entonces, tras la designación de Foday Sankoh como vicepresidente, la comunidad internacional, unánime, reaccionó mal, muy mal, en contra del golpe de estado. Todo el mundo estaba harto de esta jodida Sierra Leona de todas las desgracias.

A partir del 27 de mayo, el Consejo de Seguridad, a manera de conclusión de sus deliberaciones, «deplora con energía esta tentativa de derrocamiento y exige que se restablezca el orden constitucional inmediatamente». Y el hecho de mayor importancia: el Consejo de Seguridad lanza un «llamamiento a todos los países africanos y a la comunidad internacional para que se abstengan de reconocer al nuevo régimen y para que no apoyen a los autores del golpe de estado de ninguna manera».

La trigésimo tercera cumbre de los jefes de estado y de gobierno de la OUA (Organización de la Unidad Africana) que tiene lugar en Harare, Zimbabwe, entre el 2 y el 4 de junio, en su resolución final condena el golpe de estado del 25 de mayo y exige que la crisis sea resuelta en el marco de la CDEAO.

Y la CDEAO es Nigeria. Nigeria, es decir, el dictador de Nigeria, el bandido criminal Sani Abacha. Sani Abacha, quien estaba harto de ese desastre de país que era Sierra Leona, más que ninguna otra persona en el mundo entero. Sani Abacha, marginado de los jefes de estado después del asesinato de los representantes del pueblo ogoni (marginar es «declarar indigno, denunciar para el desprecio público»), Sani Abacha, marginado y con necesidad de rehacer su virginidad (esto es, «recuperar la inocencia perdida y comenzar de nuevo por el buen camino»), Sani Abacha, el dictador criminal de Nigeria que quiere convertirse en un líder subregional (líder significa “Jefe de bando”), Sani Abacha, que quiere tener el papel de gendarme de África occidental. Por todas esas razones, Sani Abacha envió numerosas naves de guerra a las aguas territoriales de ese jodido país de Sierra Leona. Y sus barcos martillearon la ciudad de Freetown, la capital mártir de ese jodido país.

La Nigeria del ECOMOG había creído que podría hacer arrodillarse al AFRIC en una semana de paseo militar, tres como mucho. Pero fue un error. Johnny Koroma y el RUF, convertidos en una sola fuerza, resistieron a pesar de los daños, de las destrucciones masivas operadas por las fuerzas del ECOMOG.

El 13 de junio Johnny Koroma se dirigió a los cazadores tradicionales, los kamajors. En nombre de la patria, Sierra Leona, les pidió que enterraran el hacha de guerra y combatieran junto al AFRIC contra las fuerzas de ocupación nigerianas. Como respuesta a Johnny Koroma, el 27 de junio, los karnajors, armados con lanzacohetes y granadas, atacaron en tres puntos diferentes al 3 S' batallón de la ciudad de Koribundu, a doscientos kilómetros al sudeste de la ciudad de Freetown. La violencia del ataque obligó a la junta a enviar refuerzos militares hacia Koribundu, desde Bó y Moyamba. Igual que en Koribundu, en todos los distritos del este y del sur se produjeron enfrentamientos mortíferos. La alianza formal entre el RUF y el AFRIC contra los nigerianos y los karnajors agravó la anarquía, y

dio unos buenos argumentos al RUF que hasta entonces se oponía a todo compromiso. La comunidad internacional reaccionó con dos métodos, la presión y la negociación.

En el dominio de la negociación, para llevar a término las decisiones tomadas por el Consejo de Seguridad, el consejo de los ministros de Relaciones Exteriores de la CDEAO optó por la creación de un comité ministerial que reuniera a los representantes de Nigeria, Costa de Marfil, Guinea y Ghana. A dicho comité se unieron los representantes de la OUA y de la CDEAO. Ese comité cuatripartito tenía como misión vigilar el desarrollo de la situación en Sierra Leona y entablar negociaciones con la junta con el objeto de obtener el restablecimiento de la legalidad constitucional en Sierra Leona.

En el dominio de la presión, se decidió el establecimiento y el refuerzo del embargo. El aeropuerto de Lungi fue ocupado por las fuerzas nigerianas. Y desde entonces sirvió de apoyo a una poderosa artillería que bombardeó la ciudad sin pausa. Las aguas territoriales de Sierra Leona fueron objeto de una estricta vigilancia por parte de naves de guerra nigerianas. Esas naves de guerra martilleaban la ciudad de manera indiscriminada.

Sierra Leona fue privada de alimentos, de medicamentos, de todo.

El primer resultado que consiguieron las presiones fue el contacto entre el comité cuatripartito y una delegación de la junta. Dicho contacto tuvo lugar los días 17 y 18 de julio en la planta 23 a del hotel Ivoire de Abidján. Al final del encuentro, el comunicado permite alentar la esperanza de que el presidente electo pueda recuperar su condición de jefe democráticamente elegido. La buena voluntad de los representantes de Johnny Koroma es tal que el comité autoriza una tregua en las presiones y en los bombardeos. Se da tiempo a los representantes del AFRIC para que vuelvan a su territorio y regresen con propuestas concretas.

La segunda vuelta de las negociaciones de Abidján (vuelta significa «turno o parte de una negociación difícil») se abrió los días 29 y 30 de julio de 1997, siempre en la 23 a planta del hotel Ivoire. Debía referirse a las modalidades del establecimiento de la legalidad constitucional. ¡Sorpresa! Las nuevas propuestas de la junta están en total desacuerdo con los puntos convenidos durante el primer encuentro del 17 de julio. La junta quiere mantener la suspensión de la constitución y permanecer en el poder hasta el año 2001. El comité expresa su profunda decepción. Los negociadores no se desaniman por el brusco viraje de la junta. De acuerdo con las decisiones del comité de Conakry del 26 de julio, el comité de Abidján rompe las negociaciones, y pide el refuerzo del embargo. Marginada por la comunidad internacional, la junta se convierte en objeto de constantes presiones.

Desde principios de agosto de 1997, Sierra Leona es devastada por incesantes combates. Está atrapada entre los bombardeos del enorme contingente del ECOMOG y el hostigamiento de los kamajors. Y resulta quebrantada por el aislamiento en que la confinan los estados de la CDEAO. Para atenuar los efectos de las presiones exteriores e interiores, la junta intenta aflojar la mordaza: solicita la ayuda de Guinea para relanzar las negociaciones rotas el 29 de julio. El dictador impenitente (impenitente significa «que no renuncia a una costumbre juzgada mala, incorregible»), Lassana Conté, recibe el 9 de agosto, en el pequeño palacio de Boulbinet, a una delegación sierraleonesa presidida por el tío del mayor Johnny Koroma, el ex presidente Joseph Saídou Momoh. De los encuentros se concluye que la junta está «dispuesta a proseguir las negociaciones con el

comité de los cuatro con mandato de la CDEAO, con vistas a restablecer la paz» y reafirma en voz alta que la fecha de noviembre de 2001 anunciada para el retorno al régimen civil es negociable. Se trataba de preparar un calendario de transición.

Fue en ese momento cuando tuvo lugar la vigésima cumbre de la CDEAO en Abuja (Nigeria), los días 27 y 28 de agosto de 1997, para discutir el papel del ECOMOG en la liquidación de la crisis de Sierra Leona. La cumbre sólo pidió una cosa: el refuerzo del embargo. Siempre el refuerzo del embargo.

A partir de noviembre de 1997 Sierra Leona fue privada de alimentos y de combustibles. Experimentó una recesión dramática, lo cual se tradujo en el cese de toda actividad económica. Si las consecuencias del embargo son desastrosas para la economía, la guerra también resulta ruinosa para la situación sanitaria del país. Además de los obuses desde el aeropuerto de Lungi, ocupado por las fuerzas nigerianas, los bombardeos de los puntos estratégicos de la capital provocaron importantes daños materiales. El control riguroso de las aguas territoriales impedía la circulación de barcos, barcas pesqueras y canoas.

Los profesionales, los funcionarios, los maestros, los médicos y los estudiantes reaccionaron con una operación de desobediencia civil que, con un fondo de crisis económica, produjo el bloqueo de la administración pública. (Bloqueo de la administración significa «confusión, graves dificultades en el funcionamiento».) Faltaba de todo, los medicamentos y en particular el combustible.

La situación general era desastrosa, no podía estar peor de lo que estaba. ¡Walahé! Por lo tanto era buena para nosotros. ¡Faforo! Nosotros, Yacuba, el bandido cojo, el fetichista multiplicador de billetes, y yo, Birahima, el niño de la calle sin miedo ni tacha, el niño soldado. ¡Ñamokodé! Nosotros fuimos convocados, y nos incorporamos al servicio de inmediato.

Yacuba, el bandido cojo, saltó sobre una pierna y gritó «¡Walahé!», Alá estaba con nosotros. Podíamos retomar el servicio. Yacuba fue reinstalado como grigriman y yo me reincorporé a los niños soldado.

Los niños soldado pasaron a su misión acostumbrada, el espionaje. En el transcurso de una misión de espionaje, los cazadores mataron a tres niños soldado. Entre los niños soldado muertos estaba Siponni la Víbora. Yo me impuse el deber de decir la oración fúnebre de Siponni porque lo quiero así. A él, a Siponni, lo perdió hacer novillos. Estaba en el segundo curso elemental, en la escuela de Toulepleu. Después de haber repetido dos veces, puesto que no iba a clase demasiado, hacía novillos sobre novillos. Un día se hartó, y mandó todo a paseo, y lo vendió todo: lápiz, cuaderno, pizarra, y hasta la cartera. Y con el producto de la venta compró plátanos. Así fue. Eso lo hizo por la mañana, pero por la tarde se le planteó el problema de regresar a casa. ¿Cómo podía Siponni regresar a su casa sin la cartera? Se haría zurrar por su madre y por su padrastro. (Zurrar significa «maltratar».) Se haría zurrar y privar de comida. No, Siponni no podía regresar a su casa. ¿Adónde ir? Se puso a vagabundear y llegó a las inmediaciones de un hotel. Vio salir de allí a un gordo libanés. Se presentó al libanés como un niño sin padre ni madre que buscaba trabajo como aprendiz. «Ni padre ni madre, he aquí uno a quien puedo emplear sin tener que pagarle», se dijo el libanés y lo contrató de inmediato.

Al día siguiente Siponni abandonó Toulepleu con su nuevo patrón, hacia la ciudad de Man. Después de algunas semanas al servicio de su patrón, que se llamaba Feras, Siponni observó que

Feras llevaba mucho dinero en un maletín que guardaba en un armario de cuya llave no se separaba nunca. Sin embargo una noche, antes de ir a la ducha, Feras colgó sus pantalones con la llave. Siponni cogió la llave, abrió el armario, cogió el maletín lleno de billetes. Fue a colocarlo en el jardín y luego regresó para decir adiós a su patrón. Esa misma noche, con el maletín lleno de dinero, fue a buscar a un viejo que se llamaba Tedjan Touré. Tedjan Touré se pretendía hermano a la africana de la madre de Siponni, su tío. Tedjan guardó el maletín, y por la mañana, temprano, cogieron un camión hacia la ciudad de Danané. Allí Siponni fue alojado en casa de un amigo de Tedjan. Pasaron los meses. Un día Tedjan Touré llegó con el rostro descompuesto. Después de largas y complicadas explicaciones llegó a lo esencial. Le habían robado el maletín. Sí, robado. A pesar de su aspecto y de sus largas explicaciones, Siponni se mantuvo escéptico, Siponni le planteó algunas preguntas a las cuales Tedjan respondió. No era posible, Siponni no creyó en las declaraciones de Tedjan y decidió no permitir que se saliera con la suya. Sin perder tiempo fue a la comisaría más próxima para entregarse y confesar su delito y denunciar a Tedjan, su cómplice encubridor. Fueron a buscar a Tedjan y lo condujeron a la comisaría. Lo hicieron confesar mediante la tortura. Ambos, Siponni y Tedjan, fueron conducidos a la cárcel. Tedjan a la cárcel central y Siponni a la cárcel de menores.

En la cárcel de menores Siponni dio con Jacques. Jacques había oído hablar de los niños soldado de Liberia y de Sierra Leona, y su único sueño era convertirse en niño soldado. Transmitió su entusiasmo a Siponni. (Entusiasmo significa «admiración apasionada».) Ambos decidieron ir a Liberia, con los niños soldado. Esperaban una ocasión, que se presentó cuando el equipo de fútbol de la cárcel fue a jugar contra un equipo parroquial en un pueblo, a unos cuantos kilómetros de Man. Siponni y Jacques aprovecharon para escaparse por la tangente. Se metieron en la selva. Después de largas peregrinaciones encontraron a unos guerrilleros. Los guerrilleros les dieron armas y también cursos de empleo del kalachnikov. Y ya eran niños soldado. Fue así como Siponni se convirtió en un niño soldado.

¿Cómo obtuvo el mote de Víbora? A causa de numerosos hechos, entre ellos la mala pasada que jugó a los habitantes del pueblo de Sobresso. Los otros niños soldado atacaban de frente. ¿Qué hizo Siponni, cómo se deslizó para situarse detrás de los pobladores? Les cortó la retirada. Debieron capitular. (Capitular es «cesar toda resistencia, darse por vencido».) Siponni les sorprendió y traicionó como una serpiente, como una auténtica víbora.

Nosotros estábamos bien integrados en el ejército de Johnny Koroma. Johnny incorporaba niños soldado a montones (a montones significa «en gran cantidad»), porque las cosas iban de mal en peor, y los niños soldado están bien cuando todo va mal. Los niños soldado eran cada vez más crueles. Mataban a sus padres antes de ser aceptados. Y por medio de ese parricidio probaban que lo habían abandonado todo, que no tenían otro vínculo en la tierra ni otro hogar que el clan de Johnny Koroma. Los jefes de grupo del ejército de Johnny eran cada vez más crueles, cada vez más bele-bele (astutos). Para demostrarlo, se comían el corazón de sus víctimas, de aquellas víctimas que se habían comportado como valientes antes de morir. Al antropófago se le señalaba con el dedo, se le temía, y el antropófago estaba orgulloso de ser considerado como un cruel capaz de todas las inhumanidades. (Inhumanidad significa «barbarie y crueldad».)

Nosotros estábamos en la banda de Surugu. (Banda significa «grupo de hombres que combaten

juntos bajo la misma bandera y detrás del mismo jefe»). Surugu era un jefe del ejército de Johnny Koroma. Nosotros íbamos hacia el oeste cuando nos encontramos (¡oh, sorpresa!) con Sekú, nuestro compañero de desgracias, que descendía hacia el este. Sekú iba acompañado de su coadjutor, el fiel pequeño Bakary. Salimos de las filas de la banda, nos los llevamos aparte. Es necesario que os recuerde a ese jodido, a ese bandido de Sekú el amigo de Yacuba. ¿Qué estaba haciendo Sekú en ese país de kasaya-kasaya? (Kasaya-kasaya significa «majaras».) Sekú era el marabut que había enseñado los secretos del fetichismo y de la multiplicación de billetes a Yacuba, en Abidján. Ése era el hombre que se sacaba en el tiempo de un suspiro (tiempo de un suspiro significa «rápidamente») un pollo blanco cacareando de las mangas del bubú.

Yacuba no quería volver a verlo porque, en primer lugar, era un competidor, y en segundo, cada vez que se lo había encontrado era para oírle contar desgracias. Sekú caminaba como un herniado (aquel que tiene una gruesa hernia en el culo), de tantas, pero que tantas bolsas de diamantes y de oro que llevaba en los pantalones bombachos. Sekú se parecía a Yacuba antes de la requisa de los cazadores. Como éste, llevaba todos sus ahorros sobre el cuerpo, en la cintura, en el pantalón bombacho. ¡Faforo! Al verlo no pude contenerme, solté una carcajada. Él se enfadó. No nos dejó ensartar las saluciones kilométricas que alinean los Diulas, los mandingos (como se dice en pidgin) cada vez que se reencuentran. Se declaró sorprendido de no vernos ir hacia el este. «Todos los Diulas, malinkés, mandingos de toda Liberia, de toda Sierra Leona se dirigen hacia el este. ¿Qué vais a hacer hacia el oeste?», nos preguntó.

No tuvimos tiempo para responderle, nos explicó los hechos extraordinarios que acababan de ocurrir en Liberia y en Sierra Leona. Todos los africanos, indígenas, negros salvajes de esos dos países, más los negros americanos racistas de Liberia, más los negros criollos de Sierra Leona, se habían aliado, todos ellos, contra los malinkés, los mandingos. Querían echarlos fuera de Liberia y de Sierra Leona. Iban a echarlos fuera del sitio en donde habían nacido: de Guinea, de Costa de Marfil o de Liberia. Querían echarlos fuera o matarlos a todos, por racismo. Un jefe militar malinké, llamado El Hadji Koroma de Liberia (no debe confundirse con Johnny Koroma de Sierra Leona), había decidido salvar a los malinkés. Los reagrupaba en los pueblos del este. Era por eso que todos los malinkés marchaban hacia el este.

Yacuba respondió que nunca había oído hablar de nada semejante en Sierra Leona, en el ejército de Johnny Koroma. Él, Yacuba, se encontraba bien, muy bien en este ejército como jefe grigri musulmán y era temido y respetado por todo el mundo. No había sufrido amenaza alguna e iba a continuar su marcha hacia el oeste con la banda de Surugu. Él no creía en las palabras de Sekú.

Sekú respondió que si Yacuba no creía era asunto suyo. Pero la tía creía en la amenaza de los negros africanos indígenas salvajes de toda Liberia y de toda Sierra Leona. Y ella se había marchado en compañía de un grupo de malinkés hacia el este, hacia el enclave de El Hadji Koroma. (Enclave significa «terreno o territorio rodeado por otro».) Y era hacia allí adonde él, Sekú, se dirigía.

Nos dio un mazazo en la cabeza. (Nos sorprendió mucho.) De manera que las cosas eran así, de manera que la tía estaba en el este, en el enclave de Koroma, de El Hadji Koroma. Necesitábamos absolutamente salvarla. Necesitábamos romper en catimini con el ejército, con la banda de Johnny Koroma. Dejamos que Sekú y su coadjutor siguieran su camino de réprobos (condenados a las penas del infierno) hacia el este. Ya nos reuniríamos con ellos más tarde;— necesitábamos la ocasión para

escurrirnos. (Ecurrirse es «deslizarse con habilidad».)

Aprovechamos una parada para escaparnos por la tangente. (Escapar por la tangente es «esquivar».) Dos días después habíamos emprendido la marcha hacia el este, hacia la frontera de Costa de Marfil. Llevábamos el kalachnikov oculto bajo los bubús. Era la guerra tribal la que lo quería así. Para demostrar con claridad que era un fetichista, un buen grigiman musulmán, Yacuba se había colgado del cuello numerosos grigrís, y muchos talismanes de los brazos, que le golpeaban las pantorrillas. Yo también estaba cubierto de amuletos y tenía en la mano un Corán medio abierto. De manera que todos los negros salvajes indígenas de Liberia que nos encontrábamos por el camino, se apartaban de miedo djona-djona y se paraban en el borde, en la parte baja, para dejarnos el paso libre.

Así caminamos durante tres días. Al cuarto día, en el recodo de un sendero, nos encontramos cara a cara con el primo Saydú Touré. El primo estaba miríficamente armado. (Miríficamente significa «maravillosamente».) No menos de seis kalach, dos colgando del cuello, dos suspendidos de cada uno de los hombros. Y alrededor del cuerpo, cinturones de balas. Y encima, cinturones de balas y collares de fetiches. Tenía barba y el pelo hirsuto (en desorden). A pesar de su repulsiva aparición, me arrojé a su cuello. Me hacía feliz encontrarlo.

Después del abrazo yo miré a mi primo de arriba abajo y de abajo arriba. Él me observó y, en medio de una carcajada, desternillándose de risa, dilo: «¡En un país de kasayakasaya como Liberia, hacen falta por lo menos seis kalach para disuadirlos (apartar a alguien de una decisión)!».

Mi primo Saydú Touré era el mayor camorrista, el mayor mentiroso, el mayor borracho de todo el norte de Costa de Marfil. Bebía tanto, y se peleaba tanto que siempre estaba procesado, siempre estaba encarcelado, nunca estaba fuera de la cárcel más de un mes por semestre. Mi otro primo, el doctor Mamadú Doumbia, había aprovechado uno de los escasos períodos de libertad del primo Saydú para encargarle una misión peligrosa. Le había pedido como último recurso (desesperado) que buscara a su madre en el jodido país de Liberia, a la tía Mahan. Lo gratificaría con un millón de francos franceses si la encontraba. Saydú había aceptado con placer. La tía Mahan era la desgraciada que buscábamos, que nosotros también buscábamos, desde hacía más de tres años, en esa Liberia de la guerra tribal. Estábamos contentos de encontrar al primo Saydú. Decidimos hacer el camino juntos.

El primo Saydú Touré era un fabulador (aquél que sustituye un hecho vivido por una aventura imaginaria), un burlón. Quería al doctor Mamadú Doumbia, quien solía enviarle dinero a las cárceles. Saydú hablaba sin cesar de Mamadú con mucha ternura. (Ternura significa «sentimiento de amistad y de amor».)

A los siete años, el pequeño Mamadú Doumbia había marchado ciento ochenta kilómetros acompañado por una vieja esclava manumítida y una muchacha. En aquellos tiempos, los africanos negros indígenas salvajes todavía eran unos gilipollas. No comprendían nada de nada: daban de comer y alojaban a todos los extranjeros que llegaban al pueblo. Y Mamadú y sus dos acompañantes fueron alojados y alimentados de regalo (gratis) durante los diez días enteros que duró el viaje.

Una noche llegaron a Boundiali y las dos acompañantes se sentaron y explicaron las razones de su misión. En el pueblo, Alá había ofrecido mucha prole al cazador violento. (Prole significa «grupo numeroso de niños ruidosos».) El cazador violento era el hermano menor del

patriarca Touré. El cazador violento había decidido ofrecer a su hermano mayor una parte de su prole, la parte del patriarca en las descendencias del cazador violento. Dicha parte estaba constituida por el pequeño Mamadú. Ellas habían venido para acompañar al pequeño Mamadú y entregárselo a Touré, al patriarca Touré. El tío Touré tenía derecho de vida y muerte sobre el pequeño Mamadú. El pequeño Mamadú se acostaría en cualquier parte donde se lo mandase su tío sin rechistar. El tío Touré, el patriarca, dio las gracias a las dos acompañantes, cogió al pequeño Mamadú del brazo, reclamó (llamó desde lejos) a su primera mujer y le entregó al pequeño Mamadú. El pequeño Mamadú iba a pertenecerle a ella. La primera mujer del patriarca se llamaba Tania, y Tania era la madre de Saydú.

El ciclo lectivo ya había comenzado. El patriarca llevó a su sobrino ante el comandante blanco tubab colono colonialista. El comandante autorizó la inscripción del pequeño Mamadú en la escuela de Boundiali.

Saydú y el pequeño Mamadú fueron juntos a la escuela. Saydú tenía la misma edad que Mamadú y Saydú estaba celoso: no quería que su madre se ocupara del pequeño Mamadú con tanta ternura como le dedicaba. Se peleó muchas veces con el pequeño Mamadú. La mamá de Saydú los separaba y siempre culpaba a Saydú.

Saydú y el pequeño Mamadú dormían sobre una esterilla a los pies de la cama de la madre Tania. Y el pequeño Mamadú siempre se hacía pis en la cama. No era limpio, era asqueroso. Gruesos gusanos blancos pululaban bajo la esterilla por todas partes. (Gusanos blancos significa «larvas de moscas».) Saydú concibió una idea para quitarse de encima al pequeño Mamadú. Una noche hizo caca, una gran caca, sobre la esterilla al pie de la cama, y a la mañana sostuvo obstinado (con tesón, sin vacilar, con seguridad) que no había sido él, Saydú, que había sido el pequeño Mamadú quien se había aliviado. Como el pequeño Mamadú era un gallina, un tímido, no supo defenderse. Se sentó y lloró; fue una prueba, la prueba de que había sido él quien hizo caca. La madre de Saydú, Tania, se enfadó. Para castigar al pequeño Mamadú, lo enviaron a dormir a la choza de los boys, con los boys (los criados). Los boys lo pusieron en el fondo de la choza, aparte. Él siguió haciéndose pipí en la cama, continuó viviendo en medio del pulular de los gusanos blancos, el pulular que aparece bajo la esterilla de un niño que no es limpio.

Saydú y el pequeño Mamadú siguieron yendo juntos a la escuela. Mamadú se reveló inteligente, muy inteligente, y Saydú burro, desastre. Saydú tenía toda clase de dificultades. Pronunciaba mal y al escribir le salían patas de mosca. En un país desarrollado, Saydú habría sido tratado por un psicólogo. A los diez años, el maestro no pudo hacer otra cosa que echar a Saydú de la escuela del pueblo.

Durante los cuatro años que duró la última guerra, el pequeño Mamadú fue solo a la escuela del pueblo. Pero no tuvo maestro. Después de la guerra Mamadú era demasiado grande, con demasiados años para el curso elemental dos. Lo echaron también.

El maestro del pueblo preparó y presentó al pequeño Mamadú para que se examinara y éste obtuvo el certificado de estudios. Se consideró como una hazaña por parte de los negros africanos indígenas que desarrollan muy poca iniciativa. Hazaña que el comandante y el director del sector blanco decidieron estimular. Modificaron la declaración judicial supletoria de la partida de nacimiento del pequeño Mamadú. El pequeño Mamadú tuvo cinco años menos y pudo reunir todas

las condiciones de admisibilidad de la escuela primaria superior (EPS) de Bingerville. Ingresó en la EPS, luego en la escuela normal de Gorée, y luego, además, en la escuela de medicina de Dakar.

Mientras Mamadú proseguía sus brillantes estudios, Saydú comenzó su vida de réprobo. Grescas sobre grescas, encarcelamiento tras encarcelamiento, fuga de la cárcel tras fuga de la cárcel. Fugas a través de Costa de Marfil, a través de AOF. Aventuras en el Sahara, en el Sahara nigeriano, argelino, libio. Regreso al pueblo, y todavía más y más encarcelamientos, hasta la última liberación en cuyo transcurso Mamadú le pidió que entrara en la selva liberiana para recuperar a su madre.

Saydú nos contó su vida de condenado y la del doctor Mamadú Dounibia a lo largo del itinerario por la Liberia de la guerra tribal. Durante tres días y tres noches. La cuarta noche alcanzamos el pueblo de Worosso, próximo a la frontera de Costa de Marfil. Nosotros, es decir, Yacuba el multiplicador de billetes, el fetichista musulmán, Saydú el bandido a quien el doctor Mamadú encargara encontrar a la tía, y yo, el niño de la calle sin miedo ni tacha, el soldado niño. Era en Worosso donde se encontraba el campamento de El Hadji Koroma. El campamento estaba limitado por calaveras alzadas en puntas de estacas, como alrededor de todos los campamentos de la guerra tribal de Liberia y de Sierra Leona. ¡Walahé (en el nombre del Todopoderoso)! Es la guerra tribal la que lo quiere así. Avanzamos hacia lo que podía llamarse el portal, señalado por dos calaveras puestas sobre estacas, entre las cuales había dos soldados niños armados. Nos disponíamos a saludar en malinké cuando fuimos rodeados bruscamente por una decena de guerrilleros armados hasta los dientes. Éstos estaban pegados al suelo en la selva de los alrededores del campamento. Se habían puesto de pie con presteza (con presteza significa «rápidamente»). Nosotros insistimos en saludar. Sin oírnos ordenaron a gritos: «¡Los brazos en alto!». Levantamos los brazos sin vacilar. Nos desarmaron. Nos revisaron hasta los calzoncillos. Es la guerra tribal la que quiere una acogida como ésa. Sin responder todavía a nuestros saludos nos pidieron que nos presentáramos de uno en uno.

Fue Saydú quien comenzó. Saydú contó historias inverosímiles acerca de sus hazañas. En principio era coronel del ULIMO (United Liberian Movement). Era una mentira, venía directamente desde la cárcel de Boundiali. Era por ser coronel, dijo, que tenía seis kalachnikov. También era mentira. Cuando el doctor Mamadú le encargó buscar a su madre, Saydú quiso tener armas. El doctor Mamadú Dounibia lo acompañó a Man, a la frontera liberiana, donde se encuentran kalach a precio de regalo. El doctor quiso comprarle uno, pero Saydú quiso seis. Y Mamadú le compró seis con la idea de que podían servirle como moneda de cambio, como viático en sus aventuras. (Viático significa «sostén durante un viaje».) Y fue armado con seis kalachnikov como entró en la selva liberiana de la guerra tribal. Saydú prosiguió sus fabulaciones. Fingió haberse sentido contento, muy contento cuando supo que El Hadji se había retirado con todos los malinkés para consagrarse a la salvaguarda (salvaguarda significa «protección ofrecida por una autoridad») de la etnia malinké. Estaba tan contento que decidió abandonar ULIMO. ULIMO, a causa de su grado y de su valentía, no quiso dejarlo partir. Los jefes de ULIMO le pidieron que se quedara con ellos. Y él les dijo que no y acusó públicamente a sus jefes del ULIMO de haber matado a muchos malinkés ellos también. A los jefes del ULIMO eso no les gustó. Tendieron una emboscada a Saydú, lo detuvieron, desarmaron, encadenaron y encarcelaron. Saydú seguía contando sus aventuras. Los jefes del ULIMO no sabían que nadie en el mundo podía mantener a Saydú en la cárcel. Saydú partió los muros de la cárcel y se presentó ante los jefes sin cadena alguna, con las manos vacías. Entonces los jefes del ULIMO, los

soldados del ULIMO, todos los del ULIMO dispararon sobre él: dispararon sin éxito. Las balas se convertían en agua que corría sobre su cuerpo. Los jefes del ULIMO y los soldados y niños soldado entraron en pánico. Salieron pitando (salir pitando es «marcharse aprisa»). Se largaron sin sus armas. Saydú recogió seis que aportaba a El Hadji Koroma.

Después de Saydú fue Yacuba quien se presentó. También Yacuba comenzó a fabular. En la fuerza de Johnny Koroma él tenía el grado de teniente coronel, teniente coronel grigiman. Era falso, archifalso. Era teniente coronel porque había conseguido resultados extraordinarios. Había vuelto ineficaces los bombardeos de los barcos y de los aviones del ECOMOG. Todo cuanto arrojaban los aviones y los muchos barcos del mar, y los numerosos cañones instalados en el aeropuerto, todo cuanto enviaban contra Sierra Leona se transformaba en agua. Los militares del ECOMOG han usado obuses contra el pueblo sierraleonés para nada, unos obuses que no estallaron jamás. Yacuba había conseguido embrujar a todo un ejército, al ejército y a sus ingenios de guerra. Y eso no era todo. Había conseguido volver a todos los guerrilleros, a todos los niños soldado de Johnny invisibles para los invasores del ECOMOG. Los invasores tiraban contra el vacío.

Separaron a Yacuba el fetichista. Y fue mi turno.

Después de oír que los mayores, Saydú y Yacuba, mentían corno ladrones de gallinas, quise hacerme valer, igual que ellos. Dije que también yo tenía el grado de comandante en los niños soldado, con Johnny Koroma. Yo era un campeón del espionaje. Había podido infiltrarme hasta el estado mayor del ECOMOG. Pude mangarles las cartas topográficas, todas las cartas, de manera que el ECOMOG bombardeaba a ciegas (a ciegas significa «al azar»). Había puesto un laxante en el whisky del jefe del estado mayor que pilló cagalera (significa «diarrea»). No podía mantenerse en su lugar. Con una canoa había podido abordar los barcos de las aguas territoriales que bombardeaban. Pude subir a bordo de las naves, envenené las provisiones de los marinos. Los marinos murieron como moscas. Creyeron que se trataba de una epidemia. Los marinos desertaron abandonando los barcos. Por eso los bombardeos habían cesado.

Después de las fabulaciones los guerrilleros comenzaron a responder en malinké a nuestros saludos. Nos dieron la bienvenida. Por nuestra manera de hablar supieron que nosotros éramos auténticos malinkés, y no gyos o krahns que venían a espíarles. Por lo tanto estábamos en nuestra casa de Worosso, en el campamento de El Hadji Koroma, éramos bienvenidos. Éramos patriotas. Seríamos integrados en el ejército de El Hadji Koroma con los grados que teníamos en nuestros cuerpos de origen. El gran ejército patriótico del generalísimo El Hadji Koroma necesitaba oficiales de nuestro valor.

Así fue como todos nos volvimos oficiales superiores en el ejército de El Hadji Koroma. Todos estábamos tranquilos, todos teníamos derecho a tener asistente (asistente significa «ayuda de campo»), y sobre todo a una doble ración de comida.

Pero en la fuerza de El Hadji Koroma se comía mal. Nos servían un pequeño puñado de arroz en un costado del plato que no alcanzaba ni para una abuela enclenque y enferma en el fondo de una choza que está a punto de reventar. No había arroz suficiente. En tal caso, al carajo con todo.

El sistema de El Hadji Koroma se basaba en la explotación de los refugiados y la estafa a las ONG (organizaciones no gubernamentales). Nosotros, la tropa, reteníamos por la fuerza a los refugiados malinkés a quienes las ONG debían alimentar. Y exigíamos de las ONG que todo cuanto

debía llegar a los refugiados pasara antes por nuestras manos. Nos servíamos abundantemente antes de pensar en los destinatarios. Cada vez que las ONG se presentaban con arroz y medicamentos, pobres refugiados muy bien encuadrados se ponían en cabeza en el portal y realizaban las mismas declaraciones: «¿Por qué no queréis confiar en nuestros hermanos, los hombres de El Hadji Koroma que nos han salvado la vida? Ellos nos dan todo cuanto vosotros les confiáis. Son nuestros hermanos. Todo lo que se les entrega es como si fuera entregado en nuestras propias manos. Nosotros no podemos salir para recibir vuestras donaciones y vosotros no podéis entrar en el campamento. Nosotros, los refugiados del campamento de Worosso, renunciamos, rechazamos todas las donaciones que no pasen por nuestros hermanos.»

Ante la miseria, la indigencia (miseria extrema) de los refugiados y su determinación, las ONG cedían. Y nosotros nos servíamos bien antes de pensar en los refugiados.

Proseguimos con esa gimnasia a diario, durante tres meses. No obstante todavía no habíamos encontrado a la tía. No, seguíamos buscándola activamente, pero en catimini. Nosotros, es decir, el coronel Saydú el fabulador, el teniente coronel grigriman Yacuba el bandido cojo y yo, el comandante Birahima, el niño de la calle sin tacha, buscábamos en catimini, puesto que si se llegaba a saber que estábamos en busca de la tía, íbamos a perder nuestros galones.

Un día Saydú vino a informarnos de algo increíble. Yacuba y yo en principio habíamos creído que se trataba de otra de sus numerosas fabulaciones. Pero él se aferró a mis brazos y me condujo hacia la casa del generalísimo. Era verdad, el doctor Mamadú Doumbia estaba allí, en el campo de Worosso, el de El Hadji Koroma. Y bien que estaba allí. El doctor había venido. Se había dirigido directamente a El Hadji Koroma en persona. El generalísimo había impartido órdenes. Se habían emprendido las búsquedas. Se consiguió el rastro de la tía Mahan. Había llegado enferma al campamento. En verdad, tenía malaria y una fiebre de caballo que la obligó a guardar esterilla (cama). En aquellos días, los malinkés del campamento, todos los malinkés del campamento boicoteaban (boicotear es el cese de la buena voluntad en las relaciones con una organización») a las ONG. No querían colaborar con las ONG porque las ONG se habían negado a colaborar con El Hadji Koroma, su salvador. Camilleros de las ONG acudieron al campamento para evacuar enfermos hacia un centro sanitario. La tía Mahan se negó a ser evacuada. Ella se negó rotundamente para ser solidaria con todos los refugiados del campamento. Permaneció acostada durante tres días, al cuarto día había reventado como un perro. Que Alá se apiade de ella.

Guiados por el ayuda de campo del generalísimo, fuimos hasta la barraca donde había vivido la tía. Las últimas palabras de la tía fueron para mí. Estaba muy inquieta por mi suerte, dijo un refugiado de Togobala que la había asistido durante los últimos momentos. Lloré a lágrima viva, el coronel Saydú se derrumbó en el suelo. Yacuba entonó plegarias y dijo que Alá no quería que yo volviese a ver a mi tía, y que entonces la voluntad de Alá se haga tanto en la tierra como en el cielo. Cuando vi a Saydú derrumbarse y golpear el suelo con las dos manos, me sentí desconsolado, y me sequé las lágrimas. Porque Saydú decía, mientras lloraba: «La muerte de la tía me hace daño, mucho daño. Ya no podré llevársela al doctor. Y el doctor ya no está obligado a entregar el millón». Era el millón lo que Saydú lamentaba, no la muerte de mi tía.

El refugiado de Togobala que asistiera a la tía durante sus últimos momentos se llamaba Sidiki. Sidiki entregó al doctor el taparrabos y la blusa desgarrada en jirones de la tía. El doctor abrazó esas

prendas. ¡Faforo (culo de mi padre)! Resultaba conmovedor.

Sidiki tenía los efectos de otro refugiado de Togobala que también había muerto por respetar la consigna del boicoteo. Era un intérprete. Se llamaba Varrassouba Diabaté. Era un malinké, y entre los malinkés, cuando alguien lleva el nombre Diabaté, es de la casta de los griots (casta, «clase social cerrada». es decir, que son griots de padres a hijos y que no tienen derecho a casarse con una mujer que no sea también hija de griots). Varrassouba Diabaté era inteligente como toda la gente de su casta. Comprendía y hablaba varias lenguas: el francés, el inglés, el pidgin, el kralin, el gyo y otras lenguas de los oscuros negros indígenas salvajes de ese jodido país de Liberia. Por eso lo empleaban como intérprete en el HCR (Alto Comisionado para los Refugiados). Varrassouba tenía numerosos diccionarios: Harraps, el Larousse, el Petit Robert, el Inventario de las particularidades léxicas del francés en África negra y otros diccionarios de las lenguas de los negros y salvajes de Liberia. Cada vez que un gran alguien del HCR quería visitar Liberia, hacían que lo acompañara Varrassouba Diabaté. Un día, Varrassouba Diabaté acompañó a un gran alguien a Sanniquellie, el país del oro. Vio a los patronos buscadores de oro. Supo que los patronos buscadores de oro ganaban mucho dinero. Varrassouba Diabaté plantó a aquél a quien acompañaba. Se quedó en Sanniquellie, donde se instaló como patrón buscador de oro. Comenzaba a ganar mucho dinero cuando los krahns llegaron a Sanniquellie. Ellos no querían malinkés como patronos buscadores de oro. Varrassouba se largó enseguida del campamento, djona-djona (pitando). Llegó al campamento de El Hadji Koroma, el refugio de los malinkés, con sus diccionarios. Tenía la intención de regresar a Abidján para ejercer allí su lucrativo oficio de intérprete. Por desgracia, llegó al campamento demasiado enfermo. A causa del boicoteo, no pudo hacerse atender. Murió y lo echaron en la fosa común. Sidiki no sabía qué hacer con los diccionarios. Me los regaló todos. Cogí y guardé el Larousse y el Petit Robert para el francés; el Inventario de las particularidades léxicas del francés en África negra; el Harraps para el pidgin. Son los diccionarios que me sirven para este blablá.

Siempre guiados por el ayuda de campo, fuimos hacia la fosa común donde había sido arrojada mi tía. Nos acuclillamos alrededor de la fosa para la plegaria. La plegaria estaba dirigida por Yacuba. Pero Yacuba no había terminado de pronunciar los primeros «Alá kubarú, Alá kubarú», cuando vimos a Sekú llegar, nadie sabe de dónde. Y él se acuclilló piadosamente. Sekú es el amigo de Yacuba, el amigo que en el tiempo de un suspiro se sacaba de la manga un pollo blanco. Sekú era, igual que Yacuba, un multiplicador de billetes y un grigri. Las plegarias eran pronunciadas por Yacuba con una voz tan clara y pura que ascendían directamente al cielo. Pero quizá no hayan sido aceptadas porque sobre las siete personas que estábamos acuclilladas alrededor de la fosa común en la cual reposaba mi tía, había tres bandidos. Las siete personas eran: el doctor, el ayuda de campo del generalísimo, Yacuba, Sekú, Saydú, el coadjutor de Sekú, y yo, Birahima, el niño de la calle sin miedo ni tacha. Los tres bandoleros sin ley ni fe a causa de los cuales las plegarias no podían ser aceptadas por Alá, eran Saydú, Yacuba y Sekú. Por esa razón fuimos a hacer otras plegarias, muchas otras, para el descanso del alma de mi tía, con otros imanes.

Ahora el camino era rectilíneo, el camino de Abidján a través de Man era rectilíneo (a través de significa «pasando por» Man). íbamos cinco en el 4 x 4 Pajero del doctor Mamadú. El doctor, su chófer, Yacuba, Sekú y yo. Saydú no hacía el viaje, no quiso venir. En el último minuto hizo de tripas corazón, y dijo al doctor:

—Mahan era tía mía, por lo tanto debía buscarla sin retribución. Pero tú de todas maneras me habías prometido un millón. Y yo me había acostumbrado a ese millón y me veía millonario todo el tiempo. Quería instalar un colmado con ese millón. Ahora que la tía está muerta, dime con sinceridad si vas a darme algo de ese millón.

—Absolutamente nada, nada de nada, porque tengo que organizar los funerales de mi mamá — había respondido el doctor.

Entonces Saydú se volvió y dijo:

—Me quedo aquí, en Worosso, para disfrutar de mi grado de coronel.

Yo estaba en la parte de atrás del 4 x 4, apretado entre Yacuba y Sekú. La ruta era rectilínea. Los dos grandes bandoleros estaban muy contentos. Llevaban los pantalones bombachos pesados de bolsas de oro y diamantes y el doctor había prometido intervenir en Boundiali para que les extendieran nuevas declaraciones judiciales supletorias de las partidas de nacimiento. Podrían conseguir nuevos documentos de identidad, y a la vista de todo el mundo podrían ejercer su oficio de bandidos multiplicadores de billetes en Abidján. ¡Walahé (en el nombre del todopoderoso)!

Estaba hojeando los cuatro diccionarios que acababa de heredar (recibir un bien transmitido por sucesión). A saber: el diccionario Larousse y el Petit Robert, el Inventario de las particularidades léxicas del francés en África negra y el diccionario Harrap's. Fue entonces cuando germinó en mi cholla (mi cabeza) esta idea mirífica de contar mis aventuras desde la A hasta la Z. De contarlas con las palabras sabias francesas de francés, tubab, colono, colonialista y racista, las palabras claves de africano oscuro, negro, salvaje, y las palabras de negro guarro de pidgin. Fue ése el momento que eligió el primo, el doctor Mamadú, para preguntarme:

—Pequeño Birahima, dime, dime todo cuanto has visto y hecho, dime cómo ha pasado todo lo que pasó.

Me arrellané y, bien sentado, di comienzo: tomé una decisión. El título definitivo y completo de mi bablablá es: Alá no está obligado a ser justo en todas sus cosas de aquí abajo. Seguí contando mis ensaladas durante varios días.

Y para empezar..., uno..., me llamo Birahima. Soy negrito. No porque sea negro y niño, ¡no!... etcétera, etcétera.

... Y dos... Mi escuela no llegó muy lejos; corté en segundo grado de primaria. Abandoné el pupitre porque todo el mundo... etcétera, etcétera.

¡Faforo (culo, bangala de mi padre)! iÑamokodé (mi puta madre)!